

Hermann Hesse

El último verano  
de Klingsor



Seix Barral



BOGOTÁ - CARACAS -  
LA PAZ - LIMA - QUITO

Dirección del proyecto: R.B.A. Proyectos Editoriales, S. A.

Título original: Klingsors Letzter Sommer

Traducción: Ester Berenguer

Diseño de tapas y portadillas: Hans Romberg

© Suhrkamp Verlag, K.G., Frankfurt, 1952  
© Editorial Planeta, S.A., 1978  
© Editorial Seix Barral, S. A., 1984, para la presente edición

Traducción cedida por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en esta colección: abril de 1984  
ISBN 84-8280-300-X obra completa  
ISBN 84-8280-330-9

Editorial La Oveja Negra Ltda.  
Impreso por Bedout  
Encuadernado por Primer Colombiana  
Impreso en Colombia – Printed in Colombia

## Alma de niño

A VECES ACTUAMOS, vamos de un sitio a otro, hacemos esto o aquello y todo resulta fácil, ingrátido, incluso gratuito. Todo podría ser distinto, naturalmente. En otras ocasiones, sin embargo, nada podría ser diferente de como es, nada gratuito ni fácil; cada uno de nuestros gestos está ya determinado, marcado por el destino.

Los actos de nuestra vida considerados buenos y sobre los que nos gusta hablar pertenecen a ese primer tipo, al «fácil»; los olvidamos con rapidez. Los otros, de los que raramente hablamos, no los olvidamos nunca, nos pertenecen más y su sombra cubre todos los días de nuestra vida.

La casa paterna, grande y clara, se halla en una calle luminosa. Se entra por una puerta alta. Pero, apenas dentro, te apresa el frío, la penumbra, el aire húmedo, pétreo. Nos recibe un sombrío vestíbulo alto y silencioso. El suelo de ladrillos rojos conduce, en ligera pendiente, hacia la escalera situada al fondo, en el claroscuro. Mil veces pasé por esta puerta sin prestarle atención, sin fijarme ni en el pasillo, ni en las baldosas, ni en la escalera. De todas formas constituye el paso a otro mundo, a «nuestro» mundo. El vestíbulo huele a piedra, es tenebroso; la escalera conduce de la fría oscuridad a la luz, arriba, a la luminosa felicidad. Pero siempre antes que todo está el vestíbulo y las lúgubres sombras. Algo del padre, algo de su majestad y poder, algo de culpabilidad y castigo. Mil veces lo crucé riendo. Pero en algunas ocasiones, al entrar, inmediatamente sentía sofoco, opresión, miedo; en seguida buscaba la escalera liberadora.

Un día, tenía yo once años, llegué de la escuela. Era uno de esos días en que el destino está al acecho en cada rincón, en que fácilmente puede pasar algo. En semejantes días parece que cada perturbación y trastorno de nuestra alma se refleja en el mundo circundante y lo altera. Miedo y desasosiego oprimen el corazón y buscamos - y encontramos— la presunta causa fuera de nosotros. Consideramos mal hecho el mundo y tropezamos por doquier con resistencias.

Así era aquel día. Desde temprano sentía opresión. ¿Quién sabe por qué? Tal vez por una pesadilla. Me oprimía un sentimiento de mala conciencia, a pesar de que no había hecho nada especial. Por la mañana la cara de mi padre tenía una expresión de dolor, estaba llena de mudos reproches; la leche del desayuno resultó insípida, fría. En la escuela no tuve, realmente, problemas, pero de pronto todo tenía un sabor desesperante, apagado y desalentador. A ello se unía la sensación, que ya conocía, de impotencia y desazón, sensación que nos dice que el tiempo es infinito y que nosotros seremos pequeños y débiles eternamente. Siempre estaremos en esa estúpida y hedionda escuela. Años y años. La vida, toda, es absurda y repugnante.

Aquel día incluso me enfadé con mi mejor amigo. Hacía poco que había

hecho amistad con Oskar Weber, hijo de un maquinista, sin saber a ciencia cierta lo que en él me atraía. En una ocasión se jactó de que su padre ganaba al día siete marcos y yo le repliqué, al azar, que el mío ganaba catorce. Se dejó impresionar sin hacer ninguna objeción. Así comenzó todo. Unos días después Weber y yo fundamos una asociación. Hicimos un fondo común con el que más tarde pensábamos comprar una pistola. La pistola estaba en el escaparate de una ferretería. Era un arma maciza con dos cañones azulados. Weber había calculado que con sólo ahorrar en serio una temporada podríamos comprarla. Dinero siempre había, él lo recibía con frecuencia, para sus gastos, o a veces lo encontraba en un callejón, o hallaba cosas de valor como herraduras, pedazos de plomo que se vendían bien. En seguida aportó unas monedas y

me convenció de que nuestro plan era perfectamente posible y realizable.

Mientras aquel mediodía penetraba en el vestíbulo de mi casa y me sumergía en la fría y cavernosa atmósfera, entre oscuras advertencias de mil cosas incómodas y odiosas, mis pensamientos estaban ocupados en Oskar Weber. Sentía que no le quería, a pesar de que su rostro bondadoso, que recordaba el de una lavandera, me era simpático.

Lo que me atraía en él no era su persona, sino otra cosa: su manera de ser que se reflejaba en todas sus hazañas, un cierto modo de vivir audazmente, una desenvoltura ante el peligro y la adversidad, una seguridad en las pequeñas cosas prácticas de la vida, con el dinero, con las tiendas, con los talleres, con las mercancías y los precios, con la cocina y la ropa. Los muchachos como Weber, a quienes los golpes de la escuela no parecían doler y que se hacían amigos de cocheros, criados y obreras, estaban en el mundo de otra manera, más seguros; eran, como quien dice, adultos. Sabían cuánto ganaba su padre y sabían, sin duda, otras muchas cosas de las que yo no tenía ninguna experiencia. Se reían de expresiones y de chistes que yo no entendía. Y reían de un modo inalcanzable para mí, de forma grosera y cruda, pero indiscutiblemente «adulta» y «varonil». No servía de nada el que yo fuera más inteligente que ellos, que supiera más en la escuela. Como no servía de nada ir mejor vestido, peinado y más limpio. Al contrario, estas diferencias les favorecían. Muchachos como Weber podían penetrar sin ninguna dificultad en este mundo que flotaba ante mis ojos, en fantástico claroscuro, mientras que para mí estaba excesivamente cerrado y cada una de sus puertas debía ser conquistada a fuerza de crecer, de infinitos años *de* escuela, de exámenes y ardua educación. Naturalmente tales muchachos encontraban además herraduras, dinero, trozos de plomo, recibían una cantidad para sus gastos y propinas y regalos, y, de cualquier modo, prosperaban.

Presentía que mi amistad con Weber, nuestro fondo común, eran sólo nostalgia de «aquel mundo». Lo que realmente apreciaba en Weber era su gran secreto, gracias al cual estaba más cerca de los adultos que yo, con mis sueños;

vivía en un mundo sin velos, desnudo, robusto. Y presentía la decepción: no conseguiría arrebatarse su secreto ni la llave mágica para entrar en la vida.

Acababa de dejarle. Sabía que iba a casa, ancho y corpulento, silbando alegre sin preocuparle ninguna nostalgia ni pensamiento. Si tropezaba con chicas de servicio y obreros, y veía su vida enigmática, tal vez prodigiosa, tal vez criminal, no se sentía ante ningún enigma o misterio, ante ningún peligro, ante nada salvaje ni emocionante, sino ante algo natural, conocido y familiar para él como el agua. Así era. Y yo, en cambio, siempre me quedaría al margen, solo e inseguro, lleno de presentimientos, pero sin certeza.

Aquel día la vida sabía a desesperación, a insipidez; el día tenía algo de lunes, a pesar de ser sábado, olía a lunes, tres veces más largo y tres veces más aburrido que los demás días. Esta vida era condenada y antipática, falaz y asquerosa. Los adultos actuaban como si el mundo fuera perfecto y ellos semidioses, y nosotros, los chicos, sólo heces y escoria. ¡Qué maestro! Uno sentía aspiración, ambición, tomaba decisiones honradas y apasionadas encaminadas al bien: para aprender los verbos irregulares griegos o para conservar limpio el traje, para obedecer a los padres o para soportar callada y heroicamente todos los dolores y humillaciones. Sí, uno siempre vuelve a levantarse, ardiente y devoto, para consagrarse a Dios y para ir por la senda ideal, limpia y noble hacia la altura, para ejercer la virtud, para sufrir silenciosamente el mal, para ayudar a los demás. ¡Ah, soportar! Siempre quedaba un arranque, un intento y el corto vuelo. Siempre volvía a pasar algo, después de unos días o después de unas horas, que no debería pasar, algo miserable, triste y humillante. ¡Siempre, dejando las firmes y nobles determinaciones y promesas, se recaía inevitablemente en el pecado y la infamia! ¿Por qué uno comprendía tan perfecta y profundamente la belleza y corrección de los buenos propósitos y los sentía en el corazón, mientras que toda la vida — adultos incluidos — apeataba a rutina y estaba siempre dispuesta a dejar triunfar lo sórdido y lo vulgar? ¿Cómo era posible que por la mañana de rodillas sobre la cama, o por la noche ante velas encendidas, uno se uniese con sagrado juramento a lo bueno y a lo divino, llamase a Dios y declarase la guerra para siempre a todos los vicios, y quizá sólo un par de horas más tarde pudiese traicionar miserablemente este juramento sagrado con una risa seductora o con una tonta broma de colegial escuchada con complacencia? ¿Por qué era así? ¿Era distinto para los otros? ¿Los héroes, los romanos y los griegos, los caballeros, los primeros cristianos habían sido todos distintos, mejores, más perfectos, sin malos instintos, equipados con algún órgano que a mí me faltaba, que les impedía caer del cielo a lo vulgar, de lo sublime a lo deficiente y mísero? ¿Desconocían los héroes y los santos el pecado original? ¿Quizá lo santo y lo noble sólo era posible de forma reducida, rara y selecta? ¿Pero por qué había nacido en mí, si no era ningún elegido, esta

inclinación hacia lo bello y noble, este anhelo salvaje y sollozante de pureza, bondad y virtud? ¿No era para escarnio? ¿En el mundo de Dios podía ser que un hombre, un muchacho, tuviese al mismo tiempo elevados sentimientos y malos instintos y hubiese de sufrir y desesperar, como una figura desgraciada y cómica, para dar gusto al Dios espectador? ¿Sucedió así? ¿Y no era el mundo entero una burla diabólica, digna de desprecio? ¿No era Dios un monstruo, un loco, un bufón necio y repugnante? ¡Ah, mientras yo pensaba esto con dejo de lujuria rebelde, mi inquieto corazón me castigaba ya temblando por la blasfemia!

¡Qué claramente vuelvo a ver ante mí, después de treinta años, aquella escalera con las altas y sucias ventanas que se abrían a la pared vecina y que daban tan poca luz, con los fregados peldaños de abeto y los rellanos y la barandilla de madera dura y lisa que yo había pulido- con mis infinitos descensos a toda velocidad. Queda tan lejos la infancia y en suma me parece tan incomprensible y fabulosa; sin embargo, recuerdo perfectamente todo el dolor y la discrepancia que ya entonces, en plena felicidad, existía en mí. Todos estos sentimientos ya estaban en el corazón del niño, idénticos a los que han quedado: duda en el propio valor, vacilación entre la autovaloración y la cobardía, entre la idealización despreciativa del mundo y la vulgar sensualidad. E igual que entonces, más tarde y centenares de veces, vi en esos rasgos de mi ser tanto despreciable enfermedad como perfección. A veces creo que Dios quiere llevarme por este camino angustioso haría un especial retiro y ahondamiento, y otras veces sólo hallo los síntomas de una mezquina debilidad de carácter, de una neurosis, que en la vida arrastran penosamente millares de almas.

Si tuviera que reducir todos los sentimientos y sus angustiosas contradicciones a un sentimiento fundamental y designarlo con un solo nombre, no sabría más palabra que la de miedo. Era miedo, era miedo e inseguridad lo que sentía todas aquellas horas de interrumpida felicidad infantil: miedo al castigo, miedo a la propia conciencia, miedo a los impulsos de mi alma que consideraba prohibidos y criminales.

También aquel día, en el momento que subía la escalera, me sobrecogió este sentimiento de miedo; la escalera se iluminaba al acercarme a la puerta de cristal. El miedo empezaba con una angustia en el bajo vientre que subía hasta el cuello y allí se convertía en sofoco o en náuseas. Siempre sentía simultáneamente, como ahora, una penosa vergüenza, una desconfianza ante todo espectador, un ansia de estar solo y escondido.

Con aquel mísero y maldito sentimiento, un verdadero sentimiento de delincuente, llegué al corredor y a la habitación. Me decía: hoy el diablo anda suelto, pasará algo. Lo captaba como el barómetro registra los cambios de presión, con irremediable pasividad. ¡Ah, volvía de nuevo lo indecible! El demonio rondaba sigilosamente por casa, el pecado original roía el corazón;

detrás de cada pared había un espíritu colosal e invisible, un padre y un juez.

Aún no sabía nada, todo era pura sospecha, presentimiento, corrosiva desazón. En tales situaciones, cuando se estaba enfermo, lo mejor, en general, era vomitar y meterse en cama. Muchas veces pasaba sin dolor, venía la madre o la hermana, me daban té y me sentía rodeado de amorosos cuidados; podía llorar o dormir, para despertar luego sano y contento en un mundo completamente distinto, redimido y claro. Mi madre no estaba en la sala de estar y en la cocina sólo había la criada. Decidí ir a ver a mi padre. Una pequeña escalera conducía a su despacho. Aunque también tenía miedo de él, a veces era bueno dirigirse a él, a quien uno tenía que pedir tanto perdón. Era más sencillo y más fácil hallar consuelo en la madre, pero con el padre el consuelo era más valioso, significaba una paz con la recta conciencia, una reconciliación y una nueva alianza con las fuerzas del bien. Después de terribles escenas, investigaciones, confesiones y castigos, a menudo salía del despacho de mi padre bueno y limpio, castigado y amonestado naturalmente, pero lleno de nuevos propósitos, gracias a la unión de fuerzas frente al mal hostil. Decidí ir a ver a mi padre y decirle que no me sentía bien.

Subí la pequeña escalera que llevaba al despacho. Esta pequeña escalera con su olor peculiar y con el sonido seco de los peldaños de madera huecos y ligeros, era, más que el vestíbulo, un camino significativo y una puerta del destino; muchas idas importantes me habían llevado por estos peldaños, centenares de veces había arrastrado por ellos miedo y tormento moral, obstinación e ira feroz, y no pocas veces había obtenido la salvación y una nueva seguridad. La planta baja de nuestra vivienda era el lugar de la madre y del hijo, allí flotaba una atmósfera inofensiva; arriba vivían el poder y el espíritu, había el tribunal y el templo, el «reino del padre». Algo angustiado, como siempre, giré el anticuado picaporte y entreabrí la puerta. Aspiré el olor del despacho paterno: olor a libros y a tinta, diluido por el aire azul de las ventanas entreabiertas, cortinas limpias, blancas, un hilo perdido de perfume de agua de Colonia, y sobre la mesa de escribir una manzana. Pero la habitación estaba vacía.

Entré con un sentimiento mitad de decepción y mitad de alivio. Amortigué mis pasos y anduve de puntillas, tal como teníamos que andar ahí arriba con frecuencia cuando el padre dormía o tenía dolor de cabeza. Apenas recordé ese andar silencioso y tuve palpitaciones, volví a sentir con más fuerza la angustiosa presión en el bajo vientre y en la garganta. Seguí adelante de puntillas y angustiado, paso a paso; ya no era un visitante inocente ni un suplicante, sino un intruso. Muchas veces, en ausencia de mi padre, me había colado a escondidas en sus dos habitaciones, había espiado y escudriñado su reino secreto y dos veces había robado algo de dentro.

Recordé este detalle e inmediatamente lo supe: la desgracia estaba aquí,

pasaría algo; hacía ahora lo que estaba prohibido. ¡Ni hablar de huir! Pensaba en ello, pensaba con impaciencia y fervor en escapar escaleras abajo a mi cuarto o al jardín, pero sabía que no lo haría, no podría hacerlo. Deseaba interiormente que mi padre se moviese en la habitación contigua, que entrase y rompiese toda la horrible fascinación que me arrastraba y encadenaba diabólicamente. ¡Que venga! ¡Que venga, aunque me riña, pero que venga antes de que sea demasiado tarde!

Tosí para indicar mi presencia y como no recibí ninguna respuesta, llamé en voz baja: «¡Papá!» Todo estaba silencioso, numerosos libros callaban en las paredes, un batiente de la ventana se movía al viento y arrojaba un precipitado reflejo del sol sobre el suelo. Nadie me salvaba y dentro de mí mismo no había ninguna libertad para actuar de otra forma a como el demonio quería. El sentimiento de ser un delincuente me contrajo el estómago y me heló las puntas de los dedos; mi corazón aleteaba angustiosamente. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Sólo sabía que sería algo malo.

Estaba junto a la mesa de escribir, cogí un libro y leí un título inglés que no comprendía. Odiaba el inglés, que mi padre hablaba siempre con mi madre cuando no querían que les comprendiésemos o cuando se peleaban. En una bandeja había toda clase de objetos, mondadientes, plumas, alfileres. Cogí dos plumas y me las metí en el bolsillo, Dios sabe por qué, ni las necesitaba ni carecía de plumas. Sólo lo hice para seguir la presión que me estaba sofocando, que me empujaba a hacer el mal, a perjudicarme a mí mismo, a cargar con la culpa. Eché un vistazo a los papeles de mi padre; vi que había una carta empezada y leí estas palabras: «nosotros y los niños, gracias a Dios, estamos muy bien», y los caracteres latinos de su escritura me parecieron ojos.

Luego, sin hacer ruido y de puntillas, entré en el dormitorio. Allí estaba la cama de hierro del padre, sus zapatillas marrones debajo. Sobre la mesilla de noche había un pañuelo. Aspiré el aire del padre en la fría y clara habitación: su retrato se erigía claramente ante mí. El respeto profundo y la rebeldía luchaban en mi agobiado corazón. Por unos momentos le odié y recordé con malicia y con maligna satisfacción cómo los días en que le dolía la cabeza yacía en su cama, largo y estirado, con un paño mojado sobre la frente, gimiendo de vez en cuando. Sospeché que él, el poderoso, tampoco tenía una vida fácil, que también él, el venerable, conocía la duda en sí mismo y la inquietud. Tan pronto como se desvaneció mi extraño odio, le siguieron la compasión y la ternura. Pero entretanto había abierto un cajón de la cómoda. Había ropa apilada y una botella de agua de Colonia que le gustaba; quise olería, pero la botella estaba aún sin abrir y bien tapada; la volví a dejar en su sitio. A su lado encontré una cajita redonda con pastillas que sabían a regaliz; me metí unas cuantas en la boca. Me invadió una cierta decepción y desilusión, y al mismo tiempo me alegré de no

haber encontrado ni cogido nada más.

Cuando ya había renunciado, tiré de otro cajón con el sentimiento algo aliviado y con el propósito de volver a dejar en su sitio las dos plumas robadas. Quizás era posible volver atrás, arrepentirse, corregirse y redimirse. Quizá tenía más fuerza sobre mí la mano de Dios que toda tentación. ..

Eché una rápida mirada por la rendija del cajón apenas abierto. ¡Ah, si hubiera habido calcetines o camisas o periódicos viejos! Pero allí había precisamente la tentación y en pocos segundos volvió el calambre y el hechizo del miedo; mis manos temblaban y mi corazón palpitaba vertiginosamente. En una caja india o exótica, trenzada con corteza de árbol, vi algo sorprendente, en cualquier caso seductor: una corona entera de higos secos azucarados.

La tomé en la mano, era prodigiosamente pesada. Luego saqué dos o tres higos, me metí uno en la boca y los demás en el bolsillo. Así pues, todo el miedo y toda la aventura no habían sido en vano. De aquí ya no podía obtener ninguna salvación, ningún consuelo. Y no quería salir con las manos vacías. Saqué tres o cuatro higos más, casi no se notó. Después otros. Cuando mis bolsillos estuvieron llenos, la corona había quedado reducida a la mitad. Arreglé los higos restantes colocándolos más espaciados, de manera que pareciese que faltaban menos. Sobresaltado cerré violentamente el cajón y salí corriendo por las dos habitaciones, bajé las escaleras y llegué a mi cuarto donde permanecí de pie, apoyado en mi pequeño pupitre; se me doblaban las rodillas y respiraba con dificultad.

Poco después sonó la campanilla de la comida. Con la cabeza vacía y lleno de desilusión y hastío, metí los higos en mi estantería de libros, los escondí detrás y fui a la mesa. En la puerta del comedor me di cuenta de que tenía las manos pegajosas. Me las lavé en la cocina. En el comedor les encontré a todos esperando. Dije de prisa «Buenos días». Mi padre bendijo la mesa y yo me incliné sobre la sopa. No tenía hambre y me costaba tragar cada sorbo. A mi lado estaban sentadas mis hermanas, enfrente mis padres, todos resplandecientes, alegres y respetables; sólo yo, miserable criminal, solo e indigno, temiendo cualquier mirada amistosa, con el sabor de los higos aún en la boca. ¿Había cerrado la puerta del dormitorio de arriba? ¿Y el cajón?

Era mi desgracia. Me hubiera dejado cortar las manos a cambio de que los higos estuvieran otra vez en la cómoda. Decidí tirarlos, llevármelos a la escuela, regalarlos. ¡Que se marchasen, que no tuviera que verlos nunca más!

—Tienes mala cara hoy —dijo mi padre por encima de la mesa. Miré fijamente mi plato y sentí su mirada sobre mi rostro. Lo notaría. Lo notaba todo siempre. ¿Por qué me atormentaba? Por mí podía llevarme fuera y matarme—. ¿Te pasa algo? —volví a oír su voz. Mentí y dije que tenía dolor de cabeza—. Debes echarte un poco después de comer —dijo—. ¿Cuántas clases tenéis esta

tarde?

—Sólo gimnasia.

—Bien, hacer gimnasia no te perjudicará. ¡Pero también debes comer! ¡Haz un esfuerzo! ¡Ya pasará!

Miré de reojo. La madre no decía nada, pero yo sabía que me miraba. Tragué la sopa, luché con la carne y la verdura, bebí agua dos veces. No sucedió nada más. Me dejaron en paz. Al terminar, mi padre dijo la oración de acción de gracias: «Señor, te damos las gracias por tu benevolencia y tu eterna bondad»; un corte corrosivo me separó otra vez de las claras, sagradas y confiadas palabras y de todos los que estaban sentados a la mesa; las arrugas de mis manos eran mentiras y mi actitud devota era blasfemia.

Cuando me levanté, mi madre pasó su mano por mi cabello y la dejó un instante sobre mi frente para ver si estaba caliente.

¡Qué amargo era todo aquello!

Una vez en mi habitación permanecí de pie ante la estantería. La mañana no había mentido, todos los presagios se habían cumplido. Había sido un día desgraciado, el peor que jamás había vivido. Nadie podía soportar uno peor. De existir un día peor era necesario suicidarse. Lo mejor era el veneno, o colgarse. Era preferible estar muerto que vivir. Todo era tan falso y desagradable. Reflexionando distraído eché mano a los higos ocultos y me comí algunos sin darme cuenta.

Me llamó la atención nuestra hucha, estaba debajo de los libros, en la estantería. Era una caja de puros que yo había cerrado con clavos; en la tapa había abierto una tosca ranura con la navaja para meter las monedas. Estaba mal cortada y salían astillas. Ni esto sabía hacer bien. Tenía compañeros que podían hacerlo con mucha maña, paciencia y de forma tan impecable que parecía cepillado por un carpintero. Pero yo siempre era chapucero, me apresuraba y no dejaba nada bien acabado. Lo mismo sucedía con mis trabajos en madera, lo mismo con mi escritura y mis dibujos, lo mismo sucedía con mi colección de mariposas y con todo. No tenía solución. Estaba ahora aquí y había vuelto a robar, peor que nunca. Aún tenía las plumas en mi bolsillo. ¿Para qué? ¿Por qué las había tenido que coger? ¿Por qué uno tenía que hacer lo que no quería?

En la hucha sonaba una sola moneda, la moneda de diez pfennigs de Oskar Weber. Desde entonces no habíamos echado nada más. ¡También esta historia de la hucha era una de mis operaciones! Nada servía, todo salía mal. Y lo que empezaba, en seguida se atascaba. No quería saber nada más de aquella hucha.

En días como hoy el rato entre el almuerzo y la escuela era desagradable y duro de pasar. En los días buenos, días tranquilos, sosegados y agradables, era una hora bonita y deseada. Leía un libro de indios en mi habitación o regresaba a todo correr, terminada la comida, al patio de la escuela donde siempre

encontraba a algunos compañeros emprendedores y entonces jugábamos, gritábamos y corríamos y nos acalorábamos hasta que el toque de campana nos devolvía a una «realidad» totalmente olvidada. ¿Pero en los días como hoy, con quién quería uno jugar y cómo podía acallar el demonio en el pecho? Yo lo veía venir. Hoy tal vez no, pero la próxima vez, quizá pronto. Entonces mi destino estallaría por completo. Sólo faltaba una pequeñez, un diminuto suplemento de miedo, de mal y de perplejidad, entonces se produciría la explosión, vendría el gran sobresalto. Un día, exactamente un día como hoy, me hundiría por completo en el mal, haría algo atroz y decisivo con obstinación y furia. Debido a la absurda intolerancia de esta vida, sería algo atroz, pero liberador, que pondría fin para siempre al miedo y al tormento. Desconocía qué sería. Pero muchas veces por mi cabeza habían pasado fantasías y obsesiones desconcertantes sobre esta cuestión, imágenes del crimen con que me vengaría del mundo y al mismo tiempo me descubriría y me aniquilaría a mí mismo. A veces prendía fuego a nuestra casa: enormes llamas volarían a través de la noche, casas y calles serían pasto del fuego, toda la ciudad lanzaría llamas colosales contra el cielo negro. En otros momentos el crimen de mis sueños consistía en vengarme en mi padre, un asesinato, un horrible homicidio. Entonces me comportaría como aquel criminal, el único criminal de verdad que había visto conducir por las callejas de nuestra ciudad. Se trataba de un ladrón al que habían detenido y llevaban al juzgado municipal, esposado, un sombrero hongo ladeado sobre la cabeza, con un gendarme delante y otro detrás. Aquel hombre al que llevaban por la calle, a través de una enorme masa de curiosos, acompañado de maldiciones, bromas maliciosas y malos deseos expresados a voces, aquel hombre no se parecía en nada al pobre diablo huraño que se veía a veces por la calle acompañado de policías y que en la mayoría de los casos era tan sólo un pobre artesano ambulante que había pedido limosna. No, aquél no era ningún artesano, ni parecía indefenso, ni tosco, ni llorón; no recurría a una sonrisa tímida y bobalicona, como ya había visto en otras ocasiones; aquél era un verdadero delincuente que llevaba un sombrero algo abollado sobre su cráneo altanero y firme, estaba pálido y sonreía despectivo, y el pueblo, que le insultaba y escupía, se convertía en gentuza y chusma ante él. Yo mismo había gritado entonces: «¡Carne de horca!», pero después vi su andar orgulloso, erguido, vi cómo llevaba las manos esposadas delante, el sombrero hongo sobre su cabeza enérgica y maliciosa, igual que una fantástica corona, y cómo sonreía. Y entonces callé. Igual que aquel delincuente, yo también sonreiría y mantendría la cabeza erguida, cuando me llevasen al tribunal y al cadalso; y si la gente me empujaba y me lanzaba gritos de burla, yo no diría ni sí ni no, simplemente callaría y les despreciaría.

Y si se me ajusticiaba y mataba, cuando llegase al cielo ante el juez eterno, no

iba a doblegarme ni someterme en absoluto. ¡Oh no, aunque le rodearan todos los coros de ángeles y de él brotase toda la santidad y dignidad! ¡Él iba a querer condenarme, dejarme consumir en el fuego! ¡Pero yo no me disculparía, no me humillaría, no le pediría perdón, no me arrepentiría! Si él me preguntaba: «¿Has hecho tal cosa y tal otra?», le diría: «Ya lo creo que lo he hecho y, más aún, está bien que lo haya hecho y si pudiera lo volvería a hacer. He matado, he incendiado casas, porque me divertía y porque quería mofarme de ti y enojarte. Sí, Dios, te odio y te escupo a los pies. Me has atormentado y maltratado, has hecho leyes que nadie puede respetar, has inducido a los adultos a que nos ensucien la vida a nosotros, los jóvenes.»

Si lograba imaginarme todo esto de manera completamente clara y lograba creer firmemente que iba a actuar y hablar así, me sentía tétricamente bien por unos momentos. Pero en seguida volvían las dudas. ¿No flaquearía, no me dejaría intimidar, no cedería? Y, si lo hacía todo tal como era mi obstinada voluntad, ¿no hallaría Dios una salida, alguna superioridad, alguna patraña, como los adultos y poderosos que siempre lograban llegar triunfantes al final, avergonzarle a uno, no tomarle en serio, humillarle bajo la maldita máscara de la benevolencia? Naturalmente que terminaría así.

Mis fantasías iban y venían, me hacían ganar a Dios con rapidez, me elevaban a criminal inflexible y me volvían a arrojar al fondo, al niño débil y sin energía.

Estaba ante la ventana y miraba el pequeño patio interior de la casa vecina en el que se apoyaban los arbotantes de la casa y donde en un minúsculo jardín verdeaban unas cuantas plantas. De repente, en el silencio de la tarde, oí resonar varias campanadas; firme y serenamente penetraron en mis sueños, primero una campanada clara, exacta, y luego otra. Eran las dos y, asustado, pasé del miedo de los sueños al de la realidad. Empezaba nuestra hora de gimnasia y, aunque saliese volando sobre mágicas alas y me precipitase en la sala de gimnasia, llegaría tarde de todas formas. ¡Otra desgracia! Pasado mañana habría amonestación, injurias y castigo. Mejor sería no ir. Quizá con una buena excusa, sutil y creíble... Pero en aquel momento no se me ocurría ninguna, a pesar de lo maravillosamente que el maestro me había educado para mentir. Ahora ya no estaba en condiciones de mentir, de encontrar, de construir. Mejor era quedarse fuera toda la hora. ¡Qué importaba si a una gran desgracia ahora se sumaba otra pequeña!

Pero la campanada me había despertado y había paralizado mis sueños de fantasía. De repente me sentía muy débil, mi habitación me parecía terriblemente real: el pupitre, los cuadros, la cama, la librería, todo estaba cargado de estricta realidad, todo eran gritos del mundo en el que uno debía vivir y que para mí hoy se había convertido en un mundo hostil y peligroso.

¿Por qué? ¿No había faltado a la hora de gimnasia? ¿Y no había robado miserablemente y había colocado los condenados higos en la estantería antes de comérmelos? ¿Qué me importaba ahora el criminal, Dios y el juicio final! Ya llegaría todo a su tiempo, pero ahora, ahora, en este instante, estaba lejos y eran tonterías, nada más. Había robado y a cada instante podía descubrirse el delito. Quizá ya se había descubierto, quizá mi padre ya había abierto aquel cajón, allí arriba, y se hallaba ante mi infame acción, ofendido y enojado, y pensaba de qué forma podía castigarme. Posiblemente ya venía hacia mí y, si no huía en seguida, dentro de unos minutos ya tendría ante mí su serio rostro con gafas. Pues él, naturalmente, sabía en seguida que yo era el ladrón. En nuestra casa no había más delincuente que yo, mis hermanas nunca harían una cosa semejante, Dios sabe por qué. ¿Pero para qué necesitaba mi padre tener escondidas en su cómoda aquellas ristras de higos?

Ya había abandonado mi habitación y me había largado por la puerta trasera de la casa y a través del jardín. La hierba yacía bajo el claro sol y las mariposas revoloteaban por el caminito. Ahora todo parecía malo y amenazador, mucho peor que esta mañana. ¡Oh, todo aquello ya lo conocía yo y pensaba que nunca había sentido nada tan angustioso! Todo me miraba desde su trivialidad, desde su tranquila conciencia, la ciudad y el campanario, el césped y el camino, las flores y las mariposas; todo lo que es bonito y alegre, todo lo que se mira con placer, ahora era extraño y maligno. Era como cuando se pasa por sitios conocidos, pero se tiene miedo. Ahora podía volar sobre el prado la mariposa más rara y posarse a mis pies: no significaría nada, no interesaría, no consolaría. Ahora el soberbio cerezo podía ofrecer sus ramas rebosantes, no tendría ningún valor, no produciría ningún placer. Ahora sólo existía una cosa: huir de mi padre, del castigo, de mí mismo, de mi conciencia; fugitivo y desamparado. Inexorable e inevitablemente sucedió todo lo que tenía que suceder.

Corrí desamparado, huí cuesta arriba hasta el bosque, por el monte de robles hasta el molino, pasé por la fuente y seguí cuesta arriba, bosque a través. Aquí habíamos hecho nuestros últimos campamentos de indios. Aquí, el año pasado, cuando mi padre estuvo de viaje, habíamos celebrado la Pascua los niños acompañados por mi madre, habíamos escondido los huevos por el bosque y en el musgo. Aquí, un día de vacaciones, había construido un castillo con mis primos; aún se conservaba la mitad. ¡Por doquier restos de antaño, por doquier la imagen de otro yo distinto al de hoy! ¿Había sido yo así? ¿Tan alegre, tan contento, tan agradecido, lleno de compañerismo, tan cariñoso con mi madre, sin miedo, inconcebiblemente feliz? ¿Lo había sido? ¿Y cómo había podido convertirme en un ser tan distinto, tan malo, tan lleno de miedo, tan destruido? Todo seguía como siempre; el bosque y el río, los helechos y las flores, el castillo y los hormigueros, y en cambio todo estaba envenenado y devastado. ¿No había

ningún camino para regresar adonde estaba la felicidad y la inocencia? ¿Ya no podía ser nunca más como había sido? ¿No volvería jamás a reír, a jugar con mis hermanas, a buscar huevos de Pascua?

Corrí y corrí, con sudor en la frente, y tras de mí corría mi culpa y corría la gran sombra monstruosa de mi padre, el perseguidor.

Junto a mí se deslizaban los senderos, se hundían las lindes de los bosques. Me detuve en un altozano, me tumbé a un lado del camino, sobre la hierba, tenía palpitations, seguramente debido a la carrera que había hecho monte arriba; pronto estaría mejor. Veía abajo la ciudad y el río, veía el gimnasio donde se terminaba la clase y los chicos se dispersaban, veía el ancho tejado de mi casa. Allí estaba el dormitorio de mi padre y el cajón en el que faltaban los higos. Allí estaba mi pequeña habitación. Allí, cuando regresase, sería juzgado. Pero ¿y si no regresaba?

Sabía que regresaría. Siempre se regresaba, siempre. Siempre terminaba así. Uno no podía largarse, no podía volar a África o a Berlín. Uno era pequeño, no tenía dinero ni a nadie que le ayudase. ¡Si todos los niños se unieran y se ayudaran mutuamente! Éramos muchos, había más niños que padres. Pero no todos los niños eran ladrones y criminales. Había pocos como yo. Quizá yo era el único. Pero no, sabía que a veces ocurrían cosas como las mías. Un tío mío también había robado de niño y había hecho muchas cosas que yo sabía por una conversación de mis padres que había oído a escondidas, sí, a escondidas que es como uno tiene que escuchar todas las cosas interesantes. ¡Pero todo esto no me servía de nada, y si aquel mismo tío estuviera aquí, tampoco me ayudaría! Ahora era muy gordo y adulto, era pastor, y seguro que defendería a los adultos y a mí me abandonaría. Así eran todos. Con nosotros, los niños, todos eran en parte falsos y mentirosos, representaban un papel, se presentaban diferentes a como eran. La madre quizá no, o menos.

¿Y si no regresaba más? Podía pasar algo, podía romperme el pescuezo o ahogarme, o ponerme bajo un tren. Entonces todo parecería distinto. Me llevarían a casa y todo el mundo estaría callado y horrorizado, y lloraría; a todos les daría lástima y ya no se hablaría más de los higos.

Sabía muy bien que uno puede quitarse la vida a sí mismo. Y pensaba que yo también lo haría un día, más tarde, cuando las cosas fueran muy mal. Hubiera ido bien estar enfermo, pero no solamente con tos, sino realmente enfermo de muerte, como cuando tuve la escarlatina.

Mientras tanto había pasado la hora de gimnasia hacía rato, y también la hora en que se me esperaba en casa para tomar el café. Ahora tal vez me llamaban y me buscaban en mi habitación, en el jardín, en el patio. Pero si mi padre ya había descubierto el robo, no me buscaría porque sabría la razón.

No podía seguir más tiempo tumbado. El destino no me olvidaba, iba tras

de mí. Reanudé la carrera. Llegué hasta un banco del parque del que pendía otro recuerdo, otro más, que había sido bonito y querido, pero que ahora quemaba como el fuego. Mi padre me había regalado una navaja y nos fuimos juntos a pasear, contentos y en buena armonía; él se había sentado en este banco mientras yo quería cortar una vara de avellano. Y entonces se me rompió la hoja del cuchillo nuevo. Regresé junto a mi padre, aterrado, quería ocultárselo, pero en seguida mi padre me preguntó por la navaja. Me sentía muy desgraciado por el cuchillo y por las palabras de reproche que esperaba. Pero mi padre había sonreído, me había tocado el hombro ligeramente y me había dicho: «¡Qué lástima, pobre muchacho!» ¡Cuánto le había querido entonces, dentro de mí le pedí perdón fervorosamente! ¡Y ahora, al recordar el rostro de mi padre, su voz, su compasión de entonces, me preguntaba qué clase de monstruo era yo que había afligido tan a menudo a este padre, le había mentado y hoy le había robado!

Cuando regresé a la ciudad, cerca del puente superior y lejos de nuestra casa, ya había empezado el crepúsculo. De una tienda, tras cuya puerta de cristal ardía ya la luz, llegó corriendo un muchacho que se detuvo de pronto y me llamó por mi nombre. Era Oskar Weber. Nadie podía llegar en un momento más inoportuno. De todas formas, por él supe que el maestro no había notado mi ausencia en la clase de gimnasia. ¿Dónde había estado?

— En ningún sitio — dije —, no me encontraba bien.

Yo estaba taciturno y huraño, y después de un rato, que para mí fue escandalosamente largo, le dije que me estaba cargando. Entonces él se enojó.

— Déjame en paz — dije fríamente —, puedo volver solo a casa.

— ¡Ah, sí! — dijo entonces —. ¡Yo puedo ir tan solo como tú, tonto de Fratz! ¡No soy tu perro de aguas, para que lo sepas! ¡Pero antes quisiera saber qué pasa con nuestra hucha! Yo he metido una moneda de diez pfennigs y tú nada.

— Tu moneda puedes volver a tenerla hoy mismo si tanto te preocupa. Así no tendré que volverte a ver más. ¡Como si yo te hubiera quitado algo!

— El otro día bien la cogiste — dijo con ironía, pero dejando una puerta abierta para la reconciliación.

Pero yo me había acalorado y enfadado, todo el miedo y la perplejidad acumulados en mí estallaban en viva cólera. ¡Weber no tenía qué decirme! Frente a él yo tenía razón, frente a él yo tenía la conciencia tranquila. Y necesitaba a alguien ante quien poder pavonearme, ante quien poder estar orgulloso y seguro. Todo lo que había en mí de desordenado y tenebroso fluía salvajemente hacia esta salida. Hice lo que hasta entonces había evitado con tanto cuidado: me mostré como un hijo de papá, le di a entender que yo no perdía nada renunciando a la amistad de un chico de la calle. Le dije que ya se le había terminado el comer bayas en nuestro jardín y el jugar con mis cosas, Me sentía

enardecer y reanimarme: tenía un enemigo, un adversario, alguien que era culpable, alguien a quien poder agarrar. Todos mis impulsos vitales se reunían en este furor redentor, oportuno, liberador, en el feroz placer ante el enemigo que esta vez no vivía en mí mismo, sino que estaba enfrente, me miraba con ojos asustados, al principio, y enojados luego; oía su voz, despreciaba sus reproches y podía sobrepujar sus injurias.

Durante el creciente intercambio de palabras, muy rápido, bajamos el oscuro callejón; desde alguna puerta nos seguían con la mirada. Toda la ira y el desprecio que yo sentía contra mí mismo se volvían contra el desgraciado Weber. Cuando me amenazó con denunciarme al profesor de gimnasia, sentí un verdadero placer: se colocaba en la injusticia, se hacía ruin. Me fortalecía.

Cerca de la calle Metzger comenzamos a pegarnos; algunas personas se quedaban mirándonos. Nos pegamos al estómago, a la cara; nos dimos patadas. Por un instante lo había olvidado todo, tenía razón, no era un delincuente; el entusiasmo de la lucha me hacía feliz y, aunque Weber era más fuerte, yo era más ágil, listo, rápido y fogoso. Nos calentamos y nos pegamos con furia. Con un golpe desesperado me rompió el cuello de la camisa y sentí una fría corriente de aire sobre mi piel ardiente.

En medio de los golpes, los forcejeos, las patadas, apretones y abrazos, no cesábamos de hostigarnos, injuriarnos y anonadarnos con palabras que cada vez eran más apasionadas, insensatas y malignas, más poéticas y fantásticas. En esto también era yo el más agudo, original, inventivo. Él decía «perro», yo respondía «puerco perro». Él gritaba «canalla», yo replicaba «satán». Ambos sangrábamos, pero no sentíamos nada. Nuestras palabras acumulaban deseos y encantos maléficos; nos enviábamos mutuamente a la horca, deseábamos tener cuchillos para clavarlos en el pecho del contrincante y hurgar en sus entrañas, insultábamos nuestros nombres, a nuestras familias, a nuestros padres.

Fue la primera y única vez que he luchado así, con entrega total a la guerra, hasta el fin, con absoluta crueldad, contundencia, injuria. Muchas veces había oído con horrorizado placer estas blasfemias e insultos vulgares y primitivos. Ahora los gritaba como si los utilizase desde pequeño. Las lágrimas me brotaban de los ojos y la sangre de la boca. El mundo, sin embargo, era encantador, tenía sentido; era bello vivir, pegar, sangrar y hacer sangrar.

Jamás he sido capaz de recordar el final de esta lucha. En algún momento terminó, me quedé solo. En la tranquila oscuridad reconocí calles y casas, me encontraba cerca de la mía. Lentamente huyó la pasión, lentamente cesó la efervescencia y la ira, y la realidad penetró poco a poco en mi sensibilidad. Primero por los ojos. La fuente. El puente. Sangre en mi mano, el traje roto, los calcetines caídos, dolor en la rodilla, en un ojo. Mi gorra. Todo llegaba a pedazos, se hacía realidad y me hablaba. De repente me sentí profundamente cansado, me

temblaban las rodillas y los brazos, me apoyé en una pared.

Allí estaba mi casa. ¡Gracias a Dios! Sólo sabía que allí había refugio, paz, luz, alivio. Jadeando abrí el alto portón.

Una vez dentro, con el olor a piedra y a fría humedad, me inundó el recuerdo, centuplicado. ¡Oh, Dios! Olía a estrechez, ley y responsabilidad, a padre y a Dios. Había robado. No era un héroe herido que regresaba a casa después de la batalla. No era un pobre niño que llegaba a casa para encontrar el calor y la compasión de la madre. Era un ladrón, un delincuente. Arriba no había ningún refugio para mí, ni cama, ni descanso, ni comida ni cuidados, ni consuelo ni olvido. Me esperaba la culpa y el tribunal.

En el corredor, con la oscuridad del atardecer, y en la escalera cuyos peldaños subí penosamente, respiré, creo que por primera vez en mi vida, el aire frío, la soledad, el destino. No veía ninguna salida, no tenía ningún plan, tampoco miedo, sólo el frío y crudo sentimiento de que «tiene que ser». Subí agarrado a la barandilla, ante la puerta de cristal sentí el deseo de permanecer un instante en la escalera, de tomar aliento, tranquilizarme. No lo hice, no tenía sentido. Tenía que entrar. Al abrir la puerta pensé: «¿Qué hora debe de ser?»

Penetré en el comedor. Estaban sentados alrededor de la mesa, habían terminado de comer, aún había un plato con manzanas. Eran cerca de las ocho. Nunca había llegado tan tarde a casa, nunca había faltado a la cena.

— ¡Gracias a Dios que has llegado! — gritó mi madre. Comprendí que estaba preocupada por mí. Se me acercó corriendo y se detuvo espantada cuando vio mi cara y mi traje sucio y roto. Yo no decía nada ni miraba a nadie, pero percibí claramente que mis padres se comunicaban con la mirada. Mi padre callaba, se dominaba, sentía, sin embargo, su cólera. Mi madre me cogió por su cuenta, me lavó la cara y las manos, me puso esparadrapo. Después me dio de comer. Me envolvían la compasión y los cuidados; estaba sentado en silencio, profundamente avergonzado; sentía el calor y lo saboreaba con mala conciencia. Después me mandaron a la cama. Di la mano a mi padre sin mirarle.

Cuando ya estaba en la cama, mi madre vino a verme. Cogió mis ropas de la silla y puso otras; el día siguiente era domingo. Después, con tacto, empezó a preguntarme y yo tuve que contarle mi riña. Naturalmente lo encontró muy mal, pero no me reprendió. Se mostró un poco sorprendida de que por esto estuviera tan abatido y asustado. Luego se marchó.

Y pensé que estaba convencida de que todo iba bien. Me había peleado, me habían golpeado hasta hacerme sangre, pero mañana todo se habría olvidado. De lo otro, del verdadero motivo, no sabía nada. Se había apenado, pero estaba serena y cariñosa. Era muy probable que mi padre tampoco supiera nada.

Me asaltó un terrible sentimiento de decepción. Ahora notaba que, desde el instante en que penetré en nuestra casa, sólo tenía un deseo ardiente y

devorador. Sólo había pensado, deseado, esperado que estallase por fin la tormenta, que se me juzgase, que lo terrible se convirtiera en realidad y terminara así el horrible miedo. Estaba preparado y dispuesto a todo. Deseaba ser duramente castigado, golpeado y encerrado. ¡Que no me dieran de comer! ¡Que me maldijeran y me repudiaran! ¡Con tal de que terminase el miedo y la tensión!

En lugar de todo esto, estaba ahí, tumbado, disfrutaba de cariño y de cuidados, me trataban amistosamente. No había sido juzgado por mis delitos; de nuevo podía esperar y temer. Me habían perdonado el traje roto, la ausencia, la cena perdida, porque estaba cansado y sangraba y les daba lástima, pero, sobre todo, porque no sospechaban lo otro, porque sólo conocían mi travesura, pero no mi delito. ¡Me iría mucho peor cuando todo se supiera! Tal vez me enviarían, como habían amenazado otras veces, a un reformatorio, donde se comía pan duro, donde uno tenía que cortar leña y limpiar botas en su tiempo libre, donde había grandes dormitorios con vigilantes que te pegaban con un bastón y te despertaban a las cuatro de la mañana con agua fría. ¿O me entregarían a la policía?

Pero, de todas formas, fuese como fuese, volvía a disponer de un tiempo de espera. Aún tenía que soportar el miedo, andar con mi secreto a cuestas, temblar ante cualquier mirada o paso; no podía mirar a nadie a la cara.

¿O era posible que mi robo nunca se descubriera? ¿Que todo quedase como estaba? ¿Que hubiese padecido tanto miedo y tormento en vano? ¡Oh, si sucediera esto, si fuera posible lo impensable, lo maravilloso, entonces quisiera empezar una vida totalmente nueva, quisiera dar gracias a Dios y hacerme digno de Él viviendo hora tras hora completamente limpio y sin mancha! Lo que ya antes había intentado, y había fracasado, ahora sucedería, ahora mi propósito y mi voluntad eran fuertes. ¡Ahora sí, después de tanta angustia, de este infierno lleno de tortura! Todo mi ser se impregnaba de esta idea y la absorbía fervientemente. Aunque llovía, el futuro se abría azul y soleado. Por fin me dormí con estas fantasías. Dormí toda la noche sin preocupaciones.

Al día siguiente era domingo y, aún en la cama, noté, como sabor de una fruta, el peculiar sentimiento de domingo, confuso, pero delicioso, tal como lo conocía desde que había empezado a ir a la escuela. La mañana del domingo era algo bueno: dormir, sin escuela, la perspectiva de un buen almuerzo, ningún olor a maestro ni a tinta, una gran cantidad de tiempo libre. Esto era lo principal. Tan sólo más débilmente sonaban otros tonos extraños, sosos: ir a la iglesia o a la escuela dominical, pasear con la familia, tener cuidado del traje bonito. Por ello, el sabor y el perfume limpio, bueno y exquisito, se adulteraban un poco y se descomponían. Era como si se comieran dos platos a la

vez, budín con caldo, que no encajaban por completo, o como los caramelos

y pasteles que le regalan a uno en una cajita y tienen un fatal saborcillo a queso o a petróleo. Uno los comía y eran buenos, pero nada era completo ni extraordinario y uno tenía que cerrar un ojo. Así, más o menos, era la mayoría de los domingos, especialmente cuando tenía que ir a la iglesia o a la escuela dominical, lo que no pasaba siempre por fortuna. El día libre llegaba, pues, con un gustillo a deber y a aburrimiento. Y durante los paseos con la familia, aunque muchas veces podían ser bonitos, en general solía pasar algo: había pelea con las hermanas, uno iba demasiado aprisa o demasiado despacio, uno se ensuciaba el traje con resina; casi siempre había algún problema.

Bien, podía venir lo que fuese. Me sentía bien. Desde ayer había pasado mucho tiempo. No había olvidado mi acción infame, por la mañana ya se me presentó de nuevo, pero había pasado tanto tiempo desde entonces que el espanto se había alejado y hecho irreal. Ayer había expiado mi culpa, aunque sólo fuese por los remordimientos de conciencia. Había pasado un día malo, lamentable. Ahora volvía a inclinarme por la confianza y la candidez y no me sentía preocupado. El asunto no estaba completamente liquidado, aún provocaba cierta amenaza y ciertos escrúpulos, como sucedía con cada deber y cuidado en los bellos domingos.

A la hora del desayuno todos estábamos contentos. A mí me habían dejado escoger entre la iglesia y la escuela dominical. Preferí, como siempre, la iglesia. Allí, al menos, se le dejaba a uno en paz y podía dejar volar sus pensamientos; además el solemne y elevado recinto con sus ventanas multicolores era, en general, bonito y venerable. Y si uno miraba con ojos distraídos hacia el órgano, a lo largo de la oscura y profunda nave, veía a menudo imágenes maravillosas; los tubos del órgano que se elevaban en las tinieblas parecían a veces una ciudad reluciente con centenares de torres. Además, cuando la iglesia no estaba llena, podía leer tranquilamente un libro de cuentos.

Aquel día no cogí ninguno ni pensé en escabullirme del oficio, como había hecho en otras ocasiones. Habían resonado tantas cosas en mi interior desde ayer por la tarde, que tenía buenos y rectos propósitos y había decidido comportarme amable y dócilmente con Dios, con mis padres y con el mundo. Incluso se había desvanecido por completo mi cólera contra Oskar Weber. Si hubiera venido, le habría recibido con los brazos abiertos.

Empezó el servicio divino, canté con todos; se trataba del himno *Pastor de tus ovejas* que habíamos aprendido de memoria en la escuela. Me llamó la atención comprobar que un versículo cantado lenta y prolongadamente, como se hace en la iglesia, tenía un aire completamente distinto del mismo versículo leído o recitado. Leído, un verso era completo, tenía sentido, constaba de frases. Cantado, sólo constaba de palabras, las frases no se realizaban, no tenían ningún sentido, pero en cambio las palabras, las palabras aisladas, cantadas y muy

prolongadas, cobraban una vida muy fuerte, independiente. Sí, muchas veces sólo eran sílabas, algo completamente absurdo en sí, que en el canto se independizaba y tomaba forma. El versículo *Pastor de tus ovejas que no siente sueño*, por ejemplo, aquel día se cantaba en la iglesia sin ninguna relación ni sentido, uno no pensaba en nada. Pero no era aburrido. Palabras sueltas, por ejemplo, «o-ve-jas», resultaban tan extrañamente llenas y bonitas que uno se mecía en ellas. También el «siente» sonaba misterioso y grave, recordaba a «vientre» y a cosas oscuras, sensibles, poco conocidas, que uno tiene en las entrañas. ¡Además, el órgano!

Luego llegó el pastor de la ciudad y dijo el sermón, que siempre era tan incomprensiblemente largo. Uno escuchaba de manera tan especial, que oía el sonido de la voz flotando como campanadas, luego percibía palabras sueltas, claras y agudas, unidas a su sentido, y uno se esforzaba por seguir las, mientras duraban. Si al menos hubiera podido sentarme en el coro, en lugar de estar entre los hombres de la tribuna. En el coro, donde me había sentado durante los conciertos de la iglesia, uno se hundía en macizas sillas aisladas; cada una de ellas era un pequeño edificio sólido y encima había una bóveda muy atrayente, vasta y reticular, y arriba en la pared estaba pintado en colores suaves el sermón de la montaña; las vestiduras azules y rojas del Salvador sobre el cielo azul pálido resultaban tiernas y agradables de mirar.

A veces crujía la sillería de la iglesia, lo que me producía una profunda aversión; las sillas estaban pintadas con un barniz amarillo, triste, en el que uno siempre se quedaba un poco pegado. De vez en cuando, arriba, zumbaba una mosca que se lanzaba contra alguna de las ventanas, cuyos arcos tenían pintadas flores azulgranas y estrellas verdes. Y de improviso se terminaba el sermón y yo me echaba hacia adelante para ver desaparecer al pastor por la estrecha y oscura escalera de tubo. La gente volvía a cantar tomando aliento, muy fuerte, y se ponía en pie y salía en masa. Eché la moneda de cinco pfennigs en la caja de ofrendas; aquel sonido de hojalata cuadraba mal con la solemnidad. Me dejé arrastrar hacia el portal por la oleada humana que me empujó al aire libre.

Ahora llegaba el momento más bonito del domingo, las dos horas entre la iglesia y el almuerzo. Había cumplido mi deber. Después de estar mucho tiempo sentado, ansiaba moverme, jugar o pasear, leer un libro. Era completamente libre hasta el mediodía, en que, en general, había algo bueno de comer. Contento, anduve hacia casa, lleno de alegres pensamientos y sentimientos. El mundo estaba en orden, en él se podía vivir. Pacífico, atravesé el vestíbulo y la escalera al trote.

En mi habitacioncita brillaba el sol. Miré mis cajas de gusanos de seda que el día antes había descuidado, encontré un par de crisálidas nuevas, puse agua fresca a las plantas.

La puerta se movió.

Al principio no reparé en ello. Tras un instante noté un silencio extraño. Me volví. Allí estaba mi padre. Estaba pálido y parecía atormentado. El saludo se me quedó en la garganta. ¡Comprendí que lo sabía! Estaba allí. Empezaba el juicio. ¡Nada había mejorado, nada se había expiado, nada se había olvidado! El sol palideció y la mañana de domingo se marchitó.

Arrancado de todos los cielos, yo miraba fijamente a mi padre. Le odiaba. ¿Por qué no vino ayer? Ahora yo no estaba preparado para nada, no tenía nada dispuesto, ni siquiera arrepentimiento ni sentimiento de culpabilidad. ¿Y para qué necesitaba tener higos arriba, en su cómoda?

Fue a mi estantería, metió la mano detrás de los libros y sacó algunos higos. Quedaban pocos. Me miró con una pregunta muda, penosa. No pude decir nada. El pesar y la terquedad me ahogaban.

— ¿Qué sucede? — dije entonces.

— ¿De dónde has sacado estos higos? — preguntó con una voz contenida y suave que me era amargamente odiosa.

Empecé a hablar en seguida. A mentir. Conté que había comprado los higos a un pastelero, toda una ristra. ¿De dónde procedía el dinero? El dinero procedía de una hucha que yo tenía junto con un amigo. Los dos habíamos metido todas las monedas que recibíamos de vez en cuando. Por lo demás, aquí estaba la hucha. Traje la caja con la ranura. Ahora no había dentro más que una moneda de diez pfennigs, porque precisamente ayer habíamos comprado los higos.

Mi padre escuchó con rostro tranquilo y contenido que no me engañaba.

— ¿Cuánto costaron los higos? — preguntó con voz demasiado baja.

— Un marco sesenta.

— ¿Y dónde los compraste?

— En la pastelería.

— ¿En cuál?

— En Haager.

Hubo una pausa. Yo seguí sosteniendo la caja del dinero con dedos temblorosos. Todo en mí estaba frío y helado. Preguntó con una amenaza en la voz:

— ¿Es cierto?

Yo volví a hablar de prisa. Sí, naturalmente que era cierto, y mi amigo Weber había entrado en la tienda, yo sólo le había acompañado. El dinero era casi todo de él, de Weber; mío había muy poco.

— Coge tu gorra — dijo mi padre —, vamos a ir juntos a la pastelería Haager. Vamos a comprobar si es verdad.

Intenté sonreír. Entonces el frío me llegó hasta el corazón y el estómago. Me adelanté y en el corredor cogí mi gorra azul. Mi padre abrió la puerta

encristalada; él también había cogido su sombrero.

—Un momento — dije —, tengo que ir al retrete en seguida.

Asintió. Fui al retrete, cerré. Estaba solo, por un momento estaba en seguridad. ¡Oh, si muriese ahora! Permanecí dentro un minuto o dos. No sirvió de nada. No moría. Resistía. Abrí la puerta y salí. Bajamos la escalera.

Cuando cruzamos la puerta de casa, se me ocurrió una idea salvadora y dije rápidamente:

—Pero hoy es domingo y Haager no abre.

Era una esperanza que duró dos segundos. Mi padre dijo con serenidad:

—Entonces iremos a su casa. Vamos.

Nos fuimos. Enderecé mi gorra, metí una mano en el bolsillo e intenté ir junto a él como si no pasara nada especial. Aunque sabía que toda la gente me miraba, que era un delincuente conducido, intenté, sin embargo, disimularlo de mil maneras. Me esforcé por respirar de forma sencilla y leve; no era necesario que nadie viese cómo se contraía mi pecho. Me veía obligado a poner cara ingenua, a fingir trivialidad y seguridad. Me subí un calcetín sin que fuese necesario hacerlo. Y sonreía aunque sabía que esta sonrisa parecía terriblemente necia y artificial. En mi interior, en mi garganta y en mis entrañas, se había instalado el diablo y me ahogaba.

Pasamos por delante de la fonda, junto a la herrería, junto a los coches de alquiler, junto al puente del ferrocarril. Allí arriba me había peleado la tarde pasada con Weber. ¿Aún me dolía el rasguño del ojo? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Seguía andando sin energía. Bajamos por la calle de la estación. ¡Qué buena e inofensiva era ayer esta calle! ¡No pensar! ¡Adelante! ¡Adelante!

Estábamos muy cerca de la casa de Haager. En estos minutos había imaginado cien veces la escena que me esperaba allí. Ya llegábamos. Era el momento.

Pero no pude resistirlo. Me detuve.

—¿Qué te pasa? — preguntó mi padre.

—Yo no entro — dije en voz baja.

Me miró. Él lo sabía desde el principio. ¿Por qué había hecho yo toda la comedia con tanto esmero? No tenía ningún sentido.

—¿No compraste los higos en casa de Haager? — preguntó.

Meneé la cabeza negativamente.

—¡Ah! Bueno — dijo con aparente tranquilidad —. Entonces podemos irnos a casa.

Se comportaba cortésmente, me respetaba en la calle, ante la gente. Había muchas personas por el camino, a cada momento saludaban a mi padre; ¡Qué comedia! ¡Qué tormento absurdo, necio! No podía agradecerle esta indulgencia. ¡Lo sabía todo! Y me dejaba danzar, dejaba que realizara mis inútiles piruetas,

como si dejara bailar a un razón cogido en la trampa, antes de ahogarlo. Ojalá me hubiera pegado en la cabeza con un bastón, desde un principio, sin preguntarme nada, sin interrogarme; hubiera sido, en el fondo, mejor que esta tranquilidad y justicia con que me cercaba, cogido en mi necia sarta de embustes, y me asfixiaba lentamente.

Tal vez hubiera sido mejor tener un padre más rudo que no uno tan distinguido y justo. Un padre como aparecía en las historietas y folletines, que apalea a sus hijos cuando está iracundo o borracho, que no tiene razón. Aunque la paliza duela, al menos uno puede encogerse interiormente de hombros y despreciarle. Con mi padre no se podía, era demasiado distinguido, irreprochable, no se equivocaba jamás. Ante él uno era siempre pequeño y miserable.

Con los dientes apretados marché delante de él, a casa, a mi habitación otra vez. Él seguía tranquilo y frío. Lo parecía, al menos. Pues, en realidad, estaba muy enfadado y yo lo notaba claramente. Empezó a hablar en su forma acostumbrada.

—Sólo quisiera saber para qué sirve esta comedia. ¿Puedes decírmelo? En seguida supe que toda tu bonita historia era falsa. ¿Por qué las excusas? ¿No me tendrás, en serio, por tan tonto como para creerte?

Seguía mordiéndome los dientes y me entró el hipo. ¡Si quisiera callarse! ¡Como si yo mismo supiera por qué inventé esta historia! ¡Como si supiera por qué no podía confesar mi delito, ni pedir perdón! ¡Como si supiera por qué robé estos estúpidos higos! ¿Es que lo había querido, lo había hecho a conciencia, con premeditación y fundamento? ¿No me dolía? ¿No sufría, en el fondo, más que él?

Esperaba con la cara tensa, llena de penosa paciencia. Tras un momento la situación fue completamente clara para mí mismo, en mi subconsciente, pero no hubiera podido explicarlo, como hoy, con palabras. Era ésta: había robado porque había llegado a la habitación de mi padre desconsolado y, con gran decepción, la encontré vacía. Yo no hubiera querido robar. Al no encontrar al padre, sólo quise espiar, fisgar. Esto era todo. Pero allí estaban los higos y robé. Me arrepentí inmediatamente y estuve atormentado todo ayer y con dudas. Deseé morir, me condené, hice nuevos y buenos propósitos. Pero hoy sí, hoy era distinto. Ayer soporté este arrepentimiento y todo lo demás, pero ahora estaba en ayunas y sentía una resistencia inexplicable, muy fuerte, ante mi padre y ante todo lo que él esperaba obtener de mí.

Hubiera podido decírselo y me hubiera comprendido. Pero también los niños, por muy superiores en inteligencia que sean a los adultos, están perplejos y solos ante el destino.

Abrumado por la obstinación y el enorme dolor, seguí callado, le dejé hablar

sabiamente y vi con pena y con extraña malicia cómo todo fracasaba y empeoraba sin cesar, cómo sufría él, cómo estaba decepcionado y apelaba vanamente a todo lo mejor que había en mí.

Cuando preguntó: «¿Entonces has robado tú los higos?», sólo pude asentir con la cabeza. Y cuando quiso saber si lo sentía, no hice más que afirmar débilmente. ¡Cómo podía él, el gran hombre sabio, preguntar tan tontamente! ¡Como si no me hubiera dolido! ¡Como si él no hubiera podido ver cuánto me dolía y me revolvía el corazón toda la historia! ¡Como si yo hubiera podido alegrarme algo de mi hazaña y de los miserables higos!

Quizá por primera vez en mi vida infantil sentí, en el límite del entendimiento y de la conciencia, cómo dos personas muy próximas, que se quieren, no se comprenden y pueden atormentarse y martirizarse, y cómo toda la conversación, toda la voluntad de ser inteligente, toda la razón, sólo consiguen inyectar veneno, nuevos tormentos, nuevos pinchazos, nuevos errores. ¿Cómo era posible? Pero era posible, sucedía. Era absurdo, era demencial, risible y dudoso. Pero así era.

¡Basta de esta historia! El domingo concluyó con mi encierro en el desván. El duro castigo perdió parte de su horror por circunstancias que, naturalmente, eran mi secreto. En el oscuro y abandonado desván hallé una caja medio llena de libros viejos que no eran en ningún caso apropiados para niños. Conseguí luz para poder leer apartando una teja. Por la noche de aquel triste domingo mi padre consiguió tener una breve conversación conmigo poco antes de ir a dormir. Nos reconciamos. Una vez en la cama, tuve el convencimiento de que mi padre me había perdonado completamente. Más que yo a él.

## Klein y Wagner

## 1

FRIEDRICH KLEIN se quedó completamente ensimismado en el tren, después de los rápidos acontecimientos y la excitación de la huida y del paso de la frontera; tras un torbellino de tensiones y de incidentes, de emociones y peligros. Estaba aún profundamente asombrado de que todo hubiera ido bien. El tren corría con extraño ajeteo hacia el Sur — ahora ya no tenía prisa — ; arrastraba velozmente a los pocos viajeros por lagos, montes, cascadas y otras maravillas naturales, a través de ensordecedores túneles y sobre puentes que se balanceaban suavemente. Todo era extraño, bello y algo absurdo, imágenes de libros escolares y de tarjetas postales, paisajes que uno recuerda haber visto alguna vez y que no le interesan. Eso era el extranjero del que ahora él formaba parte; no existía retorno a casa. La cuestión del dinero estaba solucionada, lo tenía allí, lo llevaba consigo, todos los billetes de mil los llevaba guardados en el bolsillo interior.

Sin cesar se repetía la idea agradable y tranquilizadora de que ahora ya no podía pasarle nada, de que al otro lado de la frontera y con su pasaporte falso se hallaba seguro, a salvo de cualquier persecución. Pero esa hermosa idea era como un pájaro muerto por un niño. No vivía, no abría los ojos, caía como plomo de las manos, no daba ningún placer, ningún brillo, ninguna alegría. Era extraño; aquel día le había sorprendido varias veces ver que no podía pensar en lo que quería, que no tenía ningún dominio sobre sus pensamientos, que éstos corrían como querían y que, a pesar de su resistencia, se detenían preferentemente en las ideas que le atormentaban. Era como si su cerebro fuese un caleidoscopio en el que una mano extraña cambiase las imágenes. Quizá se debía tan sólo al largo insomnio y a la excitación; había estado mucho tiempo nervioso. En cualquier caso era horrible y si no lograba recuperar pronto cierta tranquilidad y alegría, se volvería loco.

Friedrich Klein palpó el revólver en el bolsillo de su abrigo. Este revólver era otra pieza que pertenecía a su nuevo equipo, a su nuevo papel, a su nueva máscara. En el fondo era fastidioso y repugnante arrastrar consigo todo esto, llevarlo incluso durante el tenue y envenenado sueño: un crimen, papeles falsos, dinero escondido, el revólver, el nombre supuesto. Sabía a historia de ladrones, a un romanticismo barato y nada le importaba a él, a Klein, al buen hombre. Era pesado y fastidioso, y no tenía nada de aliviador ni emancipante, como había esperado.

¡Dios mío! ¿Por qué había cargado él con todo, un hombre de cerca de cuarenta años, conocido como buen empleado y ciudadano tranquilo e inofensivo con tendencias cultas, padre de familia? ¿Por qué? Notaba que debía existir un instinto, una presión y un impulso de suficiente fuerza para conducir a un hombre como él hasta lo imposible. Si al menos él lo supiese, si pudiese conocer esta presión e instinto, si volviese a haber orden en sí mismo, sólo entonces podría aliviarse un poco. Se irguió bruscamente, se apretó las sienes con los pulgares y se esforzó por pensar. Le salió mal, su *cabeza*, era como de cristal y estaba minada por la zozobra, el cansancio y el insomnio. Nada le ayudaba. Debía meditar. Debía buscar y hallar, debía volver a conocer un centro en sí mismo, conocerse y comprenderse a sí mismo. De lo contrario la vida no podría soportarse. Penosamente rebuscaba los recuerdos de aquel día, como quien recoge con unas pinzas pedacitos de porcelana para pegarlos a una vieja caja. Sólo existían diminutos fragmentos, ninguno tenía relación con los demás, ninguno se refería por su estructura y color a la totalidad. ¡Qué recuerdos! Veía una cajita azul de la que extraía con mano temblorosa el sello oficial de su jefe. Veía al viejo de la caja que le pagaba el cheque con billetes marrones y azules. Veía una cabina telefónica en cuya pared se apoyaba con la mano izquierda para sostenerse, mientras hablaba por el auricular. Mejor dicho, él no se veía, veía a un hombre que hacía todo esto, una persona desconocida que se llamaba Klein y que no era él. Veía cómo esta persona quemaba cartas, escribía cartas. Le veía comer en un restaurante. Le veía — ¡no, no era ningún desconocido, era él, era Friedrich Klein en persona!— de noche inclinado sobre la cuna de un niño dormido. ¡No, había sido él mismo! ¡Cuánto dolía volver a recordar! ¡Cuánto dolía ver el rostro del niño dormido, oír su respiración y saber que ya nunca más vería reír y comer esta boquita, que ya nunca más le besaría! ¡Cuánto dolía! ¡Por qué aquel Klein se hacía tanto daño a sí mismo!

Logró reunir los pedacitos. El tren se detuvo, estaban en una estación desconocida, chocaron portezuelas, en las ventanillas oscilaron maletas, letreros en azul y amarillo proclamaban: ¡Hotel Milán-Hotel Continental! ¿Debía fijarse? ¿Era importante? ¿Había algún peligro? Cerró los ojos y se quedó aturdido durante un largo minuto y en seguida se despertó sobresaltado, abrió los ojos y estuvo alerta. ¿Dónde estaba? La estación seguía allí. ¡Alto! ¿Cómo me llamo? Por milésima vez hizo la prueba. Es decir: ¿cómo me llamo? Klein. ¡No, al diablo! Basta con Klein. Klein ya no existía. Palpó en el bolsillo interior donde llevaba el pasaporte.

¡Qué cansado era todo eso! ¡Si uno supiera qué pesado es ser criminal! Contrajo las manos por el esfuerzo. Todo ello no le importaba en absoluto: Hotel Milán, estación, mozos de cuerda, podía abandonarlo todo tranquilamente. No, se trataba de otra cosa, de algo importante. ¿De qué?

Medio dormido —el tren arrancó de nuevo—, volvió a sus pensamientos. Era muy importante. Se trataba de saber si aún debía soportar la vida mucho tiempo. ¿O quizás era más fácil poner fin a todo este absurdo tan fatigoso? ¿No llevaba veneno consigo? ¿El opio? ¡Ah, no! Se acordó de que no había conseguido veneno. Pero tenía el revólver. Perfecto. Muy bien. Magnífico.

«Muy bien» y «magnífico» dijo en voz alta. De pronto oyóse hablar, se asustó, vio su desfigurado rostro reflejado en la ventana, extraño, grotesco y triste. ¡Dios mío —se gritó interiormente—, Dios mío! ¿Qué hacer? ¿Para qué seguir viviendo? Penetrar con la frente en esta pálida figura grotesca, precipitarse contra este turbio y estúpido cristal, aferrarse a él y cortarse el cuello. Dar con la cabeza en las traviesas, con un ruido ronco y sonoro, ser arrollado por las ruedas de muchos vagones, todo junto: tripas y cerebro, huesos y corazón —también los ojos—, y ser triturado en la vía, convertido en nada, borrado. Esto era lo único deseable, lo único que todavía tenía sentido. Se durmió con la nariz pegada al cristal mirando, absorto y desesperado, su imagen reflejada. Quizás unos segundos, quizás horas. Su cabeza daba golpes de un lado a otro, pero él no abría los ojos.

Despertó de un sueño cuyo último fragmento le quedó en la memoria. Estaba sentado, así lo soñó, en el asiento delantero de un automóvil que iba muy de prisa y de forma bastante temeraria por una ciudad cuesta arriba y cuesta abajo. Junto a él había alguien sentado que conducía el coche. En el sueño él daba un golpe en el vientre a esta persona, le arrancaba el volante de las manos y conducía él mismo de forma desenfundada y angustiada, a campo traviesa, rozando apenas caballos, ventanas, árboles, hasta el punto que saltaban chispas ante sus ojos.

Despertó de este sueño. Su cabeza se había despejado. Se rió de las imágenes del sueño. El golpe en el vientre estaba bien, lo imitaba con gusto. Entonces empezó a reconstruir el sueño y a meditar en él. ¡Cómo había pasado volando por entre los árboles! ¿Quizá venía del viaje en tren? ¡Pero, en realidad, el conducir, a pesar del peligro, había sido un placer, una dicha, una salvación! Sí, era mejor conducir uno mismo y hacerse trizas, que ir siempre guiado y conducido por otro.

¿Pero a quién había dado aquel golpe en sueños? ¿Quién era el chófer desconocido que iba sentado junto a él, al volante del automóvil? No podía recordar ningún rostro, ninguna figura, tan sólo una sensación, un vago y oscuro sentimiento... ¿Quién podía ser? Alguien a quien él respetaba, a quien concedía poder sobre su vida, a quien soportaba y a quien, sin embargo, odiaba secretamente, a quien dio el golpe en el vientre. ¿Quizá su padre? ¿O uno de sus jefes? ¿O era el fin?

Klein abrió los ojos. Había encontrado un cabo del hilo perdido. Volvía a

saberlo todo. El sueño estaba olvidado. Había algo muy importante. ¡Ahora lo sabía! Ahora empezaba a saber, a presentir, a oler porqué estaba aquí sentado en el rápido, porqué ya no se llamaba Klein, porqué tenía dinero escondido y papeles falsos. ¡Al fin, al fin!

Sí, así era. Ya no tenía ningún sentido ocultárselo. Todo había sucedido por culpa de su mujer, sólo por culpa de su mujer. ¡Qué bien que ahora lo sabía por fin!

Partiendo de esta noción pensó en dar un vistazo a amplios trechos de su vida, que desde hacía tiempo se había desmoronado en simples pedazos sin valor. Echó una mirada retrospectiva sobre un largo trecho recorrido, sobre toda su vida matrimonial, y el trecho le pareció una calle larga, cansada, desierta, donde un hombre solo arrastraba pesadas cargas en medio del polvo. Detrás, en alguna parte, más allá del polvo, sabía que se escondían las verdes y brillantes cimas de la juventud. Sí, una vez había sido joven, pero no como todos. Había tenido grandes sueños y había exigido mucho de la vida y de sí mismo. Pero desde entonces no había habido más que polvo y cargas, una calle larga, calor y rodillas cansadas, sólo una soñolienta y envejecida nostalgia esperando en el seco corazón. Ésa había sido su vida.

Miró por la ventana y se sobresaltó. Se le aparecieron imágenes insólitas. Bruscamente se dio cuenta de que estaba en el Sur. Maravillado, se incorporó, se asomó a la ventana.

Otro velo cayó y el enigma de su suerte se aclaró un poco. ¡Estaba en el Sur! ¡Veía verdes terrazas de frondosas vides, murallas de color dorado oscuro medio derruidas, como en los viejos grabados, exuberantes árboles rosados! Ante sus ojos pasó una pequeña estación con un nombre italiano parecido a ogno u ogna.

Klein quería seguir leyendo en su destino. Dejaba su matrimonio, su empleo, todo lo que había sido su vida y su patria hasta entonces. ¡Y se dirigía al Sur! Sólo entonces comprendió porqué, en plena persecución, en el delirio de su fuga, había escogido como meta aquella ciudad con nombre italiano. Lo había hecho con una guía de hoteles y, por lo visto, de forma confusa y al azar; del mismo modo hubiera podido decir Amsterdam, Zürich o Malmö. Tan sólo ahora ya no existía azar. Estaba en el Sur, había atravesado los Alpes. De esta forma realizaba el deseo más ardiente de su juventud, de aquella juventud cuyos recuerdos se habían apagado y extraviado en la larga calle desierta de una vida sin sentido. Una fuerza desconocida había dispuesto que se cumpliesen sus dos deseos más fervientes: el ansia por el Sur, hacía tiempo olvidada, y el anhelo, secreto y nunca expresado clara y libremente, de huir y de liberarse de la esclavitud y del polvo de su matrimonio. Aquella disputa con su jefe, aquella sorprendente ocasión de sustraer dinero, todo lo que le había parecido tan importante, se desplomaba en pequeños azares. Ellos no le habían guiado. Habían ganado aquellos dos

grandes deseos de su alma; todo lo demás había sido sólo el medio para obtenerlos.

Klein se asustó mucho de esta nueva evidencia. Se sintió como un niño que, jugando con cerillas, ha prendido fuego a una casa. Y ardía. ¡Dios mío! ¿Y de qué le servía? ¿Es que si viajaba hasta Sicilia o Constantinopla, rejuvenecería veinte años?

Entretanto el tren corría. Le salía al encuentro una aldea tras otra, de extraña belleza. Un alegre libro de dibujos con todos los bonitos objetos que se espera del Sur y que se conoce por las postales: puentes de piedra bellamente arqueados sobre arroyos y oscuros peñascos, muros de viñedos ribeteados por pequeños helechos, altos y esbeltos campanarios, fachadas de iglesias pintadas de varios colores o sombreadas por pórticos con ligeros y nobles arcos, casas de color rosa y soportales macizos del más fresco azul, mansos castaños, negros cipreses esparcidos por doquier, cabras trepando por el monte; las primeras palmeras, pequeñas y recias, frente a una mansión. Todo era curioso y bastante inverosímil, pero sobre todo resultaba bonito y parecía anunciar un cierto consuelo. Existía este Sur, no era una fábula. Los puentes y los cipreses habían llenado sus sueños de juventud; las casas y las palmeras decían: ya no estás en lo viejo, aquí empieza lo verdaderamente nuevo. El aire y el sol parecían aromatizados y con mayor fuerza, la respiración más fácil, la vida más posible, el revólver más superfluo, el ser destruido sobre los raíles menos urgente. Parecía posible un intento, a pesar de todo. La vida quizá podía soportarse.

Le invadió otra vez el agotamiento, ahora se abandonó más fácilmente y durmió hasta el anochecer. Le despertó el nombre sonoro de su pequeña ciudad. Precipitadamente descendió. Un empleado con el nombre de «Hotel Milano» en la gorra se le dirigió en alemán; encargó una habitación y pidió la dirección. Soñoliento y vacilante salió del vestíbulo de cristal y pasó de la ebriedad a la tibia noche.

«Algo así me he imaginado que era Honolulu», pensó. Un paisaje fantástico agitado le zarandó de forma extraña e inconcebible. La colina descendía abrupta ante él, abajo la ciudad estaba encadenada; echó un vistazo perpendicular a las plazas iluminadas. De todas partes brotaban escarpadas y abruptas montañas como panes de azúcar surgiendo de un lago en el que se reflejaban innumerables faroles del muelle. Un funicular se sumergía en la ciudad como un cubo en el pozo, medio en serio, medio en broma. En algunas de las altas cimas ardían ventanas iluminadas, ordenadas hasta la cúspide en caprichosas hileras, peldaños y constelaciones. Por encima de la ciudad sobresalían los tejados del gran hotel. En sus oscuros jardines flotaba el viento cálido de la tarde, casi veraniego, lleno de polvo y de perfume. De la oscuridad confusamente resplandeciente del agua subía una charanga acompañada y

ridícula.

Era igual que aquello fuese Honolulu, Méjico o Italia. Era desconocido, era un mundo nuevo, un aire nuevo. Y, aunque le desconcertaba y le angustiaba interiormente, auguraba también embriaguez y olvido, nuevas y desconocidas sensaciones.

Una calle parecía llevar al campo; vagó por ella, pasando por delante de depósitos y camiones; llegó junto a pequeñas casas de arrabal donde voces potentes gritaban en italiano. En el patio de una taberna sonaba estridente una mandolina. En la última casa se oía la voz de una muchacha, un olor a armonía le oprimió el corazón; con satisfacción pudo comprender muchas palabras y fijarse en el refrán:

*Mama non vuole, papa ne meno,  
Come faremo a fare l'amor?*

Sonaba igual que en los sueños de su juventud. Inconscientemente siguió calle adelante, maravillado penetró en la cálida noche donde cantaban los grillos. Había un viñedo y se detuvo embelesado: fuegos artificiales, una rueda de lucecitas verdes llenaban el aire y la perfumada y alta hierba, miles de estrellas fugaces se balanceaban ebriamente. Era un enjambre de luciérnagas que, lenta y silenciosamente, hacían de fantasmas en la cálida noche palpitante. El aire veraniego y la tierra parecían gozar fantásticamente en figuras luminosas y en mil pequeñas constelaciones que se movían. El forastero permaneció mucho rato entregado al hechizo y olvidó la angustiada historia de este viaje. ¿Existía todavía una realidad? ¿Había todavía negocios y policía? ¿Todavía jueces e informes? ¿Había una estación a diez minutos de aquí?

Lentamente el fugitivo, que había pasado de la vida a la fantasía, regresó a la ciudad. Los faroles se encendían. Algunas personas le gritaban palabras que no entendía. Árboles gigantes estaban llenos de flores, una iglesia de piedra colgaba sobre el despeñadero con altas terrazas; claras calles, interrumpidas por peldaños, fluían hacia la ciudad como arroyos de montaña.

Klein encontró su hotel. Y al entrar, en el vestíbulo y la escalera excesivamente daros y sobrios, desapareció su borrachera y volvió la angustiada timidez, su huida, su estigma. Confuso, pasó ante las miradas atentas y escrutadoras del conserje, del camarero, del chico del ascensor, de los huéspedes; se refugió en un aburrido rincón del restaurante. Con voz débil pidió el menú y atentamente, como si aún fuera pobre y tuviera que ahorrar, leyó los precios de todos los platos y encargó uno barato; se animó artificialmente con media botella de Burdeos, que no le gustó, y se alegró de encontrarse por fin tras la puerta cerrada de su pequeña y sórdida habitación. En seguida se durmió, durmió

ávida y profundamente, pero sólo dos o tres horas. En plena noche se despertó.

Desde el abismo de lo desconocido, miraba absorto la hostil oscuridad. No sabía dónde estaba. Tenía la sensación abrumadora y culpable de que había olvidado algo importante. A tientas pulsó el interruptor y encendió la luz. La pequeña habitación surgió extraña, triste y absurda. ¿Dónde estaba? Los sillones de felpa le miraban disgustados. Todo le miraba con aire frío y desafiador. Se halló ante el espejo y leyó en su rostro lo olvidado. Sí, sabía. Antes no había tenido nunca este rostro, ni estos ojos, ni estas arrugas, ni estos colores. Era un rostro nuevo. Ya le había llamado la atención una vez ante otro espejo, durante la agitada representación de aquel día absurdo. No era su rostro, el rostro bueno, tranquilo y algo tolerante de Friedrich Klein. Era un rostro marcado por el destino con nuevos rasgos, más viejo y también más joven que el anterior, enmascarado y maravillosamente inspirado. A nadie le gustaban tales rostros.

Se hallaba, pues, sentado en la habitación de un hotel en el Sur, con el rostro marcado. En casa dormían los niños que había abandonado. Nunca más les vería dormir, nunca más les vería despertarse, nunca más oíría sus voces. No volvería a beber en el vaso de aquella mesilla de noche, en la que había el periódico de la tarde y un libro junto a la lamparita. Y detrás, en la pared, encima de la cama, las fotografías de sus padres, y todo, todo. En lugar de esto, aquí, en un hotel extranjero, miraba en el espejo la cara triste y angustiada del criminal Klein. Y los muebles de felpa miraban torva y fríamente. Y todo era distinto. Nada estaba en orden. ¡Si su padre hubiese vivido aún!

Desde su juventud Klein no se había abandonado jamás a sus sentimientos de forma tan directa y solitaria, jamás había estado en el extranjero, nunca se había sentido tan desnudo y vertical bajo el sol inexorable del destino. Siempre había estado ocupado en algo, en algo que no era él mismo, siempre había tenido que ocuparse del dinero, del ascenso en la oficina, de la paz en casa, de problemas escolares y de enfermedades infantiles. Siempre le rodeaban los grandes y sagrados deberes del ciudadano, del marido, del padre; había vivido en defensa de éstos y a su sombra, a ellos se había sacrificado y gracias a ellos su vida había cobrado justificación y sentido. Ahora, de repente, pendía desnudo en el universo, solo frente al sol y a la luna; notaba el aire de su alrededor enrarecido y glacial.

¡Y lo extraordinario era que ningún cataclismo le había llevado a esta situación inquietante y muy peligrosa, ningún dios ni ningún diablo, sino él solo, él mismo! Su propia acción le había lanzado aquí, le había colocado en medio de la extraña inmensidad. Todo había nacido y crecido en él mismo, en su propio corazón se había desarrollado el destino: crimen y rebelión, huida de los deberes sagrados, salto al universo, odio a su mujer, fuga, aislamiento y quizá suicidio. Otros podían haber caído también en el mal y el hundimiento por motivos como

el fuego o la guerra, por accidente o por mala voluntad de otros. Él, en cambio, el criminal Klein, no podía alegar nada semejante, no podía decir nada, ni hacer responsable a nadie, a lo sumo quizás a su mujer. Sí, ella, en realidad ella podía y debía ser invocada y hecha responsable. Podía señalarla con el dedo si alguna vez se le exigían cuentas.

Creció en él una gran cólera y de pronto le invadió una aglomeración ardiente y mortal de ideas y hechos. Recordó el sueño del automóvil y el golpe que había dado en el vientre de su enemigo.

Lo que ahora recordaba era una sensación o una fantasía, un estado de ánimo raro y morboso, una tentación, una loca veleidad, o como se le quiera llamar. Era la imagen o visión de un terrible acto sangriento que cometía matando a su esposa, a sus hijos y a sí mismo. Ahora, mientras el espejo seguía mostrándole su rostro de criminal marcado y loco, pensaba que varias veces había imaginado este cuádruple asesinato, varias veces, desesperado, había intentado defenderse de esta horrible y absurda visión. Exactamente entonces le parecía que le habían empezado los pensamientos, los sueños y las situaciones inquietantes, que, más tarde, con el tiempo, le habían conducido a la estafa y a su fuga. Tal vez no había sido sólo la descomunal aversión a su mujer y a su vida conyugal la que le había expulsado de casa, sino el miedo de que un día pudiese perpetrar ese horrible crimen: matar a todos, sacrificarles y verles yacer en su propia sangre. Además esta imagen tenía antecedentes. A veces había tenido como un ligero mareo al que uno cree que debe abandonarse. ¡En cambio, la imagen, el asesinato, procedía de una fuente especial! ¡Era incomprendible que no lo viera hasta ahora!

Cuando tuvo por primera vez la idea obsesiva de la muerte de su familia y se horrorizó de esta visión diabólica, le asaltó, no sin cierta ironía, un pequeño recuerdo. Era éste: años atrás, cuando su vida aún era inocente, casi feliz, comentó con sus compañeros el horrible crimen de un maestro de escuela del sur de Alemania, llamado W. (no recordaba exactamente el nombre) que había degollado a toda su familia de una forma terrible y sangrienta y que después se había dado muerte a sí mismo. Se trataba de saber hasta qué punto podía hablarse de responsabilidad en un acto de tal clase y, en general, si se podía comprender y explicar una explosión tan horrible de monstruosidad humana. Él, Klein, se había excitado mucho y se había mostrado extremadamente violento con un compañero que intentaba explicar todo asesinato psicológicamente; él sostuvo entonces que ante un crimen tan monstruoso un hombre decente no podía tener más actitud que la indignación y la repugnancia; un hecho de esa naturaleza sólo podía nacer en el cerebro de un demonio, y para un criminal de este tipo ningún castigo, ninguna condena, ninguna tortura era bastante rigurosa ni dura. Aún hoy recordaba perfectamente la mesa a la que estaban

sentados y la mirada sorprendida y algo crítica que le habían dirigido los demás compañeros tras este arranque de indignación.

La primera vez que se vio a sí mismo, en una espantosa fantasía, como asesino de los suyos, se estremeció ante la idea y recordó en seguida aquella conversación sobre el parricida W. Y, aunque hubiese querido jurar que entonces había expresado sinceramente sus verdaderos sentimientos, ahora resonaba en su interior una voz espantosa que se mofaba de él y le gritaba: ya entonces, ya entonces, años atrás, en la conversación sobre el maestro W. habías comprendido lo más íntimo de aquella acción, lo habías comprendido y aprobado, y tu violenta indignación y tu excitación se debieron a que lo que había en ti de filisteo e hipócrita no te dejaba admitir la voz del corazón. El terrible castigo y la tortura que deseaste a aquel asesino, y la indignada injuria con que calificaste su acción, en el fondo, iban dirigidos contra ti mismo, contra el germen de crimen que indudablemente llevabas ya entonces. Tu gran excitación en toda aquella conversación, en realidad se debió a que te veías a ti mismo sentado, acusado de un hecho sangriento; intentabas salvar tu conciencia mientras acumulabas acusación y sentencia. Como si, con esta furia contra ti mismo, pudieses castigar o acallar una secreta criminalidad.

Klein había ido lejos con sus pensamientos. Sentía que se trataba de algo importante para él, de su propia vida. Pero resultaba indeciblemente penoso hilvanar y ordenar estos recuerdos y pensamientos. Un estremecedor presentimiento de la última noción, redentora, le produjo cansancio

y repugnancia ante su situación. Se levantó, se lavó la cara, anduvo descalzo de un lado para otro hasta que sintió escalofríos y entonces pensó en dormir.

Pero el sueño no acudía. Yacía entregado inexorablemente a sus sensaciones, a sus sentimientos puramente horribos, dolorosos y humillantes: el odio a su mujer, la compasión para consigo mismo, la perplejidad, la necesidad de explicar, disculpar, consolar. Y como no se le ocurría ningún consuelo y el camino a la comprensión le llevaba, de forma profunda y despiadada, a las más ocultas y peligrosas espesuras de sus recuerdos, y el sueño se negaba a volver, permaneció el resto de la noche en un estado tan horrible como nunca había experimentado. Todos los sentimientos repugnantes que en él luchaban se reunían en un miedo terrible, asfixiante, mortal. Una diabólica pesadilla oprimía su corazón, crecía hasta el límite de lo insoportable. ¡Hacía tiempo que ya sabía lo que era miedo, desde hacía años, desde las últimas semanas! ¡Días! ¡Pero nunca lo había sentido tan aferrado a su garganta! Debía pensar en cosas menos importantes, en una llave olvidada, en la cuenta del hotel; debía crear montañas de preocupaciones y de penosas esperas. El saber si esta sórdida habitacioncilla le costaría más de tres francos y medio por noche y si, en este caso, debía permanecer allí más tiempo, le mantuvo en vilo durante una hora, le hizo sudar

y le produjo palpitaciones. Sabía perfectamente que estos pensamientos eran absurdos. Para consolarse se hablaba de forma razonable y tranquilizadora, como a un niño obstinado; contaba con los dedos la total inconsistencia de sus preocupaciones. ¡Pero era en vano, completamente en vano! Tras este querer consolarse y animarse se traslucía más bien algo de mofa sangrienta, de mero aspaviento teatral, como ocurrió con el asesino W. Estaba muy claro que el miedo a la muerte, este horroroso sentimiento de estrangulación, de ser condenado a angustiosa asfixia, no procedía de la preocupación por un par de francos o por algo parecido. Detrás de esto acechaba lo peor, lo más grave. ¿Pero qué? Tenían que ser cosas que tuviesen relación con el sangriento maestro

de escuela, con sus propios deseos de asesinar y con todos sus males y trastornos. ¿Pero cómo resolverlo? ¿Cómo hallar el motivo? En su interior no había un solo trozo que no sangrara, que no estuviese enfermo, podrido, hipersensible. Notó que no podría soportarlo mucho tiempo. Si seguía así, noche tras noche, se volvería loco o se suicidaría.

Haciendo un esfuerzo se sentó en la cama e intentó vaciar el sentimiento de su situación para acabar con él. Pero siempre era igual: estaba sentado solo y desamparado, con la cabeza delirante y una presión dolorosa en el corazón, aferrado al miedo a la muerte, enfrentado al destino como un pájaro ante la serpiente, consumido por el temor. El destino —ahora lo sabía— no venía de cualquier parte, nacía en su propio interior. Si no encontraba ningún medio contra él, ya que le devoraba, estaría destinado a verse perseguido paso a paso por el miedo, por este miedo horrible; a verse desposeído de su corazón, paso a paso, hasta llegar al borde de lo que sentía ya cerca.

¿Cómo deseaba poder comprender, quizá sería la salvación! No había llegado ni mucho menos a descubrir su situación hasta el fin ni lo que le había ocurrido. Sabía tan sólo que estaba en el comienzo. Si ahora pudiese hacer un enorme esfuerzo y abarcar, ordenar y reflexionar sobre todo ello con exactitud, quizás encontrase el hilo. Todo cobraría un sentido y una fisonomía, entonces quizá sería soportable. Pero este esfuerzo, este autoanimarse era demasiado para él, era superior a sus fuerzas, sencillamente no podía. Cuanto más esfuerzo hacía por pensar, peor; en lugar de recuerdos y explicaciones sólo hallaba en él agujeros vacíos, no se le ocurría nada y, en cambio, le perseguía otra vez el miedo torturante; quisiera haber olvidado lo importante. Se inquietó y rebuscó en sí mismo, como un viajero nervioso que revuelve todas sus bolsas y maletas en busca del billete que quizá tiene en el sombrero o en la mano. ¿Pero cuál era el remedio, él quizá?

Antes, hacía una hora, o tal vez más, ¿no había pensado algo, no había hecho algún descubrimiento? ¿Qué había sido, qué? Estaba lejos y no lo volvía a encontrar. Desesperado, se dio un puñetazo en la frente. ¡Dios del cielo, déjame

encontrar la llave! ¡No me dejes perecer así, de forma tan miserable, tan estúpida, tan triste! Hecho trizas, como nubes en plena tormenta, todo su pasado huía de él, millones de imágenes, mezcladas y superpuestas, que recordaban algo de forma desfigurada y burlona. ¿Qué? ¿Qué?

De pronto encontró el nombre de «Wagner» en sus labios. ¡Qué inconscientemente pronunció: «Wagner, Wagner»! ¿De dónde procedía este nombre? ¿De qué pozo? ¿Qué quería? ¿Quién era Wagner? ¿Wagner?

Se aferró al nombre. Por fin tenía una tarea, un problema que era preferible que flotar en lo amorfo. Así pues, ¿quién es Wagner? ¿Qué importa Wagner? ¿Por qué mis labios, los deformados labios de mi rostro de asesino, pronuncian ahora, de noche, el nombre de Wagner? Se calmó. Se le ocurrieron toda clase de cosas. Pensó en Lohengrin y en la relación poco clara que tenía con el músico Wagner. A los veinte años le había gustado apasionadamente. Más tarde su entusiasmo se enfrió y con el tiempo le había encontrado una serie de objeciones y reparos. Había criticado mucho a Wagner y quizás esta crítica no estaba dirigida tanto contra el propio Richard Wagner, como contra su propia admiración por él. ¿Había caído de nuevo en la trampa? ¿Había vuelto a mentir, un pequeño embuste, una inmundicia? Sí, aparecían una tras otra. ¡La intachable vida del empleado y esposo Friedrich Klein no había sido completamente impecable, completamente limpia, a cada paso había algo que ocultar! Sí, de acuerdo, lo mismo había pasado con Wagner. Friedrich Klein había jugado y odiado duramente al compositor Richard Wagner. ¿Por qué? Porque Friedrich Klein no podía perdonarse que de joven hubiese estado loco por este mismo Wagner. Porque juventud, exaltación y Wagner, todo, le recordaba penosamente lo perdido, porque se había dejado atrapar por su mujer a la que no amaba, o no mucho, no lo bastante. ¡Ah, y tal como procedía contra Wagner, el empleado Klein también lo hacía con muchas otras personas y cosas! ¡Era un buen hombre el señor Klein, y tras su honradez sólo escondía suciedad y porquería! ¡Ah, si quisiera ser honrado, cuántos pensamientos secretos hubiera tenido que ocultarse! ¡Cuántas miradas a chicas bonitas por la calle, cuánta envidia a las parejas de enamorados que encontraba cuando se dirigía de la oficina hacia su mujer, a casa! Y luego la idea de asesinato. Y el odio, también válido para él, contra aquel maestro de escuela...

De repente se estremeció. ¡Otra cosa que encajaba! ¡El maestro de escuela y asesino también se llamaba Wagner! ¡Aquí estaba el meollo! Wagner, así se llamaba aquel siniestro, aquel loco asesino que había liquidado a toda su familia. ¿Toda su vida había estado tal vez ligada a ese Wagner? ¿No le había seguido por doquier esta sombra maldita? Ahora, gracias a Dios, había vuelto a encontrar el hilo. Sí, en otros tiempos, en los buenos tiempos ya lejanos, había echado pestes, se había indignado y encolerizado contra ese Wagner y le había

deseado los mayores castigos. Y después, sin embargo, él mismo, sin pensar más en Wagner, había tenido los mismos pensamientos y había visto varias veces, en sueños, cómo mataba a su mujer y a sus hijos.

¿Y no era realmente comprensible? ¿No era eso? ¿No se podía concluir fácilmente que la responsabilidad ante la existencia de los hijos era insoportable, tan insoportable como la propia esencia y existencia que uno sentía como error, culpa y tortura?

Suspirando abandonó este pensamiento. Ahora le parecía completamente seguro que, cuando conoció por primera vez aquel homicidio wagneriano, ya entonces lo había comprendido y aprobado en su interior, aprobado naturalmente sólo como posibilidad. Ya entonces, cuando aún no se sentía desgraciado ni su vida estaba frustrada, ya entonces, años atrás, cuando aún le parecía querer a su mujer y creía en su amor, ya entonces en su fuero interno había comprendido al maestro de escuela Wagner y había estado secretamente de acuerdo con su acción. Todo lo que dijo y opinó entonces había sido sólo la opinión de su mente, no de su corazón. Su corazón — aquella raíz íntima, origen del destino — había tenido siempre otra opinión, había comprendido y aprobado el crimen. Siempre habían existido dos Friedrich Klein, uno visible y otro oculto, uno empleado y otro criminal, uno padre de familia y otro asesino.

Pero en aquella época había estado de parte del «mejor» yo, del empleado y persona decente, del esposo honorable y ciudadano honrado. Nunca había aceptado la secreta opinión de su interior, nunca le había conocido. ¡Y, sin embargo, esta voz interior le había guiado sin darse cuenta y le había convertido finalmente en fugitivo e infame!

Agradecido, se aferraba a estas ideas. Había un poco de lógica, algo de razón. Pero no le bastaba, lo importante seguía siendo oscuro. Había conseguido una cierta claridad, una cierta verdad. Y lo que importaba era la verdad. ¡Si al menos no volviese a perder el hilo!

Delirando, agotado, en inquieto duermevela, entre el pensamiento y el sueño, volvió a perder el hilo por centésima vez y por centésima vez lo volvió a encontrar. Hasta que amaneció y el ruido de la calle penetró por la ventana.

## 2

Por la mañana Klein recorrió la ciudad. Pasó ante un hotel con un jardín que le gustó, entró, vio las habitaciones y alquiló una. Sólo al regresar miró el nombre de la casa y leyó: Hotel Continental. ¿No le era familiar este nombre? ¿No lo había oído antes? ¿Igual que Hotel Milán? De todas formas, pronto renunció a esforzarse. Se sentía satisfecho en la atmósfera de libertad, de juego y de propia importancia que parecía invadir su vida.

Poco a poco volvía el encanto de ayer. Era estupendo estar en el Sur, pensó con alivio. Había sido una buena decisión. Sin todo esto, sin el adorable y general encanto, sin este tranquilo vagar y poder olvidarse de uno mismo, hubiera estado prisionero, hora tras hora, de la temible fuerza de los pensamientos. Se hubiera desesperado. En cambio, así lograba vegetar durante horas con un agradable cansancio, sin obsesiones, sin miedo, sin pensar. Esto le hacía bien. Era formidable que existiese este Sur y que él se lo hubiese prescrito. El Sur aligeraba la vida. Consolaba. Aturdía.

También ahora, a pleno día, el país le parecía inverosímil y fantástico, las montañas estaban tan cerca, eran tan escarpadas, tan altas, como si las hubiese inventado un pintor algo excéntrico. Pero todo lo próximo y pequeño era bonito: un árbol, un pedazo de orilla, una casa de alegres y bonitos colores, una tapia, un pequeño trigal bajo unos sarmientos, pequeño y cuidado como un jardín. Todo era agradable y simpático, alegre y expansivo, respiraba salud y confianza. Uno podía amar este pequeño, simpático y cómodo país, con sus risueñas personas. Poder amar algo, ¡qué alivio!

Con la apasionada voluntad de olvidar y perderse, arrastrando aún su sufrimiento, flotó huyendo del acechante sentimiento de angustia. Se entregó a aquel mundo desconocido. Vagó por el campo, por la amable tierra de campesinos, cultivada con esmero. No le recordó el campo y el campesino de su patria; pensó en Hornero y en los romanos; halló algo de antiguo, refinado y, sin embargo, primitivo, una inocencia y madurez que el Norte no tiene. Las pequeñas capillas y las imágenes de santos, pintadas y medio desnudas, que los niños adornan con flores campestres y que abundan por los caminos, le pareció que tenían el mismo sentido y que surgían del mismo espíritu que los temples y santuarios de los antiguos que en cada bosquecillo, manantial y montaña veneraban a la divinidad, y cuya alegre religiosidad olía a pan, a vino y a salud. Regresó a la ciudad, recorrió arcadas resonantes, se agotó sobre el áspero empedrado, miró con curiosidad tiendas abiertas y talleres, compró periódicos italianos sin leerlos y finalmente, cansado, fue a parar a un magnífico parque junto al lago. Por allí paseaban bañistas que se sentaban a leer en los bancos. Viejos y enormes árboles se inclinaban, como enamorados de su reflejo, sobre el agua verdeoscura, cubriéndola. Había plantas increíbles, zumaques, alcornoques y otras rarezas arrogantes o tímidas, o llorosas junto a la orilla llena de flores. Y en la otra orilla, a lo lejos, flotaban luces blancas y rosadas de aldeas y caseríos. Se sentó en un banco, meditabundo, y cuando estaba a punto de adormilarse, le despertó un andar firme y elástico. Con botas altas pardorrojizas, con falda corta sobre finas medias caladas, pasó una mujer, una muchacha fuerte, firme, muy erguida y provocadora, elegante, altiva, un rostro frío con los labios pintados y un pelo alto y tupido de un amarillo claro, metálico. Su mirada le

rozó un segundo al pasar. Una mirada segura y escrutadora, como la del portero y la del botones en el hotel; y siguió adelante indiferente.

Es verdad — pensó Klein —, ella tiene razón. No soy una persona en quien fijarse. Una mujer así no le mira a uno. Sin embargo, en el fondo le dolió su mirada corta y fría, se consideraba tasado y desdeñado por alguien que sólo veía superficie y fachada, y de la profundidad de su pasado le salían agujijones y armas para defenderse contra ella. Ya había olvidado que un vistazo le había cautivado y que su fino pie, su andar elegante y seguro, su tersa pierna con finas medias de seda le habían hecho feliz. Se había extinguido el olor de su vestido y el fino perfume que recordaba su pelo y su piel. Se había desmenuzado el hálito de sexo y de posibilidad de amor que le había rozado. En su lugar llegaba un tropel de recuerdos. ¡Cuántas veces había visto a seres así, jóvenes, personas seguras y provocadoras, prostitutas o mujeres frívolas! ¡Cuántas veces le había molestado su desvergonzada provocación, le había irritado su seguridad, le había repugnado su frío y brutal exhibicionismo! ¡Muchas veces, de paseo o en restaurantes de la ciudad, había compartido la indignación de su mujer contra tales mujeres poco femeninas y medio prostitutas! Extendió las piernas malhumorado. ¡Aquella mujer le había estropeado su buena disposición! Se sentía enojado, irritado y dañado; sabía que si la del pelo rubio volvía a pasar y le volvía a examinar, entonces él enrojecería y se consideraría insuficiente e inferior con su traje, su sombrero, sus zapatos, su cara, pelo y barba. ¡Al diablo! ¡Aquel pelo rubio! Era falso, en ninguna parte del mundo había un cabello tan rubio. Además iba pintada. ¡Cómo podía una persona prestarse a pintarse así la cara! Tales personas iban por el mundo como si les perteneciese, poseían porte, seguridad, insolencia; estropeaban la alegría de las personas decentes.

Con los sentimientos de repugnancia, enojo y confusión, volvía a hervir un torrente de pasado, y de pronto una idea: ¡piensas en tu mujer, le das la razón, te subordinas de nuevo a ella! Por un instante le desbordó el sentimiento: soy un asno; me sigo contando entre las «personas decentes» y ya no lo soy; pertenezco, como aquella rubia, a un mundo que ya no es mi mundo anterior ni un mundo decente. En mi mundo de ahora ya no significan nada decente o indecente, cada uno intenta vivir para sí su dura vida. Sintió por un momento que su desprecio por la rubia era tan superficial y falso como su antigua indignación contra el maestro de escuela, el asesino Wagner, y también como su aversión por el otro Wagner cuya música le pareció demasiado sensual en otra época. Por unos instantes su pensamiento oculto, su yo extraviado, abrió los ojos y le dijo con su mirada penetrante que toda la indignación, todo el disgusto, todo el desprecio eran un error y una niñería, y recaían sobre el pobre ser indignado y desdeñoso.

Este sapientísimo buen sentido también le dijo que él, aquí, estaba ante otro misterio cuya interpretación era importante para su vida, que aquella prostituta

o dama de mundo, que aquel aroma de elegancia, seducción y sexo, no le eran de ninguna manera antipáticos ni ofensivos; que se había imaginado e impuesto tales juicios por miedo al animal o al demonio que podía descubrir en él, si alguna vez liberaba su moral y civismo de trabas y disfraces. Fulminantemente le estremeció algo parecido a la risa, una risa burlona; en seguida calló. Volvió a vencer la angustia. Era inquietante comprobar cómo cada despertar, cada excitación, cada pensamiento le herían infaliblemente donde era más débil y sensible al sufrimiento. De nuevo se hallaba en medio de este sentimiento: se trataba de su vida fracasada, de su mujer, de su crimen, de su desesperación ante el futuro. Volvió el miedo, el sapientísimo Yo se hundió como un suspiro que nadie oye. ¡Oh, qué tormento! ¡No, la rubia no tenía la culpa! Y todo lo que había sentido contra ella no le dolía a ella, sino a él mismo.

Se levantó y echó a andar. Muchas veces había creído que llevaría una vida bastante solitaria, y con cierta vanidad se había atribuido una filosofía de la resignación; entre los amigos, además, pasaba por un erudito, un lector y un esteta. ¡Dios mío, nunca había estado solo! Había hablado con los compañeros, con su mujer, con los niños, con toda la gente posible; los días pasaban y las preocupaciones se hacían soportables. E incluso cuando había estado solo, no había sido una auténtica soledad. Tenía las opiniones, los miedos, las alegrías, los consuelos de muchos, de todo un mundo. Siempre había existido comunidad alrededor y dentro de él; e incluso en la soledad, en la desgracia y en la resignación siempre había pertenecido a un grupo y a una multitud, a una asociación protectora, al mundo de los decentes, de los formales y de los honrados. Ahora, en cambio, ahora probaba la soledad. Todas las flechas caían sobre él, todos los motivos de consuelo resultaban absurdos, toda evasión ante el miedo le trasladaba al mundo con el que había roto y que le había destrozado, derribado. Todo lo que había de bueno en su vida ya no existía. Debía buscarlo en sí mismo, nadie le ayudaría. ¿Y qué hallaba en sí mismo? ¡Ah, desorden y desequilibrio!-

Un automóvil, al que dejó pasar, desvió sus pensamientos, les dio nuevos elementos; sintió vacío y vértigo en su atormentado cerebro. «Automóvil», pensó o dijo, y no sabía qué significaba. Cerrando los ojos un instante en una sensación de flaqueza, volvió a ver una imagen que parecía conocida, que recordaba, que proporcionaba nueva sangre a sus pensamientos. Se vio sentado en un coche, al volante. Era un sueño que había tenido alguna vez. Había derribado al conductor y se había apoderado del volante; había sido una especie de liberación y de triunfo. En alguna parte existía un alivio difícil de encontrar. Pero existía. Existía, aunque sólo fuese en la fantasía o en el sueño, la benéfica posibilidad de conducir completamente solo su coche, de arrojar burlonamente del coche a cualquier otro conductor. Y, aunque el coche diese saltos, subiese a

las aceras, chocase contra casas y contra personas, era, sin embargo, delicioso y mucho mejor que viajar con un chófer desconocido, mucho mejor que seguir siendo un niño eternamente. ¡Un niño! Tenía que reír. Recordó que de niño había maldecido y odiado su nombre, Klein<sup>1</sup>. Ahora ya no se llamaba así. ¿No era importante, una alegría, un símbolo? Había dejado de ser *pequeño*; ahora ya no le llevaban otros.

En el hotel, con la comida bebió un buen vino suave que encargó al azar y cuyo nombre retuvo. Había pocas cosas que le ayudasen a uno, pocas que consolasen y aligerasen la vida; era importante conocer estas pocas cosas. Este vino era una de ellas; el aire y el país meridionales eran otras. ¿Qué más? ¿Existían más? Sí, la meditación también era consoladora, le hacía bien a uno y le ayudaba a vivir. ¡Pero no cualquier forma de pensar! ¡Oh no! Existía un pensar que era tortura y desvarío. Existía un pensar que revolvía dolorosamente lo inmutable y sólo conducía al hastío, al miedo y a la saciedad de la vida. Había otro pensar que uno debía buscar y aprender. ¿Era en realidad un pensar? Era una situación, un estado interior que duraba sólo unos instantes y que una intensa voluntad de pensar sólo conseguía destruirlo. En esta situación, deseable, uno tenía ideas, recuerdos, visiones, fantasías, conocimientos de diversa índole. El sueño del automóvil era de esta clase, de esta buena y reconfortante clase, como el súbito recuerdo del asesino Wagner y de aquella conversación que había tenido años atrás sobre él. También lo era la extraña idea con el nombre de Klein. Con estos pensamientos, con estas ideas el miedo y el atroz malestar eran sustituidos por una seguridad resplandeciente; era entonces cuando todo estaba bien, la soledad era fuerte y orgullosa, se dominaba el pasado, las horas próximas no conocían el espanto.

¡Tenía que conseguir estos pensamientos, comprender, aprender! Estaba salvado si conseguía encontrar en sí mismo pensamientos de aquella clase, cultivarlos y provocarlos. Meditaba. No sabía cómo se había deslizado por la tarde; las horas se le fundieron como en sueños y quizá durmió realmente. Sus pensamientos giraban continuamente alrededor de aquel misterio. Reflexionaba mucho y con gran esfuerzo sobre su encuentro con la rubia. ¿Qué significaba ella? ¿Cómo podía ser que este fugaz encuentro, el rápido cruce de una mirada con una mujer desconocida, bonita, pero que le había sido antipática, se convirtiese durante muchas horas en fuente de pensamientos, de sensaciones, de excitaciones, recuerdos, mortificaciones, acusaciones? ¿Cómo podía ser? ¿Les pasaba también a los demás? ¿Por qué durante un minúsculo instante le había encantado la figura, el andar, las piernas, los zapatos y las medias de la rubia? ¿Por qué le había desilusionado tanto su fría mirada calculadora? ¿Por qué esta

---

<sup>1</sup> «Klein» significa pequeño en alemán. (N. del t.)

fatal mirada no sólo le había decepcionado y despertado del corto hechizo erótico, sino que también le había ofendido, indignado y rebajado ante sí mismo? ¿Por qué había lanzado al aire, contra esta mirada, palabras en voz alta y recuerdos que pertenecían a su pasado, palabras que ya no tenían ningún sentido, argumentos en los que ya no creía? Había pronunciado juicios de su mujer, palabras de sus compañeros, pensamientos y opiniones de su antiguo Yo, del ex ciudadano y empleado Klein, contra aquella dama rubia y contra su mirada antipática; había necesitado justificarse con todos los medios imaginables frente a esta mirada y había tenido que reconocer que sus medios no eran más que viejas monedas que ya no valían. ¡Y de todas estas largas y penosas reflexiones únicamente le había quedado congoja, inquietud y el triste sentimiento de la propia culpa! Pero por un sólo momento había vuelto a sentir aquel estado tan deseado; interiormente había expulsado por un instante todas aquellas reflexiones penosas de su cabeza y había sabido. Durante unos segundos había sabido: mis pensamientos sobre la rubia son estúpidos e indignos, el destino está sobre ella como sobre mí, Dios la quiere como me quiere a mí.

¿De dónde procedía aquella voz benévola? ¿Dónde podía uno encontrarla, atraerla de nuevo, en qué rama se asentaba aquella rara y huraña ave? Esta voz decía la verdad y la verdad era alivio, cura, refugio. Esta voz surgía cuando uno estaba a solas con el destino en el corazón y se amaba a sí mismo; era la voz de Dios o era la voz del propio, del verdadero Yo interior, más allá de todas las mentiras, disculpas, comedias.

¿Por qué no podía oír siempre esta voz? ¿Por qué la verdad se le escurría como un espectro que sólo puede verse fugazmente y que desaparece en cuanto se le mira directamente? ¿Por qué veía esta puerta de la fortuna abierta y, en cambio, cuando quería entrar se cerraba?

Al despertarse de un ligero sueño, cogió un librito de Schopenhauer que estaba sobre la mesa y que casi siempre le acompañaba en los viajes. Lo abrió y leyó una frase: «Cuando miramos hacia atrás el camino recorrido, y pensamos especialmente, aunque no siempre lo comprendemos, cómo hemos podido hacer esto o dejar de hacer aquello, parece como si una fuerza extraña hubiese guiado nuestros pasos. Goethe dice en Egmont: el hombre cree guiar su vida, dirigirse él mismo, y su interior es arrastrado irresistiblemente hacia su destino». ¿No había algo que le interesaba a él? ¿Algo que estaba relacionado íntimamente con sus actuales pensamientos? Siguió leyendo ansioso, pero no encontró nada más; las líneas y las páginas siguientes le dejaron indiferente. Dejó el libro, cogió el reloj de bolsillo y lo encontró parado; se levantó y miró por la ventana, parecía anochecer. Se sintió algo fatigado, como después de un duro esfuerzo mental, pero no extenuado de forma desagradable e infructuosa, sino cansado de forma

inteligente, igual que si hubiera hecho un trabajo satisfactorio. He dormido una hora más, pensó, y se colocó ante el armario de luna para peinarse. ¡Se sentía extrañamente libre y bien, y en el espejo se vio sonreír! Su pálido rostro fatigado, que desde hacía mucho tiempo sólo veía demudado, rígido y enajenado, mantenía una suave y amable sonrisa. Maravillado sacudió la cabeza y se sonrió a sí mismo. Bajó al restaurante donde ya se cenaba en algunas mesas. ¿No hacía un momento que había comido? Daba igual, tenía muchas ganas de volver a hacerlo en seguida y encargó una buena comida tras consultar al camarero.

—¿El señor quiere ir quizás esta noche a Castiglione? —le preguntó el camarero al servirle la comida—. Va una lancha del hotel.

Klein le dio las gracias meneando negativamente la cabeza. No, tales actividades del hotel no eran para él. ¿Castiglione? Ya había oído hablar de ello. Era un lugar de diversión con una casa de juego, algo parecido a un pequeño Montecarlo. Santo Dios, ¿qué tenía que hacer él allí?

Mientras le traían el café, cogió una pequeña rosa blanca del jarrón de cristal que tenía delante y se la puso en el ojal. De una mesa cercana le llegó el aroma de un cigarro recién encendido. Exacto; él también quería fumar un buen cigarro.

Luego se paseó indeciso por delante del edificio. Le hubiera gustado volver a aquel rincón rústico, donde la noche pasada había experimentado por vez primera la dulce realidad del Sur en el canto de la italiana y en la danza chispeante de la luciérnaga. Pero se dirigió al parque, junto al agua tranquila y oscura, junto a los árboles exóticos. Si volvía a encontrar a la dama del pelo rubio, ya no le enojaría ni avergonzaría su mirada fría. ¡Por lo demás, cuán inimaginablemente largo había sido el día! ¡En este Sur ya se sentía como en su propia casa! ¡Cuánto había vivido, pensado, experimentado!

Paseó por una calle, envuelto en una suave brisa de noche veraniega. Mariposas nocturnas giraban frenéticamente alrededor de los faroles encendidos, personas diligentes cerraban tarde sus negocios y colocaban barras de hierro delante de las tiendas, muchos niños retozaban todavía y correteaban por entre las pequeñas mesas del bar, donde se bebía café y limonada, en plena calle. Una imagen de la Virgen en una hornacina sonreía a la luz de unas velas encendidas. También en los bancos junto al lago había vida, se reía, se discutía, se cantaba y sobre el agua flotaban barcas con remeros en mangas de camisa y muchachas con blusas blancas.

Klein halló fácilmente el camino del parque, pero el portalón estaba cerrado. Más allá de la verja de hierro estaban las silenciosas tinieblas del arbolado, extrañas y llenas de noche y de sueño. Miró hacia dentro largo rato. Luego sonrió; sólo entonces supo el secreto deseo que le había empujado a aquel lugar, frente a la puerta de hierro cerrada. No importaba. Prescindiría del parque.

Se sentó tranquilamente en un banco junto al lago y se quedó mirando el

pueblo flotante. A la clara luz de un farol desdobló un periódico italiano e intentó leer. No lo comprendía todo, pero le divertía cada frase que podía traducir. Poco a poco, pasando por alto la gramática, empezó a fijarse en el sentido y, con cierta sorpresa, encontró que el artículo era un insulto violento y furioso contra su pueblo y su patria. ¡Qué raro es todo esto!, pensó. ¡Los italianos escribían sobre su pueblo igual como los periódicos de su país habían hecho siempre sobre Italia, tan sentenciosos, tan indignados, tan infaliblemente convencidos de la propia justicia y de la injusticia extranjera! También resultaba curioso que este periódico, con su odio y su cruel diatriba, no lograra indignarle ni enfurecerle. ¿O sí? No. ¿Para qué indignarse? Todo ello constituía la manera de ser y de hablar de un mundo al que ya no pertenecía. Podía ser el mundo bueno, el mejor, el justo; pero ya no era el suyo.

Dejó el periódico sobre el banco y siguió andando. En un jardín cientos de luces de colores brillaban sobre rosales densamente florecidos. La gente entraba, él la siguió; una taquilla, camareros, una pared con anuncios. En medio del jardín había una sala sin paredes, sólo un gran toldo del que colgaban innumerables lámparas multicolores. Muchas mesas medio ocupadas llenaban la sala al aire libre; al fondo resplandecía un pequeño tablado de colores llamativos: plata, verde y rosa. Al pie del escenario estaban sentados los músicos, una pequeña orquesta. En la cálida noche multicolor la flauta respiraba de forma rápida y clara, el oboe sonaba intenso y túrgido, el violoncelo sombrío y cálido. En el escenario un hombre cantaba arias cómicas; su pintada boca reía con rigidez; en su cabeza calva y afligida relucía la abundante luz.

Klein no había buscado nada semejante. Sintió cierta decepción y la vieja timidez de sentarse solo entre una multitud alegre y elegante; le pareció que el espectáculo artístico encajaba mal en la noche perfumada. Se sentó, sin embargo. Al poco rato la luz de tantas bombillas multicolores se amortiguó, flotando como un velo mágico sobre la sala al aire libre. La musiquilla se inflamaba tierna e íntimamente, mezclada con el perfume de tantas rosas. La gente estaba sentada, apacible y engalanada, con un buen humor sosegado; sobre tazas, botellas y copas de helado flotaban rostros brillantes, en un dulce halo, bañados por la suave luz multicolor. Resaltaban los tornasolados sombreros femeninos y los helados amarillos y rosas, así como los vasos con refrescos rojos, verdes y amarillos.

Nadie escuchaba al cómico. El pobre viejo seguía indiferente y solitario sobre su escenario y cantaba lo que había aprendido; la deliciosa luz caía sobre su pobre figura. Terminó su canción y pareció contento de poder marcharse. En las primeras mesas aplaudieron dos o tres personas. El cantante se retiró y en seguida apareció en la sala. Atravesó el jardín y tomó asiento en una de las primeras mesas, junto a la orquesta. Una joven dama le ofreció un vaso de agua

de Seltz; para ello se levantó un poco y Klein la miró. Se trataba de la desconocida del pelo rubio.

Entonces, en alguna parte, sonó con estridencia un timbre largo, se produjo un movimiento en la sala. Muchas personas salieron sin sombrero y sin abrigo. También la mesa próxima a la orquesta se vació; la rubia salió con los demás; su pelo brillaba en el resplandor del jardín. En la mesa sólo quedó el viejo cantante. Klein tuvo un arranque y se dirigió hacia él. Saludó amablemente al viejo que sólo inclinó la cabeza.

— ¿Puede decirme qué significa ese timbre? — preguntó Klein.

— Es el descanso — contestó el cómico.

— Y ¿adonde se ha marchado toda la gente?

— A jugar. Ahora hay media hora de pausa y mientras tanto se puede jugar, al otro lado, en el Kursaal.

— Gracias. No sabía que aquí también había una casa de juego.

— No vale la pena. Sólo es para niños, la mayor apuesta es de cinco francos.

— Muchas gracias.

Saludó con el sombrero y se dio la vuelta. Le pareció que podía preguntarle al viejo sobre la rubia. La conocía. Vaciló con el sombrero en la mano. Luego volvió a su sitio.

¿Qué es lo que quería en realidad? ¿Qué le importaba ella? Sintió que, a pesar de todo, le importaba. Sólo era timidez, cierta ilusión, una inhibición. Una ligera ola de malhumor creció en él, una tenue nube que se cernía pesada; ahora volvía a ser tímido, esclavo; y se sentía enojado consigo mismo. Era mejor que se marchara a casa. ¿Qué hacía aquí, entre gente tan alegre? No era como ellos.

Le molestó que el camarero le presentase la cuenta. Se enfadó.

— ¿No puede esperar a que le llame?

— Perdone, pensé que el señor quería marcharse. A mí nadie me reembolsa si un cliente se larga.

Le pagó la bebida y dejó una buena propina.

Cuando abandonaba la sala, vio que la rubia regresaba del jardín. Esperó y la dejó pasar junto a él. Caminaba erguida, con energía y, al mismo tiempo, ligera como si ándase sobre plumas. Su mirada le rozó, fría, sin reconocerle. Él vio su rostro claramente iluminado, un rostro tranquilo e inteligente, firme y pálido, un poco indiferente, la boca pintada de color rojo-sangre, los ojos grises muy vigilantes, una bella oreja bien modelada en la que brillaba una piedra alargada de color verde. Llevaba un vestido de seda blanco, su cuello esbelto se hundía en sombras opalinas y estaba adornado con una fina cadena de piedras verdes.

La miró interiormente excitado y con cierta impresión discrepante de nuevo. Había en ella algo que seducía, que hablaba de dicha y de ternura, que olía a

carne y a cabello, a cuidada belleza. Pero, al mismo tiempo, había algo que repugnaba, que parecía injusto, que anunciaba desengaño. Era la vieja timidez, inculcada y largamente cultivada en su vida ante lo que él creía femenino, ante la consciente exhibición de lo bello, ante el abierto recuerdo del sexo y de la lucha amorosa. Sintió que la disonancia residía en sí mismo. Volvía a Wagner, volvía el mundo de lo bello, pero sin orden ni disciplina, el mundo del viajero, sin disimulo, sin timidez, sin mala conciencia. Había un enemigo dentro de él que le negaba el paraíso.

En la sala los camareros habían cambiado las mesas de sitio y habían dejado un espacio libre en el centro. Parte del público no había regresado.

«Quédate», le gritó un deseo de hombre solitario. Presintió qué noche le esperaba si regresaba en seguida. Una noche como la anterior, posiblemente peor. Dormiría poco, con pesadillas, desesperación y mortificación, además de la voz del instinto, el recuerdo de la cadena de piedras verdes sobre el pecho blanco, color perla. Quizás había llegado pronto, demasiado pronto, el instante en que la vida ya no puede soportarse. Y él sentía apego a la vida, bastante. Sí, era cierto. ¿Hubiera estado aquí de lo contrario? ¿Hubiera dejado a su mujer, hubiera quemado las naves tras él, hubiera empleado todo el dispositivo maligno, todas esas heridas en su propia carne, y, en fin, hubiera viajado hasta el Sur, si no tuviese apego a la vida, si no hubiese en él deseo y futuro? ¿No lo había sentido hoy de forma clara y maravillosa, al beber el buen vino, ante el portal cerrado del parque, en el banco junto al muelle?

Se quedó y encontró sitio en una mesa junto a la del cantante y la rubia. Había allí seis personas, con ella siete, y era evidente que se sentían como en su casa, que formaban parte de este espectáculo y de esta fiesta. Les miraba continuamente. Entre ellos y los parroquianos de este jardín había familiaridad; la gente de la orquesta también les conocía, iban y venían de su mesa, gastaban bromas, tuteaban al camarero y le llamaban por su nombre. Se hablaba alemán, italiano y francés mezclados.

Klein contemplaba a la rubia. Ella seguía seria y fría, aún no la había visto reír, su rostro parecía invariable. Notaba que los de su mesa la respetaban, hombres y mujeres le hablaban en un tono de amistosa consideración. Oyó su nombre: Teresina. Pensó si era guapa, si realmente le gustaba. No pudo decirlo. Eran indudablemente bellos su porte y su figura, incluso extraordinariamente bellos, su postura en la silla y el movimiento de sus manos muy cuidadas. En cambio, en su rostro y en su mirada le preocupaba e irritaba la tranquila frialdad, la seguridad y la calma del semblante, su rigidez de máscara. Parecía una persona que tiene su propio cielo y su propio infierno, que nadie puede compartir con ella. En esta alma que parecía muy dura, áspera y quizás orgullosa, e incluso mala, en esta alma también debían arder el deseo y la pasión.

¿Qué clase de sensaciones buscaba, cuáles le gustaban y cuáles rehuía? ¿En qué consistían sus debilidades, sus angustias, su secreto?

¿Qué aspecto tenía cuando reía, cuando dormía, cuando lloraba, cuando besaba?

¿Por qué desde mediodía ella ocupaba sus pensamientos, por qué había de observarla, estudiarla, temerla, enfadarse con ella sin saber siquiera si le gustaba?

¿Quizás era su meta y su destino? ¿Le atraía hacia ella una fuerza secreta igual como le había atraído al Sur? ¿Un instinto innato, una línea del destino, un eterno impulso inconsciente? ¿Su encuentro con ella estaba predestinado? ¿Sucedió fatalmente?

Con gran esfuerzo oyó, entre la charla de varias voces, un fragmento de su conversación. Oyó que ella decía a una bonita joven flexible y elegante, de ondulado pelo negro y cara tersa: «Quisiera jugar otra vez de verdad, no aquí que sólo ganas para bombones, sino en Castiglione o en Montecarlo.» Y después, a la respuesta de su interlocutora, añadía: «No, usted no sabe en absoluto lo que es. Tal vez no sea hermoso, ni inteligente, pero es irresistible.»

Ahora sabía algo de ella. Le complacía haberla espiado y sorprendido. Por una pequeña ventana iluminada, él, el extranjero, había podido lanzar una breve mirada observadora & su alma desde fuera, como un centinela. Ella tenía deseos. Estaba atormentada por el deseo de algo que era excitante y peligroso, de algo en lo que uno podía perderse. Le gustaba saberlo. ¿Y qué pasaba con Castiglione? ¿No había oído hoy hablar de ello? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Era igual, ahora no podía pensar. Tal como ya le había pasado varias veces en estos extraños días, había tenido la sensación de que todo lo que hacía, oía, veía y pensaba, estaba lleno de dependencia y de necesidad, de que un guía le conducía, de que largas y lejanas series causales producían efecto. Eso estaba bien.

De nuevo le recorrió una sensación de felicidad, una sensación de tranquilidad y de seguridad espiritual, que resultaba maravillosamente deliciosa para quien conoce el temor y el miedo. Recordó una conversación de su adolescencia. Los muchachos de la escuela habían hablado entre ellos de cómo hacían los equilibristas para poder andar sobre la maroma tan seguros y sin miedo. Y uno había dicho: «Si trazas una raya con tiza en el suelo de la habitación, resulta exactamente tan difícil andar sobre esta raya como hacerlo sobre la maroma más delgada. Y uno lo hace tranquilamente porque no existe ningún peligro. Si te imaginas que es una simple raya de tiza y el aire el suelo, entonces puedes andar seguro sobre cualquier maroma.» Aquello le gustó. ¡Qué bonito era! ¿En él no era al revés? ¿No le sucedía a él que ya no podía andar

tranquilo ni seguro sobre ningún suelo llano porque lo tomaba por una maroma?

Interiormente estaba contento de que pudieran ocurrírsele tales cosas reconfortantes, de que yacieran en él y aparecieran de vez en cuando. Uno llevaba en su propio interior lo que importaba; nadie podía ayudarlo desde fuera. Uno lo podía todo si no estaba en guerra consigo mismo, si vivía con amor y confianza en sí mismo. Entonces no sólo podía bailar sobre la maroma, sino que también podía volar.

Por un momento, olvidándolo todo, introdujo estas sensaciones en las blandas y escabrosas sendas del alma tanteando en sí mismo, como lo haría un cazador o explorador; había apoyado la cabeza en su mano, con aire ausente. En aquel instante vio a la rubia y ésta le miró. Su mirada no se detuvo mucho rato, pero él se fijó atentamente en su cara y cuando ella le devolvió la mirada, sintió algo de estima, algo de interés e incluso de simpatía en ella. Esta vez su mirada no le hizo daño, no le dolió. Esta vez notó que ella le veía a él, no su traje y sus modales, su peinado y sus manos, sino lo verdadero, lo misterioso de él, lo único, lo divino, el destino. Se arrepintió de todas las cosas amargas y desagradables que había pensado de ella. Pero no, no había nada de que disculparse. Todas las cosas desagradables y disparatadas que había pensado y sentido contra ella habían sido golpes contra él mismo, no contra ella. No, estaba bien así.

De pronto le sobresaltó la música que empezaba de nuevo. La orquesta entonó un baile. Pero la escena seguía vacía y oscura, mientras las miradas de los espectadores se dirigían al cuadro vacío que había entre las mesas. Adivinó que se iba a bailar.

Al alzar la vista vio que en la mesa contigua se levantaban la rubia y un elegante joven imberbe. Se rió de sí mismo cuando se dio cuenta de que también sentía hostilidad contra aquel joven que poseía — a regañadientes lo admitió — elegancia, buenos modales y un pelo y un rostro bellos. El joven ofreció su mano a la muchacha y la llevó al espacio vacío. Apareció una segunda pareja. Bailaron un tango con elegancia, seguridad y gusto. Él no entendía de esto, pero en seguida vio que Teresina bailaba maravillosamente. Vio que hacía algo que comprendía y dominaba, que residía en ella y le salía de forma natural. El joven de pelo negro y ondulado también bailaba bien, se adaptaban uno al otro. Su danza mostraba a los espectadores sólo cosas agradables, claras, sencillas y simpáticas. Sus manos se enlazaban ligera y suavemente, sus rodillas, sus brazos, sus pies y sus cuerpos realizaban la delicada y vigorosa labor con docilidad y alegría. Su danza expresaba felicidad, belleza, lujo, elegancia y arte de vivir. También expresaba amor y sexualidad, pero no salvaje y ardiente, sino un amor lleno de naturalidad, ingenuidad y encanto. Al bailar mostraban a los ricos, a los turistas, la belleza que poseía su vida y que aquellos no podrían expresar ni

experimentar nunca sin su ayuda. Estos bailarines consumados, profesionales, ofrecían a la buena sociedad un substitutivo. Los miembros de esta buena sociedad, que no bailaban ni bien ni ágilmente, que no podían disfrutar realmente del agradable juego de la vida, hacían que aquellos jóvenes les mostrasen la belleza de su *danza*. Pero eso no era todo. No sólo podían contemplar ligereza y sereno dominio de la vida, sino que se les recordaba además la naturaleza e inocencia de las sensaciones y de los sentidos. Ellos, que tenían una vida apresurada y artificial o corrompida y repleta, que oscilaba entre el trabajo y el placer desordenado y la forzada penitencia en un sanatorio, miraban sonriendo, impresionados tonta y secretamente por el baile de estos jóvenes hermosos y ágiles, miraban como se mira la querida primavera de la vida, un paraíso lejano, perdido, del que se habla a los niños sólo en los días de fiesta, en el que uno ya apenas cree, pero en el que sueña por las noches con ferviente ansiedad.

Y entonces, durante el bañe, en la mirada de la rubia se produjo un cambio que Friedrich Klein observó con franco entusiasmo. De manera paulatina, imperceptible, como el color rosa sobre un cielo matutino, apareció en su rostro frío y serio una sonrisa que aumentaba progresivamente y se hacía cálida. Sonreía como si el baile ahuyentase su fría personalidad y la inundase de calor y de vida. El bailarín también sonreía, igual que la segunda pareja. En los cuatro rostros brillaba una sonrisa encantadora, aunque parecía falsa e impersonal. La de Teresina era la más bella y misteriosa, nadie sonreía como ella, tan inaccesible por fuera, tan floreciente por dentro, en su propia felicidad. Lo veía con profunda emoción, le conmovía como el descubrimiento de un tesoro oculto.

«¡Qué cabello tan maravilloso tiene!», oyó que alguien decía en voz baja. Pensó que él había criticado y dudado de este maravilloso cabello rubio.

Se terminó el tango. Klein vio que Teresina permanecía un instante junto a su bailarín. Éste aún mantenía su mano izquierda a la altura del hombro. Vio cómo desaparecía lentamente el encanto del rostro de ella. La gente aplaudió y siguió con la vista a las dos parejas que regresaban a su mesa con paso ligero.

El siguiente bañe, que empezó tras una corta pausa, fue ejecutado por una sola pareja, por Teresina y su bello acompañante. Era un baile de fantasía, de complicada composición, casi una pantomima que cada bailarín bailaba sólo para sí y que se convertía en baile de dos únicamente en radiantes y unánimes puntos culminantes y en el galopante final,

Teresina, con los ojos llenos de felicidad, pasaba volando con soltura y fervor; seguía con sus ingravidos miembros las evoluciones de la música; en la sala se produjo un silencio y todos les miraban fascinados. El baile terminó con un violento torbellino en el que el bailarín y la bailarina sólo se tocaban con las manos y las puntas de los pies y giraban en círculo de forma báquica.

En esta *danza* se tenía la sensación de que ambos bailarines, en sus ademanes y pasos, al separarse y volverse a unir en un constante perder y recobrar el equilibrio, reproducían sensaciones que todos desean profunda y secretamente, pero que sólo unos pocos afortunados experimentan tan simple, intensa y libremente: la alegría íntima de los hombres sanos, el aumento de esta alegría en el amor a los demás, el fiel acuerdo con la propia naturaleza, la confiada entrega a los deseos, sueños y juegos del corazón. Por un instante a muchos les apenaba que existiese tanta discrepancia y conflicto entre su vida y sus impulsos, que su vida no fuera ningún baile, sino un penoso jadeo bajo las cargas que, al fin y al cabo, ellos mismos se habían impuesto.

Mientras seguía el baile, Friedrich Klein recorría su vida pasada como si fuera un túnel oscuro y largo. Al otro lado, al sol y al viento, estaba lo perdido, verde y brillante, la juventud, la sensibilidad intensa y simple, la fiel disposición a la felicidad. Todo ello volvía a estar extrañamente cerca, sólo a un paso, invocado y reflejado por la magia.

Con la íntima sonrisa del baile en el rostro, Teresina pasó ante él. Le inundó la alegría y le embelesó la pasión. Cuando la llamó, ella le miró íntimamente, aún dormida, el alma llena aún de felicidad, la dulce sonrisa aún en los labios. Él también le sonrió a ella, vislumbrando una próxima felicidad tras la oscura sombra de tantos años perdidos.

Él se levantó en seguida y le tendió la mano, como un viejo amigo, sin decir palabra. La bailarina cogió su mano y por un instante la retuvo firmemente sin detenerse. Él la siguió. En la mesa del artista le hicieron sitio. Se sentó junto a Teresina y vio brillar las alargadas piedras verdes sobre la clara piel de su cuello.

No tomaba parte en la conversación de la que comprendía muy poco. Detrás de la cabeza de Teresina veía, a la luz estridente de los fanales, perfilarse los tallos de rosa llenos de oscuros capullos, rodeados por alocadas luciérnagas. Cesaron sus pensamientos, no había nada en que pensar. Los capullos de rosa oscilaban ligeramente en la brisa nocturna; Teresina estaba sentada a su lado; en su oreja pendía destellante la piedra verde. El mundo estaba en paz. Entonces Teresina puso su mano sobre el brazo de él.

—Tenemos que hablar. No aquí. Recuerdo haberle visto en el parque. Mañana estaré allí a la misma hora. Ahora estoy cansada y tengo que acostarme pronto. Mejor será que se marche antes de que mis amigos le den un sablazo. Entonces pasó un camarero y ella le detuvo:

—Eugenio, el señor quiere pagar.

Pagó, le dio la mano, cogió su sombrero y se dirigió hacia el lago sin una idea determinada. Era imposible irse a su habitación del hotel. Siguió el camino del lago hacia el pueblo, salió a las afueras, hasta donde se terminaban los bancos de la orilla y las construcciones. Se sentó en el muelle y cantó para sí, sin

voz, fragmentos de una canción desaparecida de los años de juventud. Hasta que tuvo frío y las escarpadas montañas cobraron una hostil singularidad. Entonces regresó con el sombrero en la mano.

Un soñoliento portero nocturno le abrió la puerta.

— Llego un poco tarde — dijo Klein y le dio un franco.

— ¡Oh, estamos acostumbrados! Usted no es el último. La lancha de Castiglione no ha regresado todavía.

### 3

La bailarina ya estaba allí cuando Klein acudió al parque. Caminaba por el jardín con su paso elástico y se detuvo ante él, junto a la sombreada entrada de un bosquecillo.

Teresina le examinó atentamente con sus ojos gris claro, su rostro estaba serio y algo impaciente. Mientras andaba empezó a hablar en seguida.

— ¿Puede decirme qué pasó ayer? ¿Cómo fue que nos cruzamos en el camino? He meditado sobre ello. Ayer le vi dos veces en el jardín Kursaal. La primera vez usted estaba en la salida y me miró; parecía aburrido o enfadado, y cuando le vi, pensé: a ese hombre ya le encontrado en el parque. No fue una buena impresión y me esforcé por olvidarle inmediatamente. Luego le vi otra vez, un cuarto de hora más tarde. Estaba sentado en la mesa contigua y de repente parecía completamente distinto. Al principio no me di cuenta de que era usted el mismo que había encontrado antes. Y luego, después de mi baile, se levantó ante mí y me asió la mano, o yo a usted, no sé exactamente. ¿Cómo pudo ser? Usted debe saber algo. Espero que no haya venido para hacerme declaraciones de amor.

Ella le miró imperiosamente.

— No lo sé — dijo Klein—. No he venido con intenciones determinadas. La amo desde ayer, pero no es necesario hablar de ello.

— Sí, hablemos de otra cosa. Ayer, por un instante, hubo entre nosotros algo que me preocupó y me asustó, como si tuviéramos algo semejante o en común. ¿Qué es? Y lo principal: ¿qué transformación sufrió usted? ¿Cómo podía ser que usted tuviera aspectos tan completamente distintos en el plazo de dos o tres horas? Parecía una persona que ha experimentado cosas muy importantes.

— ¿Qué parecía? — preguntó puerilmente.

— ¡Oh! Primero parecía un señor mayor, acongojado, desagradable. Parecía un filisteo, un hombre que ha vivido descargando sobre otros la cólera de su propia incapacidad.

Él escuchaba con gran interés y asentía vivamente. Ella continuó:

— Y luego, más tarde, es difícil de describir. Estaba sentado un poco

inclinado hacia delante. Cuando casualmente llamó usted mi atención, aún pensé en el primer segundo: ¡Señor, qué aspecto tan triste tiene este filisteo! Había apoyado la cabeza sobre su mano y parecía de repente muy extraño; parecía como si usted fuera la única persona en el mundo, como si le fuera completamente indiferente lo que pudiera sucederle a usted y a los demás. Su rostro era como una máscara, horriblemente triste, horriblemente indiferente.

Calló, parecía buscar palabras, pero no añadió nada más.

— Tiene usted razón — dijo Klein humildemente —. Lo ha visto con tanta claridad que debería sorprenderme. Usted ha leído en mí como en un libro. Pero, en realidad, es natural y justo que usted viera todo esto.

— ¿Por qué natural?

— Porque usted, de manera algo distinta, expresaba exactamente lo mismo bailando. Cuando baila y también en muchos momentos, Teresina, es usted como un árbol o una montaña, o una fiera, o una estrella, completamente introvertida y sola, no quiere ser nada más que lo que es, esté bien o mal. ¿No es lo mismo que usted vio en mí? Ella le contempló sin responder. — Es usted una persona rara — dijo luego titubeando —. ¿Y cómo es esto? ¿Es usted realmente como aparentaba? ¿De verdad le da igual todo cuanto pueda sucederle?

— Sí, sólo que no siempre. A veces tengo miedo. Pero luego el miedo se marcha, y todo es indiferente. Entonces uno es fuerte. Indiferente no es la definición exacta: todo es delicioso y agradable, sea lo que sea.

— Por un momento creí incluso posible que usted fuese un criminal.

— Tampoco eso es imposible. Es incluso probable. Mire usted, Teresina, se dice un «criminal» y por ello se entiende que uno hace algo que otros le han prohibido. Pero él, el criminal, sólo hace lo que está en él. Ve usted, ése es el parecido entre nosotros dos: de vez en cuando hacemos lo que está en nosotros. Eso es lo único raro. La mayoría de las personas no lo saben. Yo tampoco lo sabía; decía, pensaba, hacía, vivía sólo lo ajeno, sólo lo aprendido, sólo lo bueno y justo, hasta que un día se acabó. No podía más, debía marcharme, lo bueno ya no era bueno, lo justo ya no era justo, la vida ya no era soportable. Pero, sin embargo, quisiera soportarla, la quiero aunque cause tantos tormentos.

— ¿Quiere decirme cómo se llama y quién es usted?

— Soy el que usted ve ante sí, no otro. No tengo ningún nombre ni ningún título, ni tampoco ningún oficio.

Tuve que abandonarlo todo. Conmigo sucede que, después de una larga vida honrada y laboriosa, un día, no hace mucho, me caí del nido y ahora debo perecer o aprender a volar. El mundo ya no me importa, ahora estoy completamente solo.

Algo perpleja preguntó:

— ¿Ha estado en algún manicomio?

—¿Loco, quiere decir? No. Aunque también eso es posible. —Estaba distraído, los pensamientos le retenían por dentro. Con incipiente inquietud siguió—: Cuando uno habla de ello, incluso lo más simple se convierte en complicado e incomprensible. ¡No debemos seguir hablando de esto! Se habla sólo cuando uno no quiere comprenderlo.

—¿Qué quiere usted decir? Yo quiero comprender de verdad. ¡Créame! Me interesa mucho.

Él sonrió abiertamente.

—Sí, sí. Usted quiere hablar de esto. Ha experimentado algo y ahora quiere comentarlo. ¡No hay remedio! Hablar es el camino seguro para no comprender nada, para hacerlo todo superficial y aburrido. ¡Usted no quiere comprenderme a mí ni tampoco a sí misma! Usted sólo quiere tranquilizarse ante la advertencia que ha sentido. Quiere suprimirnos a mí y a la advertencia para encontrar la etiqueta con que poder clasificarme. Lo intenta con la de criminal y la de enfermo mental, quiere saber mi situación y mi nombre. Pero todo esto aleja de la comprensión. Todo esto es falso, señorita; es una mala sustitución del comprender, es una evasión ante el deseo de comprender, ante el deber de comprender.

Se interrumpió, se pasó la mano crispada por los ojos, luego pareció que se le ocurría algo alegre, volvió a sonreír.

—Mire. Cuando usted y yo sentimos por un momento lo mismo, no dijimos nada, ni preguntamos nada, ni tampoco pensamos nada; nos dimos la mano al mismo tiempo. Y estuvo bien. Pero ahora, ahora hablamos y pensamos y explicamos y todo se ha hecho extraño e incomprensible. ¡Tan sencillo como era! A usted le resultaría tan fácil comprenderme como yo la comprendo a usted.

—¿Cree comprenderme bien?

—Sí, naturalmente. No sé cómo vive usted. Pero vive como lo he hecho yo y como lo hace la mayoría, en la oscuridad y lejos de sí mismos, tras cualquier fin, deber, propósito. Lo hacen casi todos los hombres. Por esto el mundo entero está enfermo y se hundirá. Pero a veces, por ejemplo al bailar, se olvida de su proyecto o de su deber y vive de forma completamente distinta. Siente como si estuviera sola en el mundo o como si al día siguiente pudiera estar muerta, y entonces surge todo lo que realmente es usted. Cuando baila contagia incluso a los demás. Ése es su secreto.

Durante un trecho ella anduvo más de prisa. En un alero sobre el lago se detuvieron.

—Es usted singular —dijo ella—. Puedo comprender algunas cosas. ¿Pero qué quiere realmente de mí?

Bajó la cabeza y pareció por un momento triste.

—Está acostumbrada a que uno quiera siempre obtener algo de usted.

Teresina, no quiero nada de usted que no quiera usted misma y haga con gusto. Puede serle indiferente que yo la ame. No es ninguna suerte ser amado. Cada persona se ama a sí misma y, sin embargo, se está torturando durante toda su vida. No, ser amado no es ninguna suerte. ¡Pero amar, esto sí que es una suerte!

— Con gusto le daría cualquier placer, si pudiera — dijo Teresina lentamente, como compasiva.

— Puede hacerlo, si me permite cumplir algún deseo suyo.

— ¡Ah, qué sabe usted de mis deseos!

— En efecto, usted no debería tener ninguno. Ya tiene la llave del paraíso: es su baile. Pero yo sé que sí tiene deseos, y me gusta. Sabe, aquí hay uno a quien le gustaría cumplir cada uno de sus deseos.

Teresina reflexionó. Sus ojos vigilantes se agudizaron y se enfriaron. ¿Qué podía saber él de ella? Como no halló nada, empezó con cuidado:

— Mi primer ruego sería que fuese sincero. Dígame quién le ha contado algo de mí.

— Nadie. No he hablado nunca de usted con nadie. Lo que sé, y es muy poco, lo sé por usted misma. Ayer le oí decir que desea jugar una vez en Castiglione.

Su rostro se estremeció.

— Así que usted me ha espiado.

— Sí, naturalmente. He comprendido su deseo. Porque usted no siempre está de acuerdo consigo misma, busca excitación y aturdimiento.

— ¡Oh, no! No soy tan romántica como usted cree. En el juego no busco emoción, sino simplemente dinero. Quisiera por una vez ser rica o vivir con desahogo, sin tener que venderme para ello. Eso es todo.

— Suena bien y, sin embargo, no lo creo. ¡Pero, como quiera! En el fondo usted ya sabe perfectamente que no necesita venderse nunca. ¡No hablemos de ello! ¡Pero si quiere tener dinero, sea para jugar o no, tome el mío! ¡Tengo más del que necesito, creo, y no le doy ningún valor!

Teresina se retractó de nuevo.

— Apenas le conozco. ¿Cómo voy a tomar dinero suyo?

Él se sacó el sombrero como atacado por un dolor y calló.

— ¿Qué le pasa? — gritó Teresina.

— Nada, nada. ¡Permítame que me vaya! Hemos hablado demasiado. Uno no debería hablar nunca tanto.

Y se marchó, sin haberse despedido, rápidamente y como agitado por la desesperación, a través de la arboleda. La bailarina le siguió con la mirada, invadida por varios y contradictorios sentimientos, francamente maravillada de él y de sí misma.

No huyó por desesperación, sino tan sólo a causa de la tensión insoportable; estaba harto. Se le había hecho imposible decir una palabra más, oír una palabra

más; tenía que estar solo, necesariamente tenía que estar solo, pensar, escuchar, escucharse a sí mismo. Toda la conversación con Teresina le había extrañado y sorprendido. Las palabras habían salido involuntariamente, le había acometido, como un ataque, la imperiosa necesidad de comunicar sus experiencias y pensamientos, de formularlos, de expresarlos, de llamarlos por su nombre. Estaba sorprendido de cada palabra que había dicho, y sentía cada vez más cómo trataba de convencerse de algo que ya no era ni sencillo ni justo, cómo intentaba en vano explicar lo incomprensible; se le hizo insoportable y tuvo que callar.

En cambio, ahora, cuando intentaba recordar el último cuarto de hora, comprendía que esta experiencia había sido afortunada y provechosa. Era un progreso, una salvación, una confirmación.

El carácter dudoso que para él tenía el mundo habitual le había fatigado y atormentado terriblemente. Había comprobado el prodigio de que la vida cobra mayor significado cuando los sentidos y los conceptos nos extravían. Pero siempre le volvía a asaltar la penosa duda de que estas experiencias fueran realmente esenciales, de que fueran algo más que pequeñas ondulaciones casuales en la superficie de un corazón cansado y enfermo, veleidades, pequeñas oscilaciones nerviosas. Ayer por la noche y hoy había visto que su experiencia era real. Había brotado de él, y le había cambiado, había atraído hacia él a otra persona. ¡Su aislamiento estaba roto, volvía a amar, había alguien a quien quería servir y complacer, podía sonreír de nuevo, reír incluso!

Le recorrió esa oleada como si fuese dolor y voluptuosidad, se estremeció ante tal sensación, la vida resonaba en él como una resaca, todo era incomprensible. Abrió bruscamente los ojos y vio: árboles en una calle, copos plateados en el lago, un perro corriendo, ciclistas; y todo era extraño, fabuloso y casi demasiado bonito, todo era como si lo hubiese arrebatado de la flamante caja de juguetes de Dios, todo para él solo, para Friedrich Klein. Y él mismo estaba allí sólo para sentir palpar en él este torrente de maravilla, dolor y alegría. Por doquier había belleza, incluso en cualquier montón de basura del camino; por doquier había profundo sufrimiento, por doquier estaba Dios. Sí, Dios. Desde tiempos inimaginables, cuando era muchacho, le había sentido y le había buscado con el corazón, cuando pensaba «Dios» y «omnipresencia». ¡Corazón, no estalles de tanta abundancia!

Otra vez, de todos los pozos olvidados de su vida afloraron innumerables recuerdos que habían quedado libres: de conversaciones, de sus esponsales, de trajes que había llevado de niño, de mañanas de vacaciones cuando era estudiante; y se ordenaban en círculos alrededor de algunos puntos centrales: alrededor de la figura de su mujer, alrededor de su madre, del asesino Wagner, de Teresina. Se le ocurrían citas de escritores clásicos y refranes latinos que le

habían impresionado en su época escolar, e insensatos versos sentimentales de canciones populares. La sombra de su padre estaba al fondo; revivió la muerte de su suegra. Todo lo que, por los ojos y las orejas, de hombres y de libros, con placer o con dolor, había penetrado en él y estaba en él sumergido, parecía estar de nuevo ahí, todo a la vez, revuelto y mezclado, sin orden, pero lleno de sentido, importante, pletórico de significado, sin desperdicio.

La afluencia se convirtió en tormento, un tormento que no se distinguía de la voluptuosidad más intensa. Su corazón latía aprisa, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Comprendió que estaba cerca de la locura, pero sabía que no se volvería loco; miraba el nuevo mundo espiritual de la locura con el mismo asombro y embeleso con que miraba el pasado, el lago, el cielo: aquí también todo era mágico, agradable y significativo. Comprendió porqué los pueblos refinados consideraban la locura como algo sagrado. Lo comprendió todo, todo le hablaba, todo se le abría. ¡No había palabras y resultaba falso y desesperado querer imaginar y pensar cualquier cosa en palabras! Uno sólo tenía que estar abierto, preparado; entonces cada cosa, el mundo entero podía penetrar por un camino infinito, como en el arca de Noé, dentro de uno mismo, y uno lo poseía, lo comprendía y se fundía con él.

La tristeza le atenazó. ¡Oh, si todos los hombres supieran esto, lo experimentarían! ¡Cuánto se viviría, cuánto se pecaría, cuán ciega y desmesuradamente se sufriría! ¿No se enfadó ayer con Teresina? ¿No odiaba ayer a su esposa, la acusaba y la hacía culpable de todo el sufrimiento de su vida? ¡Qué triste, necio y desesperado! Todo era, en cambio, tan simple, tan bueno, tan razonable cuando se veía desde dentro, cuando tras cada cosa se veía la esencia, a él, a Dios.

Aquí el camino penetraba en nuevos jardines de ideas y en bosques de imágenes. Dirigió su sentimiento actual hacia el futuro, centenares de sueños felices, para él y para todos, centelleaban. Su vida pasada, absurda, perdida, no debía ser defendida ni acusada, ni juzgada, sino renovada y convertida en lo contrario, llena de sentido, de alegría, de bien, de amor. La gracia que experimentaba debía volver a brillar y seguir actuando. Le venían a las mientes versículos de la Biblia y todo lo que sabía de hombres piadosos y santos. Todos habían empezado siempre así. Habían seguido el mismo camino duro y tenebroso que él, cobardes y llenos de miedo hasta el momento del cambio y de la iluminación. «Tened miedo en el mundo», había dicho Jesús a sus discípulos. Pero quien había superado el miedo, ya no vivía en el mundo, sino en Dios, en la eternidad.

Así lo habían aprendido todos, todos los sabios del mundo entero, Buda y Schopenhauer, Jesús, los griegos. Había una sola sabiduría, una sola creencia, un solo pensamiento: el saber de Dios en nosotros. ¡Cómo se había falseado y

tergiversado esto en la escuela, en la iglesia, en los libros y en la ciencia!

Con amplios aletazos el espíritu de Klein voló por el ámbito de su mundo interior, de su saber, de su formación. También aquí, como en su vida externa, el bien estaba junto al bien, el tesoro junto al tesoro, la fuente junto a la fuente, pero cada cosa para sí, aislada, muerta y sin valor. Pero con el destello de la ciencia, con la iluminación bruscamente palpitaba también el orden, el sentido y la forma a través del caos, empezaba la creación; la vida y la energía saltaban de un polo al otro. Versículos de la más remota contemplación eran evidentes, lo oscuro se aclaraba, y la certeza se convertía en credo místico. También este mundo se había hecho vivo y apasionante. Las obras de arte que había amado en sus años juveniles, resonaban con nuevo encanto. Veía que la enigmática magia del arte se abría con la misma llave. El arte no era más que la contemplación del mundo en estado de gracia, de iluminación. El arte era mostrar a Dios tras cada cosa.

El bienaventurado cruzaba enardecido el mundo, cada rama de árbol participaba de su éxtasis, tendía noblemente hacia lo alto, colgaba íntima, era símbolo y revelación. Ligeras nubes violetas se deslizaban sobre el espejo del lago, estremeciéndose en tierna dulzura. Cada piedra yacía plena de sentido junto a su sombra. El mundo nunca había sido tan hermoso, profundo y sagrado, tan digno de amor; al menos desde los años misteriosos, legendarios de la primera infancia. «Así no llegaréis a ser como los niños», recordó y sintió: soy de nuevo niño, he entrado en el reino de los cielos.

Cuando empezó a sentir cansancio y hambre, se halló lejos de la ciudad. Se acordó de dónde venía, lo que había ocurrido y que se había marchado sin despedirse de Teresina. En el pueblo próximo buscó una posada. Le atrajo una pequeña taberna de pueblo con una mesa de madera en el jardín, bajo un cerezo. Pidió comida, pero no tenían más que vino y pan. Pidió una sopa, o huevos, o jamón. Nada, no había nada de eso. Aquí nadie comía tales cosas en estos tiempos de carestía. Primero habló con la tabernera, después con la abuela que estaba sentada en el peldaño de la puerta remendando ropa. Se sentó en el jardín, bajo la densa sombra del árbol, con pan y vino rojo, agrio. En el jardín vecino, ocultas tras unos matorrales y ropa tendida, oyó las voces de dos muchachas que cantaban. De pronto una palabra de la canción le llegó al corazón sin que pudiera retenerla. De nuevo se repetía la estrofa, era el nombre de Teresina. La canción, un cuplé medio cómico, hablaba de una Teresina. Comprendió:

*La sua mamma alla finestra*

*Con una voce serpentina:*

*Vieni a casa, Teresina,*

*Lasc'andaré quel traditor!*

¡Teresina! ¡Cuánto la quería! ¡Qué delicioso era amar!

Apoyó la cabeza sobre la mesa y se aletargó, se adormilaba y volvía a despertarse varias veces, muchas veces. Anochecía. La tabernera se colocó delante de la mesa, maravillada del cliente. Éste sacó dinero y pidió otro vaso de vino; le preguntó por aquella canción. Ella estuvo amable, le trajo vino y permaneció de pie junto a él. Él se hizo recitar toda la canción de Teresina; le gustó especialmente el verso que decía:

*lo non sono traditore  
E ne meno lusinghero,  
lo son' figlio d'un rico signore,  
Son'venuto per fare l'amor.*

La tabernera opinó que ahora podría comer una sopa; ella de todas formas la hacía para su marido a quien estaba esperando.

Comió sopa de verduras con pan. El tabernero llegó a casa. En los tejados de ladrillos de la aldea refulgía el sol tardío. Pidió una habitación, le ofrecieron una, una alcoba con gruesas y desnudas paredes de piedra. La tomó. Nunca había dormido en una alcoba así, parecía el aposento de un drama de bandidos. Paseó por la aldea de noche, encontró aún un tenducho abierto, consiguió comprar chocolate y lo repartió entre los niños que jugueteaban en gran número por la calle. Corrieron tras él, los padres le saludaban, todo el mundo le daba las buenas noches y él las devolvía, saludaba a todos, mayores y jóvenes, a los que estaban sentados en los umbrales y en las escaleras de las casas.

Pensó con placer en su alcoba de la fonda, en aquel primitivo y cavernícola parador, donde la vieja cal de los grises muros se *desconchaba* y donde no había nada inútil colgado en las paredes desnudas, ni cuadros ni espejos, ni tapices ni cortinas. Recorrió la aldea de noche como a través de una aventura, todo relucía, todo estaba lleno de secretas promesas.

Al regresar a la hostería, desde la sala vacía y oscura de la entrada vio luz por la rendija de una puerta, fue hacia allí y se encontró en la cocina. El cuarto le pareció una cueva fantástica, la poca luz que había fluía sobre el rojo suelo de piedra y se perdía, antes de alcanzar las paredes y el techo, en un cálido resplandor; de la campana de la chimenea, enorme y muy negra, parecía derramarse un manantial inagotable de oscuridad.

Allí estaba la mujer con la abuela, ambas estaban sentadas en cuclillas, pequeñas y endebles sobre humildes taburetes bajos, con las manos sobre las rodillas. La tabernera lloraba. Nadie hizo caso del recién llegado. Se sentó junto a una mesa en la que había restos de verdura. Un cuchillo romo brillaba con tono plomizo; al resplandor de la luz relucía, en la pared, una vasija de color terroso. La mujer lloraba, la vieja canosa le murmuraba algo en dialecto; comprendió paulatinamente que había habido una riña en casa y que el hombre había vuelto

a marcharse después de la disputa. Preguntó si le había pegado, pero no obtuvo respuesta. Empezó a consolarla. Le dijo que su marido volvería muy pronto seguramente. La mujer respondió cortante: «Hoy no y mañana quizá tampoco». Él renunció, la mujer se irguió un poco; estaban sentados sin hablar, el llanto había cesado. La sencillez del suceso que no se comentaba le pareció maravillosa. Se había discutido, se había sufrido, se había llorado. Ahora había pasado, uno estaba tranquilamente sentado y esperaba. La vida seguiría. Como con los niños. Como con los animales, únicamente no hablar, no complicar lo simple, no volver el alma hacia fuera.

Klein invitó a la abuela a hacer café para los tres. Las mujeres resplandecieron. La anciana colocó en seguida ramas secas en la chimenea. Al arder, las ramas y el papel crepitaban; las llamas chisporrotearon al instante. A la luz del fuego vio el rostro de la tabernera iluminado desde abajo, algo acongojado y, sin embargo, sosegado. Ella miraba el fuego y sonreía; se levantó de repente, fue lentamente al grifo y se lavó las manos.

Estaban los tres sentados en la mesa de la cocina y bebían él caliente café negro, acompañado de un viejo aguardiente. Las mujeres se animaron; contaban cosas y preguntaban, reían de la forma trabajosa e incorrecta en que hablaba Klein. A él le parecía que estaba aquí desde hacía mucho tiempo. ¡Maravilloso! ¡En estos últimos días todo parecía tener su lugar! Periodos enteros de tiempo y trozos de vida hallaban sitio en una tarde, cada hora parecía sobrecargada de vitalidad. Por unos segundos sintió relampaguear el temor; el cansancio y el desgaste de la vitalidad podían asaltarle de forma centuplicada y agotarle de la misma manera que el sol seca una gota en la roca. En estos instantes tan intensos, en ese extraño relámpago, viose vivir él mismo; en su cerebro, en oscilaciones aceleradas, sintió y vio que un aparato indeciblemente complicado, delicado y costoso, vibraba ante un trabajo multiplicado por mil igual como un mecanismo de reloj muy sensible tras un cristal, al que basta una partícula de polvo para alterarlo.

Le contaron que el tabernero invertía su dinero en negocios inseguros, que estaba mucho tiempo fuera de casa y que por todas partes mantenía relaciones con mujeres. No tenían niños. Mientras Klein se esforzaba por encontrar palabras italianas para hacer preguntas sencillas e informarse, tras el cristal seguía trabajando el delicado mecanismo infatigable, febril, incluyendo en seguida cada momento vivido en sus deducciones y ponderaciones.

Se levantó temprano para ir a dormir. Dio la mano a las dos mujeres, a la vieja y a la joven, que le miró intensamente, mientras la abuela luchaba con un bostezo. Luego subió a tientas por la oscura escalera de piedra, con peldaños asombrosamente altos, hasta su alcoba. Encontró agua preparada en una tinaja, se lavó la cara, por un momento echó de menos el jabón, las zapatillas, el

camisón de dormir; aún permaneció un cuarto de hora en la ventana, apoyado en la cornisa de granito, se desnudó completamente y se tendió en la dura cama, cuya tosca ropa le encantaba y despertaba un torrente de deliciosas imágenes campestres. ¿No era esto lo único justo: vivir siempre así, en un cuarto con cuatro paredes de piedra, sin el ridículo engorro de los tapices, de los adornos, de los muebles superfluos, sin todos los accesorios exagerados y, en el fondo, bárbaros? Un techo sobre la cabeza, contra la lluvia, una sencilla manta encima, contra el frío, un poco de pan y vino o leche, contra el hambre, por la mañana el sol para despertarse, por la tarde el crepúsculo para dormirse. ¿Necesitaba el hombre algo más?

Pero apenas había apagado la luz, la casa, la alcoba y la aldea se desvanecieron. Volvía a estar junto al lago con Teresina y hablaba con ella. Sólo con gran esfuerzo podía recordar la conversación de hoy y dudaba de lo que le había dicho realmente, incluso de si toda la conversación no había sido más que un sueño y una quimera. La oscuridad le hacía bien. ¿Sabía Dios dónde se despertaría mañana? Un ruido en la puerta le sobresaltó. El picaporte giró suavemente, un delgado hilo de luz penetró titubeante por la rendija. Sorprendido al principio, pero lúcido inmediatamente, miró hacia la puerta. Ésta se abrió del todo. Era la posadera con una luz en la mano, descalza, silenciosa.

Le miraba intensamente y le rió y abrió los brazos, profundamente asombrado, irreflexivo. Ella, entonces, se le acercó. Su cabello negro yacía junto a él sobre la áspera almohada.

No hablaron. Enardecido por su beso, la atrajo hacia sí. La repentina proximidad y el calor de un ser humano en su pecho, el fuerte brazo ajeno alrededor de su nuca le excitó extrañamente. ¡Le era tan desconocido aquel calor, era tan doloroso y nuevo aquel calor y aquella proximidad! ¡Había estado tan solo, muy solo, demasiado solo! ¡Abismo y ardiente infierno se habían abierto entre él y el mundo! Y ahora había venido a él una persona extraña,

Con una callada confianza y necesidad de consuelo, una pobre mujer abandonada. Se colgaba de su cuello, daba, tomaba y sorbía con ansia las gotas de deleite de la vida mezquina. Ebria y al mismo tiempo tímida, buscaba su boca, jugaba con tristes y cariñosos dedos entre los suyos, frotaba la mejilla con la suya. Se enderezó sobre su pálido rostro y la besó en sus dos ojos cerrados y pensó: ella cree que toma y no sabe que da, huye de su soledad y ni sospecha la mía. Tan sólo entonces se dio cuenta que había estado toda la tarde sentado junto a ella ciego; tenía largas y delgadas manos, hermosos hombros y un rostro lleno de miedo al destino y de ciega sed infantil, y poseía una cierta ciencia miedosa del pequeño y dulce camino y de la práctica de la ternura.

Vio también, y le entristeció, que él mismo seguía siendo un muchacho y un principiante en el amor, resignado a un largo; paciente matrimonio, tímido y, sin

embargo, culpable, ansioso y lleno de mala conciencia. Mientras besaba ávidamente la boca y el pecho de la mujer, mientras sentía todavía la mano de ella cariñosa y casi maternal en sus cabellos, experimentó de antemano desengaño y opresión en el corazón, sintió que el mal regresaba: el miedo. Le invadió un sentimiento cortante y frío y el temor de que él, en su esencia, no era apto para el amor, que el amor sólo le podía proporcionar tormento y un encanto maldito. Antes de que cesara la breve tormenta del placer, en su alma se abrió la inquietud y la desconfianza, la repugnancia por haber sido poseído en lugar de poseer y conquistar. Presintió el asco.

La mujer desapareció silenciosamente con su vela. Klein estaba tendido en la oscuridad y, en medio de la satisfacción del apetito, llegaba el momento que ya había temido antes, horas antes en breve y fulgurante presentimiento, el terrible instante en que la riquísima música de su nueva vida sólo encontraba cuerdas cansadas y desafinadas; el placer debía pagarse repentinamente con cansancio y miedo. Con palpitaciones sintió que todos los enemigos estaban al acecho: insomnio, depresión, pesadilla.

La áspera sábana quemaba su piel; pálido, miró la noche por la ventana. ¡Era imposible permanecer aquí y resistir indefenso el inminente tormento! ¡Ah, otra vez volvía la culpa, el miedo, la tristeza y la desesperación! Todo lo superado, lo pasado regresaba. No había salvación.

Se vistió rápido, a oscuras; buscó sus botas polvorientas ante la puerta. Despacio, sin hacer ruido, bajó y salió de la casa. Con fatigadas piernas que flojeaban, corrió por la aldea y por la noche, desesperado, escarnecido por sí mismo, perseguido por sí mismo, odiado por sí mismo.

#### 4

Klein, con rabia y desesperación, luchó con su demonio. Lo que sus afortunados días le habían traído de novedad, conocimiento y salvación, en la ebria prisa del pensamiento y la clarividencia de los últimos días, había subido como una ola cuya altura parecía irreversible, pero que en realidad ya empezaba a declinar. Ahora yacía de nuevo en el valle, en las sombras, debatiéndose todavía, esperando aún, escondido y profundamente herido. Durante un solo día, un día corto y resplandeciente había logrado ejercer el arte sencillo que conocen todas las plantas. Durante un pobre día se había amado a sí mismo, se había sentido uno y entero, no dividido en partes enemigas, se había amado y en sí había amado al mundo y a Dios. Y sólo le había satisfecho el amor, la aprobación y la alegría. ¡Si ayer le hubiera atracado un ladrón, si un policía le hubiera detenido, todo hubiera sido aprobación, sonrisa, armonía! Y ahora, en plena felicidad, había vuelto a caer y se había hecho pequeño. Se juzgaba a sí

mismo, aunque en su interior sabía que todo juicio era falso y disparatado. El mundo, que un feliz día había sido diáfano y rebosante de Dios, volvía a ser duro y pesado, y cada cosa tenía su propio sentido, y cada sentido contradecía los demás. ¡El entusiasmo de este día le había abandonado! ¡Hubiera querido morir! El sagrado entusiasmo había sido un momento de humor, lo de Teresina una ilusión y la aventura en la taberna una dudosa y sucia historia.

Ya sabía que este sentimiento asfixiante de miedo sólo desaparecía si dejaba de reprenderse, de criticarse a sí mismo, de hurgar en las heridas, en las demás heridas. Sabía que todo el dolor, la necedad y el mal se convertirían en lo contrario si conseguía reconocerlo como Dios, si lo seguía hasta sus raíces más profundas, que pasaban muy por encima del dolor y del placer, del bien y del mal. Lo sabía. Pero contra esto no podía hacer nada, el espíritu maligno estaba en él, Dios volvía a ser una palabra bonita y lejana. Se odiaba y despreciaba, y este odio se le presentaba involuntaria e inevitablemente en un momento dado, de la misma manera que en otros momentos se le presentaba el amor y la confianza. ¡Y así había de ser siempre! Siempre conocería la gracia y la bienaventuranza, y después siempre lo opuesto, y su vida no seguiría nunca el camino que su propia voluntad le dictara. Como un juguete, como un corcho flotante sería golpeado constante y eternamente. Hasta que todo terminase, hasta que un día una ola se encabritase y la muerte o la locura le arrastrasen. ¡Ojalá fuera pronto!

Los pensamientos que desde hacía mucho tiempo le eran tan amargamente familiares, se repetían forzosamente: miedos inútiles, acusaciones inútiles; reconocer su absurdidad era sólo un tormento más. Se repetía una imagen que recientemente (a él le parecía que habían pasado meses) había tenido durante el viaje: ¡con qué placer se arrojaría de cabeza al tren! Seguía ansioso aquella imagen, la respiraba como aire puro. La cabeza delante. ¡Todo hecho astillas y pedazos, triturado, arrollado bajo las ruedas y aniquilado sobre los raíles! Su mal iba corroyendo profundamente estas visiones. Oía, veía, saboreaba con aprobación y voluptuosidad la profunda destrucción de Friedrich Klein. Sentía desgarrados, esparcidos, triturados su corazón y su cerebro, su dolorida cabeza partida, los ojos vaciados, el hígado estrujado, los riñones molidos, el pelo arrancado, los huesos, rodillas y barbilla pulverizados. Era eso lo que había querido sentir el homicida Wagner cuando bañó en sangre a su mujer, a sus hijos y a sí mismo. Era exactamente eso. ¡Oh, le comprendía tan bien! Él también era Wagner, era un hombre con buenas dotes, capaz de sentir lo divino, capaz de amar, pero demasiado agobiado, demasiado meditabundo, demasiado fácil de cansar, demasiado consciente de sus defectos y enfermedades. ¿Qué podía hacer en el mundo una persona así, un Wagner, un Klein? Teniendo siempre ante los ojos el abismo que le separaba de Dios, sintiendo siempre que la desgarradura

del mundo atravesaba su propio corazón, cansado, consumido por el eterno impulso hacia Dios que irremediamente terminaba en una recaída. ¿Qué otra cosa podía hacer un Wagner, un Klein, sino extinguirse, él y todo lo que pudiera recordarle, y arrojarse al oscuro regazo desde donde el mundo mortal de las creaciones siempre empujaba a lo inimaginable? ¡No, no había otra posibilidad! Wagner debía irse, Wagner debía morir, Wagner debía ser borrado del libro de la vida. Quizá fuera inútil matarse, quizá fuera ridículo. Quizás era completamente cierto lo que los ciudadanos, en aquel otro mundo del más allá, decían del suicidio. Pero para las personas en tal situación, ¿había algo que no fuera ridículo? No, nada. Siempre era mejor tener el cráneo bajo las ruedas del tren, sentir cómo estalla y sumergirse voluntariamente en el abismo.

Anduvo sin descanso, con las rodillas vacilantes, varias horas. Estuvo un rato sobre las vías de una línea de ferrocarril adonde le había llevado el camino, incluso se adormeció con la cabeza sobre el hierro; cuando despertó había olvidado lo que quería, se levantó y echó a correr de nuevo, tambaleándose, con dolores en las plantas de los pies y la cabeza aturdida; se cayó alguna vez; le arañó alguna espina; a ratos corría como si flotase, otros apenas podía poner un pie tras otro.

«¡Ahora me lleva el diablo!», cantó con voz ronca. ¡Madurar! ¡Asarse bajo los tormentos, tostarse al fin como el hueso del melocotón, para estar maduro, para poder morir!

En medio de aquella oscuridad interior brotó una chispa a la que se agarró con todo el fervor de su alma desgarrada: ¡era inútil matarse! Matarse ahora no tenía ningún valor, era inútil extirparse y destrozarse miembro a miembro. En cambio era bueno y consolador sufrir, fermentar bajo el tormento y el llanto, forjarse a golpes y con dolor. Luego uno podía morir y sería una buena muerte, hermosa e inteligente, la más feliz de este mundo, más que una noche dé amor: cauterizado y plenamente entregado al retorno, al regazo, a la extinción, a la salvación, al nuevo nacimiento. Sólo una muerte así, una muerte madura, buena y noble, tenía sentido, sólo ella era salvación, sólo ella era regreso. El ansia lloraba en su corazón. ¿Dónde estaba el camino pequeño y difícil, dónde la puerta? Estaba preparado, lo ansiaba con cada contracción de su cuerpo tembloroso de fatiga, de su alma agitada por la mortal angustia.

Cuando la mañana clareó en el cielo y el plomizo lago se despertó al primer y frío rayo plateado, la presa se hallaba en un pequeño bosque de castaños, sobre el lago y la ciudad, entre helechos altos y exuberantes, húmedos de rocío. Con ojos apagados, pero sonrientes, contemplaba el fantástico mundo. Había alcanzado la meta de su instintiva odisea: estaba tan muerto de cansancio que su angustiada alma callaba. ¡Y, sobre todo, la noche estaba lejos! Había librado un combate, el peligro había pasado. Agotado, se dejó caer como un muerto entre

helechos y raíces, la cabeza en la hierba; el mundo se fundió ante sus sentidos que fallaban. Con las manos aferradas a la tierra, el pecho y el rostro cara al suelo, se abandonó hambriento al sueño, como si fuera su último deseo.

En un sueño, del que más tarde sólo recordaba algunos fragmentos, vio lo siguiente: en un portal que parecía la entrada de un teatro, colgaba un gran letrero con un título gigantesco; decía (esto era impreciso) o bien «Lohegrin» o bien «Wagner». Entró por este portal. Dentro había una mujer que se parecía a la tabernera de la noche pasada, pero también a su propia mujer. Su cabeza estaba desfigurada, era demasiado grande, y su rostro se había convertido en una máscara grotesca. Le embargó una fuerte repugnancia ante esta mujer, le clavó un cuchillo en el cuerpo. Pero otra mujer, como un reflejo de la primera, se abalanzó sobre él por detrás, vengadora, le clavó sus uñas afiladas y duras en el cuello y trató de estrangularle.

Al despertar de este profundo sueño vio maravillado árboles encima de él. Estaba entumecido por el duro lecho, pero refrescado. Con una leve inquietud el sueño resonaba en él. ¡Qué raro, ingenuo y oscuro juego de la fantasía!, pensó sonriendo un momento cuando recordó la puerta con la invitación a entrar al teatro «Wagner». ¡Qué idea representar así su relación con Wagner! El duende del sueño era brutal, pero genial. Dio en el clavo. ¡Parecía saberlo todo! ¿El teatro con el título de «Wagner» no era él mismo, no era la invitación a penetrar en sí mismo, en el desconocido país de su auténtico interior? Wagner era él mismo, Wagner era el asesino y la presa; pero Wagner también era el compositor, el artista, el genio, el seductor, la inclinación a la alegría de vivir, la voluptuosidad, el lujo; Wagner era el nombre colectivo de todo lo reprimido, lo hundido, lo perdido en el antiguo empleado Friedrich Klein. ¿Y «Lohengrin» no era también él mismo, Lohengrin, el caballero errante con un misterioso objetivo cuyo nombre no podía preguntarse? Lo demás era confuso, la mujer con la terrible cabeza enmascarada y la otra con las uñas; la cuchillada en el vientre le recordó algo también, esperaba encontrarlo. La atmósfera de asesinato y de peligro de muerte era extraña y estaba profundamente mezclada con la de teatro, máscaras y juego.

Al pensar en la mujer y el cuchillo vio ante sí su antiguo dormitorio. Tuvo que pensar en los niños. ¡Corno había podido olvidarlos! Pensó en cómo por la mañana saltaban de sus camitas en camión de dormir. Tuvo que pensar en sus nombres, sobre todo en Elly. ¡Oh, los niños! Lentamente le brotaron lágrimas que se deslizaron por su rostro ajado. Meneó la cabeza, se levantó con esfuerzo y empezó a limpiar su arrugado traje de hojas y de tierra. Sólo entonces recordó claramente aquella noche, la fría alcoba de piedra en el merendero, la desconocida mujer sobre su pecho, su huida, su ajetreada excursión. Vio este fragmento pequeño y deformado de vida como un enfermo mira su mano

atrofiada, el eczema en su pierna.

Con una tristeza serena, aún con lágrimas en los ojos, se dijo en voz baja: «Dios mío, ¿qué te propones hacer aún conmigo?» De los pensamientos de la noche sólo resonaba en él una voz ansiosa de madurez, de regresar, de poder morir. ¿Era largo aún su camino? ¿La patria estaba aún lejos? ¿Aún tenía que soportar muchas, muchas dificultades, sufrir lo inimaginable? Estaba dispuesto a ello, se ofrecía, su corazón estaba abierto: ¡destino, mátame!

Fue andando despacio a través de praderas y viñedos hacia la ciudad. Fue a su habitación, se lavó y se peinó, se cambió de ropa. Se fue a comer, bebió un poco del buen vino y sintió que el cansancio se disolvía en los entumecidos miembros y que se encontraba bien. Se informó de cuándo se bailaba en el Kursaal y se dirigió allí a la hora del té.

Teresina estaba justamente bailando cuando él entró. De nuevo vio la peculiar y resplandeciente sonrisa de baile en su rostro y se alegró. La saludó cuando ella regresaba a su mesa y se sentó.

—Quisiera invitarle, esta noche, a ir a Castiglione conmigo —dijo él en voz baja.

Ella reflexionó.

—¿Hoy mismo? —preguntó—. ¿Corre tanta prisa?

—También puedo esperar. Pero sería agradable. ¿Dónde puedo esperarla?

Ella no resistió la invitación ni su risa infantil, de raro encanto, que por unos momentos apareció en su rostro solitario y arrugado, como un alegre tapiz multicolor colgado en la última pared de una casa destruida por el fuego.

—¿Dónde estuvo usted? —preguntó ella curiosa—. Ayer desapareció tan de repente. Y cada vez tiene un aspecto distinto, hoy también. ¿Es usted, quizá, morfinómano?

Él rió de forma extrañamente agradable y distante, su boca y su barbilla parecían de un muchacho, mientras sobre la frente y los ojos seguía invariable la corona de espinas.

—Por favor, recójame hacia las nueve en el restaurante del Hotel Esplanade. Creo que hacia las nueve sale una lancha. Pero, dígame, ¿qué ha hecho desde ayer?

—Creo que estuve paseando todo el día, y también toda la noche. Tuve que consolar a una mujer en una aldea, porque su marido se había marchado. Y luego me esforcé mucho por aprender una canción italiana que habla de una Teresina.

—¿Qué canción es?

—Empieza: *Su in cima di quel boschetto*.

—Por amor de Dios, ¿ya conoce esa canción callejera también? Sí, ahora está de moda entre las vendedoras.

— ¡Oh! La encuentro muy bonita.

— ¿Y consoló usted a una mujer?

— Sí, estaba triste. Su marido se había marchado y le era infiel.

— ¿Sí? ¿Y cómo la consoló?

— Vino a mí para no estar sola. La besé y se acostó conmigo.

— ¿Era hermosa?

— No lo sé, no la vi bien. ¡No, no se ría de esto! Era todo tan triste.

Ella rió sin embargo.

— ¡Qué cómico es usted! Bien, ¿y no ha dormido nada? Se le ve en la cara.

— Sí. Dormí varias horas en un bosque allí arriba.

Ella con la vista siguió su dedo que señalaba el techo del salón.

— ¿En una taberna?

— No, en el bosque. En los arándanos. Ya están casi maduros.

— Es usted un extravagante. Pero he de bailar. El director ya está dando golpes. ¿Dónde está usted, Claudio?

El bello y moreno bailarín ya estaba detrás de su silla. Empezó la música. Al terminar el baile él se marchó.

Por la noche fue a recogerla puntualmente. Se alegró de haberse puesto el smoking, pues Teresina se había vestido de gran fiesta, de color violeta con muchos encajes, y parecía una princesa.

Una vez en la orilla no condujo a Teresina al barco de línea, sino a una bonita lancha motora que había alquilado para la noche. Subieron; en el camarote entreabierto había mantas preparadas para Teresina, y flores. Tras un fuerte viraje la rápida lancha salió roncando del puerto.

Fuera, en medio de la noche y del silencio, dijo Klein:

— ¿Teresina, no es una verdadera lástima que vayamos ahora allí, entre tantas personas? Si lo desea, sigamos adelante, sin meta, cuanto nos plazca, o vayamos a cualquier aldea bonita y tranquila, bebamos un vaso de vino del país y escuchemos cómo cantan las muchachas. ¿Qué opina usted?

Ella calló, pero él vio en seguida la desilusión en su rostro. Rió.

— Bien, era una idea mía, perdone. Ha de estar alegre y hacer lo que la divierta; no tenemos otro programa. En diez minutos estamos en la otra orilla.

— ¿No le interesa en absoluto el juego? — le preguntó ella.

— Veremos, primero debo probarlo. Su sentido me resulta un poco confuso todavía. Se puede ganar y perder dinero. Creo que hay sensaciones más fuertes.

— El dinero que se juega no es necesario que sea simple dinero. Para cada uno es un símbolo. Uno no gana o pierde dinero, sino todos los deseos y sueños que aquél significa para él. Para mí significa libertad. Si tengo dinero, nadie puede ya mandarme. Vivo como quiero. Bailo cuando, donde y para quien quiero. Viajo adonde quiero.

Él la interrumpió.

—¡Qué infantil es usted, querida señorita! Esa libertad sólo existe en su imaginación. Mañana es usted rica, libre e independiente; pasado mañana se enamora de un hombre que le quita el dinero o le corta el cuello por la noche.

—¡No diga usted esas cosas tan horribles! Si yo fuera rica quizá viviría más sencillamente que ahora, pero lo haría porque me gustaría, voluntariamente y no por fuerza. ¡Odio la obligación! Y mire, cuando coloco mi dinero en el juego, todos mis deseos están contenidos en cada pérdida y en cada ganancia; está en juego todo lo que valoro y ansío y eso produce una sensación que de otra forma no se consigue fácilmente.

Klein la miraba mientras hablaba, sin fijarse mucho en sus palabras. Sin saberlo, comparó el rostro de Teresina con el de aquella mujer que había soñado en el bosque. Sólo se dio cuenta de ello cuando la lancha entró en la bahía de Castiglione, pues el aspecto del letrero de hojalata con el nombre de la estación le recordó vivamente el letrero del sueño en el que estaba escrito «Lohengrin» o «Wagner». Aquel letrero era exactamente igual, igual de grande, gris y blanco, igual de iluminado. ¿Era ésta la escena que le esperaba? ¿Iría aquí hacia Wagner? También pensó que Teresina se parecía a la mujer del sueño, mejor dicho a las dos mujeres del sueño; a una la había matado con un cuchillo, la otra le había estrangulado con las uñas. Un escalofrío le recorrió la piel. ¿Tenía todo esto alguna relación? ¿Volvería a ser arrastrado por espíritus desconocidos? ¿Y adonde? ¿Hacia Wagner? ¿Al asesinato? ¿A la muerte?

Al desembarcar, Teresina le cogió del brazo. Así atravesaron el pequeño bullicio multicolor del embarcadero, cruzaron la aldea y llegaron al casino. Allí todo adquiría aquel destello, encantador y a la vez fatigoso, aquella inverosimilitud que siempre tienen las reuniones de personas codiciosas cuando se encuentran perdidas lejos de las ciudades, en tranquilos paisajes. Los edificios eran demasiado grandes y demasiado nuevos, la luz excesiva, las salas demasiado lujosas, las personas demasiado animadas. Entre los grandes y oscuros trazos montañosos y el amplio y suave lago estaba colgado el enjambre, pequeño y denso, de personas codiciosas y hartas, apiñadas angustiosamente como si no estuvieran seguras de su duración, como si a cada momento pudiera suceder algo que las hiciera desaparecer. De las salas, donde se comía y se bebía champaña, brotaba una cálida música de violín. En la escalinata, entre palmeras y fuentes, brillaban a la par matas de flores y vestidos de mujer, pálidos rostros masculinos sobre abiertas americanas, criados azules con botones dorados, activos, serviciales y expertos, fragantes mujeres con rostros meridionales, pálidas y ardientes, bonitas y enfermizas, y recias mujeres nórdicas, rollizas, arrogantes y confiadas, señores mayores sacados de un libro de Turguenev o de Fontane.

Klein se sintió enfermo y cansado en cuanto entraron. En la gran sala de juego sacó del bolsillo dos billetes de mil.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Quiere que juguemos juntos?

—No, no, no es conveniente. Cada uno irá por su cuenta.

Le dio un billete y le rogó que le guiase. En seguida se colocaron en una mesa de juego. Klein puso su billete sobre un número, la ruleta dio vueltas. No comprendía nada de todo aquello, sólo vio que su apuesta desaparecía. Va deprisa, pensó satisfecho, y quiso sonreír a Teresina. Pero ella ya no estaba a su lado. Vio que estaba de pie junto a otra mesa y que cambiaba su dinero. Se dirigió hacia allí. Ella parecía ensimismada, preocupada y tan ocupada como una ama de casa.

La siguió a una mesa de juego y la observó. Conocía el juego y lo seguía con gran atención. Colocaba pequeñas cantidades, nunca más de cincuenta francos. Algunas veces ganaba. Metía billetes en su bolso bordado con perlas, volvía a sacar billetes.

—¿Cómo va? —le preguntó él.

A ella, susceptible, no le gustaba que la molestasen.

—¡Oh, déjeme jugar! Ya lo haré bien. Pronto cambió de mesa; él la siguió sin que ella le viera. Como estaba muy atareada y no recurría nunca a sus servicios, se retiró a un sofá de piel, junto a la pared. La soledad se abatió sobre él. Volvió a sumergirse en reflexiones sobre su sueño. Era muy importante comprenderlo. Quizá no volvería a tener tales sueños, quizás eran, como en los cuentos, advertencias de los buenos espíritus: se le llamaba o avisaba dos o tres veces; si continuaba ciego, entonces el destino seguía su curso y ninguna fuerza amiga podía intervenir. De vez en cuando miraba a Teresina, tan pronto la veía sentada a una mesa, como de pie. Su pelo rubio brillaba entre los fracs.

¡Cuánto le duran los mil francos!, pensó molesto, yo iría más de prisa.

Una vez ella le saludó con la cabeza. Otra vez, una hora más tarde, ella se le acercó, le encontró absorto y le puso la mano sobre el brazo: —¿Qué hace? ¿No juega? —Ya he jugado. —¿Perdió? —Sí. No era mucho. —He ganado algo. Tome de mi dinero. —Gracias, basta por hoy. ¿Está contenta? —Sí, es bonito. Bien, me vuelvo. ¿O quiere regresar ya a casa?

Volvió a jugar. Él veía relucir su pelo entre los hombros de los jugadores. Le llevó una copa de champaña y él también bebió una. Luego fue a sentarse de nuevo en el sofá de piel junto a la pared.

¿Qué pasaba con las dos mujeres del sueño? Se parecían a su propia mujer y también a la mujer de la taberna de pueblo y también a Teresina. No había conocido a otras mujeres desde hacía años. A una mujer la había matado, horrorizado por su deformado e hinchado rostro. La otra le había atacado por detrás y había querido estrangularle. ¿Qué era cierto? ¿Qué era significativo?

¿Había herido él a su mujer, o ella a él? ¿Destruiría él a Teresina, o ella a él? ¿No podía amar a una mujer sin hierirla o ser herido por ella? ¿Era ésta su maldición? ¿O era algo general? ¿A todos les pasaba igual? ¿Todo amor era así?

¿Y qué le unía a esta bailarina? ¿La amaba? Había amado a muchas mujeres que nunca lo habían sabido. ¿Qué le unía a esta mujer que estaba allí y se dedicaba al juego de azar como si fuese un asunto serio? ¿Qué infantil era en su afán, en su esperanza! ¿Qué sana, ingenua y hambrienta de vida era! ¿Qué comprendería si conociese su anhelo más profundo, su deseo de muerte, su nostalgia por extinguirse, por regresar al seno divino! Quizás ella le amaría, en seguida, quizá viviría con él. ¿Pero sería distinto a como había sido con su mujer? ¿No seguiría él siempre solo con sus sentimientos más íntimos?

Teresina le interrumpió. Se detuvo de pie junto a él y le dio un fajo de billetes.

—Guárdeme esto hasta después.

Al cabo de un rato, no sabía si era largo o corto, ella volvió y le pidió que le devolviese el dinero.

—¡Pierde! —pensó él—. ¡Gracias a Dios! Confío en que termine.

Poco antes de medianoche ella regresó, alegre y un poco acalorada.

—Ahora sí que lo dejo, ¡Pobre, debe de estar cansado! ¿Vamos a comer un poco antes de regresar a casa?

En un comedor tomaron huevos con jamón y fruta y bebieron champaña. Klein se espabiló y se puso alegre. La bailarina estaba cambiada, contenta y con una ligera y deliciosa embriaguez. Miraba y volvía a saber que era hermosa y que llevaba un vestido bonito, notaba las miradas de los hombres que conversaban en las mesas vecinas. Incluso Klein notó el cambio, la veía rodeada de encanto y de graciosa seducción, en su voz oía de nuevo el sonido de la provocación y del sexo, veía de nuevo sus manos blancas y su cuello de nácar.

—¿Ha ganado usted mucho? —preguntó él riendo.

—No está mal, aunque no es el gran premio. Unos cinco mil.

—Es un buen principio.

—Sí, la próxima vez seguiré adelante. Pero aún no sale como debiera. Tiene que venir de una vez, no de gota en gota.

Él quiso decir: «Entonces no puede apostar con cuentagotas, sino de golpe», pero en lugar de esto brindó por la gran suerte y siguieron riendo y bromeando.

¡La muchacha era tan hermosa, sana y sencilla en su alegría! Una hora antes estaba sentada a la mesa de juego, rígida, preocupada, cejjunta, de mal humor, calculadora. Ahora parecía como si no tuviese ninguna preocupación, como si no supiera nada de dinero, juego, negocios, como si sólo conociera la alegría y el lujo, el flotar sin pena sobre la superficie de la vida. ¿Todo esto era cierto, auténtico? Él mismo reía, también estaba alegre, pretendía alegría y amor, y, sin

embargo, en él había alguien que no creía en todo esto, que lo miraba todo con desconfianza y con sarcasmo. ¿Era diferente a las demás personas? ¡Ah, uno sabía tan poco, tan desesperadamente poco de los hombres! En las escuelas uno había aprendido cien fechas de ridículas batallas y nombres de viejos reyes ridículos, y diariamente uno leía artículos sobre el gobierno o sobre los Balcanes, pero uno no sabía nada de los hombres. Cuando una campana no sonaba, cuando una chimenea no echaba humo, cuando se paraba la rueda de una máquina, en seguida uno sabía dónde había que buscar, y lo hacía con afán, y encontraba la avería y sabía cómo tenía que remediarlo. Pero, dentro de nosotros, se desconocía el resorte secreto que da sentido a la vida, lo único vivo en nuestro interior, lo único capaz de sentir placer y dolor, de desear la felicidad, de experimentar la felicidad; no se sabía nada, absolutamente nada de él, y cuando enfermaba no había ningún remedio. ¿No era absurdo?

Mientras bebía y reía con Teresina, en otras regiones de su alma se agitaban estas preguntas, tan pronto consciente como inconscientemente. Todo era dudoso, todo flotaba en la incertidumbre. Si hubiera sabido una sola cosa: esa inseguridad, esa necesidad, esa desesperación en medio de la alegría, ese tener que pensar, ese tener que preguntar ¿existía también en las demás personas, o sólo en él, en el estafalario Klein?

Halló lo que le diferenciaba de Teresina; ella era distinta, era infantil y primitivamente sana. Esta muchacha, como todas las personas, como él mismo había hecho antes, confiaba siempre de forma instintiva en el futuro, en el mañana, en el pasado mañana, en la continuación. De lo contrario, ¿hubiera podido jugar y tomar el dinero tan en serio? Y él lo sentía profundamente; en esto él era completamente distinto. Para él detrás de cada sensación y pensamiento estaba abierta la puerta que conducía a la nada. Tenía miedo a muchas cosas, al absurdo, a la policía, al insomnio, miedo a la muerte. Pero, sin embargo, deseaba y esperaba al mismo tiempo todo lo que le producía miedo; anhelaba ardientemente y sentía curiosidad por el mal, por la caída, por la persecución, por la locura y la muerte.

—Cómico mundo — se dijo para sí. Y no se refería al mundo de su alrededor, sino a esta esencia íntima. Abandonaron la sala y el edificio charlando y llegaron hasta la dormida orilla del lago, bajo la pálida luz de los faroles. Allí tuvieron que despertar a su barquero. La lancha tardó un rato en zarpar. Estaban uno junto a otro, embrujados por el paso repentino de la luz abundante y de la multicolor vida del casino a la oscura tranquilidad de la orilla nocturna; escapaban de las risas fogosas y ya les intimidaban la fría noche, la proximidad del sueño, el temor a la soledad. Ambos sentían lo mismo. De improviso se cogieron de las manos, sonrieron confusos y turbados en la oscuridad, jugaron con dedos palpitantes. El barquero les llamó, subieron y se sentaron en la cabina.

Con un movimiento brusco atrajo hacia sí la cabeza rubia y se entregó al desenfrenado ardor de sus besos.

Resistiéndose un momento, ella se enderezó y preguntó:

— ¿Volveremos pronto aquí?

En plena excitación amorosa él tuvo que reír disimuladamente.

Ella pensaba ante todo en el juego, quería volver y continuar.

— Cuando quieras — dijo él condescendiente —. Mañana, pasado mañana y siempre que quieras.

Cuando él notó sus dedos jugando en su nuca, recordó la terrible impresión que tuvo en sueños cuando la mujer vengativa le clavaba las uñas en el cuello.

— Ahora debería matarme de golpe, eso estaría bien .— pensó él —, o yo a ella.

Mientras acariciaba su pecho él reía en sus adentros. Le hubiera sido imposible diferenciar el placer del dolor. Incluso su placer, su hambriento deseo de abrazar a esta hermosa mujer apenas podía distinguirse del miedo; la deseaba como el condenado desea el hacha. Había las dos cosas: el ardiente placer y la desconsolada tristeza, ambas ardían, palpitaban en estrellas delirantes, ambas calentaban, ambas mataban.

Teresina se sustrajo con agilidad de una caricia demasiado atrevida, agarró sus dos manos, acercó sus ojos a los de él y susurró como ausente:

— ¿Qué clase de persona eres? ¿Por qué te amo? ¿Por qué algo me atrae hacia ti? Tú ya eres viejo y no eres guapo. ¿Cómo puede ser? Oye, creo que eres un criminal. ¿No lo eres? ¿Tu dinero no es robado? Él intentó desasirse.

— ¡No hables, Teresina! Todo dinero es robado, toda fortuna es injusta. ¿Es esto importante? Todos somos delincuentes, todos somos criminales, aunque sólo sea porque vivimos. ¿Es esto importante?

— ¿Qué es importante? — se estremeció ella. — Es importante que bebamos esta copa — dijo Klein lentamente —, es lo único importante. Tal vez no vuelva. ¿Quieres venir a dormir conmigo, o puedo venir a tu casa?

— Ven a mi casa — dijo ella quedamente —. Tengo miedo de ti y, sin embargo, tengo que estar a tu lado. ¡No me reveles tu secreto! ¡No quiero saber nada!

Al pararse el motor ella se despertó, se desprendió de sus brazos. Pasó su mano por el cabello y el vestido de forma purificante. La lancha se acercó despacio al embarcadero, las luces de los faroles brillaban en el agua negra. Bajaron.

— ¡Alto, mi bolso! — gritó Teresina a los diez pasos. Regresó corriendo al embarcadero, saltó a la lancha, halló su bolso con el dinero encima de la almohada, arrojó uno de los billetes al desconfiado barquero que la estaba mirando, y corrió a los brazos de Klein que la esperaba en el muelle.

## 5

El verano había comenzado repentinamente, en dos días ardientes había transformado el mundo, ahondado los bosques, hechizado las noches. El sol se abría paso, ardiente, hora tras hora, recorría rápido su semicírculo de fuego; las estrellas le seguían apremiantes, bullía una fiebre de vida y una prisa silenciosa y ávida impulsaba el mundo.

Una tarde el baile de Teresina en el Kursaal fue interrumpido por una furiosa tormenta. Las luces se apagaron, caras enloquecidas se contraían al blanco resplandor de los rayos, las mujeres chillaban, los camareros vociferaban, las ventanas crujían.

Klein había llevado inmediatamente a Teresina a la mesa donde estaba sentado junto al viejo artista.

—Estupendo — dijo —. Vámonos. ¿No tienes miedo?

—No. No tengo miedo. Pero no debes venir conmigo. Hace tres noches que no duermes y tienes un aspecto atroz. Llévame a casa y después vete a dormir a tu hotel. Toma un veronal, si lo necesitas. Vives como un suicida.

Se fueron. Teresina llevaba un abrigo que le había prestado un camarero. Se marcharon en medio del viento, de los rayos y del torbellino de polvo, por calles desiertas. Los truenos estallaban claros y alegres y resonaban en la noche agitada. De repente se desencadenó la lluvia, rebotando sobre el empedrado, cayendo cada vez con más fuerza sobre la densa vegetación estival como un sollozo liberador.

Llegaron a casa de la bailarina empapados. Klein no se marchó a su hotel. Ni siquiera hablaron de ello. Entraron en el dormitorio jadeando, se quitaron riendo sus empapadas ropas; por la ventana fulguraba la luz deslumbradora de los rayos y las acacias se agitaban bajo el viento y la lluvia.

—No hemos vuelto a Castiglione — bromeó Klein —. ¿Cuándo iremos?

—Volveremos a ir, puedes creerme. ¿Te aburres?

La atrajo hacia sí; ambos ardían y el brillo de la tormenta llameó en su caricia. A ráfagas entraba por la ventana el aire fresco con el amargo olor a vegetación y el gusto insípido de tierra. Tras la lucha amorosa, en seguida les rindió el sueño. Sobre la almohada yacía su demacrado rostro junto al de ella, fresco; su escaso y seco pelo junto al de ella, espléndido. Ante la ventana se apagaban las últimas llamas de la tormenta nocturna, la tempestad se había cansado y disipado, se dormía, una silenciosa lluvia se deslizaba tranquilamente por los árboles.

Poco después de la una Klein se despertó. No podía dormir más. Se despertó de una pesada y sofocante pesadilla con la cabeza confusa y los ojos doloridos. Estuvo un rato tumbado, inmóvil, los ojos abiertos, reflexionando.

¿Dónde estaba? Era de noche, alguien respiraba a su lado. Era Teresina.

Lentamente se levantó. Volvía al tormento, de nuevo tenía que permanecer hora tras hora tumbado, con el corazón lleno de dolor y miedo, solo, tenía que sufrir inútiles sufrimientos, pensar inútiles pensamientos, preocuparse por inútiles preocupaciones. De la pesadilla que le había despertado, surgían sentimientos sucios y penosos, repugnancia y horror, hastío, desprecio de sí mismo.

A tientas buscó la luz y la encendió. La fría claridad cayó sobre la blanca almohada, sobre las sillas llenas de ropa, el hueco de la ventana colgaba oscuro en la estrecha pared. Sobre el rostro de Teresina caían sombras, mientras que su nuca y su cabello brillaban.

También había contemplado a su mujer así en otro tiempo, también había estado tumbado junto a ella sin dormir, envidiando su sueño, como ofendido por su respirar satisfecho y tranquilo. Nunca se abandonaba uno tan totalmente a su prójimo como cuando dormía. De nuevo, como ocurría tan a menudo, se le presentó la imagen de Jesús sufriendo en el huerto de Getsemaní, cuando quería atenzarle el miedo a la muerte, mientras sus discípulos dormían, dormían.

Con cuidado se acercó la almohada en la que descansaba la cabeza dormida de Teresina. Ahora veía su rostro, tan extraño durmiendo, tan entregado a sí misma, tan lejano a él. Un hombro y el pecho estaban desnudos, bajo la sábana se dibujaba suavemente su vientre a cada respiración. Le parecía cómico que en las palabras amorosas, en las poesías, en las cartas de amor siempre se hablara de los dulces labios y de las mejillas, pero jamás del vientre y de los pies. ¡Embuste! ¡Embuste! Observaba detenidamente a Teresina. *Con* este bello vientre, con este pecho y estos brazos y estas piernas blancos, sanos, fuertes, cuidados, le seduciría aún muchas veces y le abrazaría y obtendría placer de él; y luego descansaría y dormiría satisfecha, profundamente, sin dolor, sin miedo, sin presentimientos, bella, apática y tonta como un sano animal que duerme. Y él estaría tumbado junto a ella, *en* vela, con los nervios en tensión y el corazón lleno de tormento. ¿Muchas veces aún? ¿Muchas veces aún? ¡Oh, no, no muchas veces más, quizá nunca más! Klein se sobresaltó. ¡Lo sabía: nunca más!

Suspirando hurgó con los pulgares las cuencas de sus ojos, donde se localizaba ese dolor diabólico, entre los ojos y la frente. Seguro que Wagner, el maestro Wagner, también había sentido este dolor. Seguro que durante varios años había sentido este dolor monstruoso y lo había soportado y sufrido. Y en su tortura, en su inútil tortura había creído madurar y acercarse a Dios. Hasta que un día no pudo soportarlo más, igual como él, Klein, tampoco podía soportarlo más. ¡El dolor era lo de menos, lo insoportable era los pensamientos, los sueños, las pesadillas! Entonces, una noche, Wagner se había levantado y había visto que no tenía ningún sentido, ninguno más, el ir coleccionando muchas noches como

aquella, atormentadoras; así uno no iba hacia Dios. Y fue a buscar el cuchillo. Quizá fue inútil, quizá fue insensato y ridículo por parte de Wagner asesinar. No podía comprenderlo quien no conociese sus tormentos, quien no hubiese padecido su sufrimiento.

Él mismo, no hacía mucho tiempo, había degollado en sueños a una mujer, porque su desfigurado rostro le había resultado insoportable. La verdad era que todo rostro que uno amaba quedaba desfigurado, de forma irritante y cruel, cuando ya no miraba, cuando callaba, cuando dormía. Uno lo miraba a fondo y no veía en él nada de amor, como tampoco encontraba amor en su propio corazón si lo miraba a fondo. Era solamente sed de vivir y miedo. Y uno huía del miedo, del necio miedo infantil al frío, a la soledad, a la muerte, e iba hacia otra persona, se besaban, se abrazaban, mejilla contra mejilla, pierna entre pierna, y echaban al mundo nuevos seres. Así sucedía. Así había llegado él a su mujer en otro tiempo. Así había venido hacia él la mujer de la taberna en una aldea, en otro tiempo, al principio de su viaje, en una desnuda alcoba de piedra, descalza y silenciosa, impulsada por el miedo, por el ansia de vivir, por la necesidad de consuelo. También así había ido él hacia Teresina, y ella hacia él. Siempre era el mismo instinto, el mismo afán, la misma equivocación. Siempre era el mismo desengaño, el mismo dolor terrible. Uno creía estar cerca de Dios y sostenía a una mujer en los brazos. ¡Uno creía haber logrado la armonía y sólo había cargado su culpa y su miseria sobre una futura criatura lejana! Uno tenía en sus brazos a una mujer, besaba su boca, acariciaba su pecho y engendraba con ella un niño; y un día el niño, sorprendido por la misma suerte, también se tumbaría junto a una mujer y también despertaría de la borrachera y vería el abismo con ojos doloridos y lo maldeciría todo. ¡Era insoportable seguir pensando hasta el fin!

Observó con mucha atención el rostro de la durmiente, los hombros, el pecho, el pelo rubio. Todo esto le había embelesado, le había engañado, le había seducido, todo le había hecho creer en el placer y la felicidad. Ahora todo había acabado, ahora saldarían cuentas. Había entrado en el Teatro Wagner y había descubierto por qué todos los rostros, una vez disipado el engaño, eran tan desfigurados e insoportables.

Klein se levantó de la cama y fue en busca de un cuchillo. Al pasar junto a Teresina rozó sus largas medias marrón claro; en un santiamén recordó cuándo la vio por primera vez en el parque y cómo le habían seducido su manera de andar, sus zapatos y sus medias ceñidas. Rió en voz baja, maliciosamente, y cogió la ropa de Teresina, pieza a pieza, la manoseó y la dejó caer al suelo. Luego volvió a buscar, olvidando el qué por momentos. Su sombrero estaba sobre la mesa, lo cogió distraído, lo hizo girar, notó que estaba mojado y se lo puso. Estaba de pie junto a la ventana, miraba la oscuridad exterior, oía cantar la lluvia.

Parecía el sonido de tiempos perdidos. ¿Qué querían de él la ventana, la noche, la lluvia?, ¿qué le importaban las viejas imágenes de su infancia?

De pronto se detuvo. Había cogido una cosa que estaba sobre una mesa y la miraba. Era un espejo pequeño, ovalado y plateado. Desde el espejo le miraba su rostro, el rostro de Wagner, un rostro extraviado, desfigurado con profundos surcos sombríos, un rostro con los rasgos destruidos y borrosos. Últimamente le sucedía muy a menudo verse de improviso en un espejo. Ahora, en cambio, le parecía como si no se hubiera mirado en un espejo desde hacía muchos años. Eso también parecía pertenecer al Teatro Wagner.

De pie se miró largamente en el espejo. El rostro del antiguo Friedrich Klein estaba acabado y gastado; había cumplido; la ruina se leía en cada arruga. Este rostro tenía que desaparecer, tenía que ser borrado. Este rostro era muy viejo, había muchas cosas reflejadas en él, demasiadas. Por esa faz había pasado mucha mentira y engaño, mucho polvo y mucha lluvia. Una vez había sido liso y hermoso, en otro tiempo él lo había amado y cuidado y le había enorgullecido; a veces también lo había odiado. ¿Por qué? Ambas cosas ya no se podían comprender.

Y ahora, ¿por qué estaba aquí, de noche, en esta pequeña habitación extraña, con un espejo en la mano y un sombrero mojado en la cabeza? ¡Un extraño payaso! ¿Qué le sucedía? ¿Qué quería? Se sentó en el borde de la mesa. ¿Qué había querido? ¿Qué buscaba? ¿Estaba buscando algo, estaba buscando algo muy importante? Sí, un cuchillo.

De repente, enormemente impresionado, dio un salto corrió a la cama. Se inclinó sobre la almohada, vio dormir a la muchacha del pelo rubio. ¡Aún vivía! ¡Aún no lo había hecho! El horror le inundó. ¡Dios mío, estaba allí! Sucedió lo que había visto siempre en sus horas terribles. Estaba allí. ¡Él, Wagner, estaba de pie y en la cama una durmiente! ¡Buscaba un cuchillo! No, no quería. ¡No, él no estaba loco! ¡Gracias a Dios, él no estaba loco! Todo estaba en orden.

Recobró la calma. Lentamente se puso los pantalones, la chaqueta, los zapatos. Todo estaba en orden.

Cuando quiso acercarse otra vez a la cama, sintió algo blando bajo sus pies. La ropa de Teresina estaba en el suelo, las medias, el vestido gris claro. Lo recogió todo con cuidado y lo colocó en una silla.

Apagó la luz y salió de la habitación. Fuera caía una lluvia fría y silenciosa. No había luz en ninguna parte, ni un alma, ni un ruido, sólo la lluvia. Levantó el rostro y dejó que la lluvia corriera por su frente y sus mejillas. No había cielo. ¡Qué oscuro estaba! Le hubiera gustado mucho ver una estrella.

Tranquilamente anduvo por las calles mojadas de lluvia. No encontró a nadie, ni siquiera un perro. El mundo estaba muerto. En la orilla del lago fue recorriendo las barcas; las habían sacado del agua y atado firmemente con

cadena. Tan sólo en las afueras encontró una que estaba atada simplemente con una cuerda, fácil de soltar. Deshizo la cuerda y metió los remos dentro. Se alejó rápidamente del muelle; flotaba en un tono gris, un gris como no había visto nunca; en el mundo sólo existía gris, negro y lluvia, lago gris, lago húmedo, lago gris, cielo húmedo, todo sin fin.

Lejos, en medio del lago, retiró los remos. Había llegado el momento y estaba contento. En otras ocasiones, cuando la muerte le parecía inevitable, siempre había retrasado la decisión, la había aplazado para el día siguiente, y, de nuevo, había intentado seguir viviendo. Pero ahora no ocurría nada de eso. Su pequeña barca era él, era su vida artificialmente segura, limitada, pequeña. A su alrededor el vasto gris era el mundo, era Todo y Dios. No resultaba difícil dejarse caer en él, era fácil, era alegre.

Se sentó al borde de la barca, con los pies colgando sobre el agua. Se inclinó poco a poco hacia delante, siguió inclinándose hasta que, detrás suyo, la barca escapó ágilmente. Estaba en el Todo.

En el breve instante en que aún vivió se sucedieron más experiencias que en los cuarenta años que había recorrido hasta llegar a este fin.

Empezó así: cuando cayó, cuando flotó por un instante entre la barca y el agua, vio que intentaba un suicidio, una chiquillada, algo que, de hecho, no era malo, pero sí cómico y bastante insensato. El «pathos» del deseo de muerte y el «pathos» de la misma muerte se disiparon a la vez: no había nada. La muerte ya no era necesaria ahora. Era deseada, hermosa y bienvenida, pero ya no era necesaria. Desde el momento, desde la fracción de segundo en que con toda su voluntad, con toda la renuncia de su voluntad, con toda la entrega, se había dejado caer del bote en el regazo de la madre, en los brazos de Dios, desde aquel instante la muerte ya no tenía ninguna importancia. Era todo tan fácil, tan asombrosamente fácil, no había ningún abismo, ninguna dificultad. ¡Todo el arte consistía en dejarse caer! Aparecía como el fruto de su vida a través de toda su existencia: ¡dejarse caer! Si uno lo había hecho una vez, se había abandonado, lo había dejado a su buen criterio, había capitulado, había renunciado a todo apoyo y a cualquier suelo firme bajo sus pies y obedecía total y únicamente al impulso de su propio corazón, entonces todo estaba ganado, todo estaba en orden; ningún miedo, ningún peligro.

Se había conseguido lo grande, lo único: ¡se había dejado caer! El haberse dejado caer en el agua y en la muerte no era estrictamente necesario, igual hubiera podido dejarse caer en la vida. Pero no tenía importancia. Viviría, volvería. Pero entonces ya no necesitaría el suicidio ni todos esos extraños rodeos, ninguno de esos penosos y dolorosos disparates, puesto que habría superado el miedo.

¡Qué maravilloso pensamiento: una vida sin miedo! Vencer el miedo era la

felicidad, la solución. Durante su vida había padecido mucho tiempo miedo y ahora, cuando la muerte le atenazaba el cuello, no sentía ningún miedo, ningún terror, sólo risa, salvación, comprensión. De repente supo lo que era miedo y que sólo lo vencía quien lo descubría. Se tenía miedo a mil cosas, al dolor, a los jueces, al propio corazón, al sueño, miedo al despertar, a la soledad, al frío, a la locura, a la muerte, sobre todo a ella, a la muerte. Pero todo era máscara y disfraz. En realidad sólo se temía una cosa: el dejarse caer, el paso a la incertidumbre, el pequeño paso que cruza todas las seguridades existentes. Y el que una vez, una sola vez, se había entregado, el que había tenido una vez la gran fe y se había abandonado al destino, éste se había liberado. Ya no pertenecía a las leyes terrenales, había caído en el universo y giraba en la danza de los astros. Así era. Era tan sencillo que cualquier niño podía entenderlo, podía saberlo.

No pensaba esto como se piensan las ideas, lo vivía, lo sentía, lo palpaba, lo olía, y lo saboreaba. Gustaba, olía, veía, comprendía lo que era la vida. Veía la creación del mundo, y veía el ocaso del mundo, ambos como dos ejércitos enfrentados, siempre en marcha, sin llegar jamás al fin. El mundo nacía continuamente y continuamente moría. Cada vida era un soplo lanzado por Dios. Cada muerte era un soplo sorbido por Dios. El que había aprendido a no resistir, a dejarse caer, moría fácilmente, fácilmente nacía. El que resistía, tenía miedo, moría con dificultad, nacía de mala gana.

Mientras se hundía en la gris oscuridad de la lluvia sobre el lago nocturno vio reflejado y representado el círculo del Universo: el sol y las estrellas nacían y morían incesantemente, coros de hombres y de animales, de espíritus y de ángeles reunidos cantaban, callaban, gritaban; hileras interminables de seres convergían, cada uno desconociéndose y odiándose a sí mismo, y odiándose y persiguiéndose en los demás. Todo lo que anhelaban era la muerte, la tranquilidad; su fin era Dios, regresar a Dios y permanecer en Él. Este fin producía miedo porque era un error. ¡No existía la permanencia en Dios! ¡No existía ninguna tranquilidad! Sólo existía el eterno, feliz y sagrado ser-aspirado y ser-espirado, la creación y la destrucción, el nacimiento y la muerte, la partida y el regreso, sin pausa, sin fin. Sólo existía un arte, una doctrina, un misterio: dejarse caer, no oponerse a la voluntad de Dios, no aferrarse a nada, ni al bien ni al mal. Entonces uno estaba salvado, se liberaba del dolor, del miedo. Sólo entonces.

Su vida se extendía ante él como un paisaje con bosques, valles y aldeas, visto desde la cresta de una alta montaña. Todo había ido bien, todo había sido fácil. Había surgido de su miedo, de su resistencia al tormento y a la confusión, a la horripilante aglomeración y a los espasmos de lamentos y miseria. No había una sola mujer sin la que no se pudiera vivir. ¡No había nada en el mundo que no fuera tan hermoso, tan deseable, tan dichoso como su contrario! Vivir era

bienaventurado y bienaventurado era morir, en cuanto uno flotaba solo en el universo. No había tranquilidad externa, ni en el cementerio, ni en Dios, ningún mago podía romper la eterna cadena de nacimientos, la infinita hilera de soplos divinos. Pero había otra tranquilidad que debía encontrarse en nuestro propio interior. Decía: ¡Déjate caer! ¡No resistas! ¡Muere a gusto! ¡Vive a gusto!

Todas las acciones de su vida estaban ante él, todos los rostros de sus amores, todos los cambios de su sufrimiento. Su mujer fue pura e inocente como él mismo; Teresina sonreía con aire infantil. El asesino Wagner, cuya sombra se extendía tan ampliamente sobre la vida de Klein, le sonreía fijamente y su sonrisa explicaba que la acción de Wagner también había sido una vía para la salvación, un soplo, un símbolo, y que muerte, sangre y horror no eran cosas que existieran realmente, sino sólo valoraciones de nuestras almas autoatortentadas. Klein había vivido años de su vida con el crimen de Wagner. Entre la reprobación y la aprobación, la condena y la admiración, la abominación y la imitación de este crimen se habían creado cadenas infinitas de torturas, de miedo, de miseria. Cientos de veces, lleno de miedo, había presenciado su propia muerte, se había visto morir sobre el cadalso, había sentido el corte de la hoja de afeitar en el cuello y la bala en la sien. Y ahora, cuando realmente llegaba a la tan temida muerte, ¡era tan fácil, era tan sencillo, era alegría y triunfo! En el mundo no había nada que temer, nada era terrible. Sólo con la ilusión nos creábamos todo este temor, toda esta pena; sólo en nuestra propia alma angustiada surgía el bien y el mal, el valor y la futilidad, el deseo y el temor.

La figura de Wagner se perdía en la lejanía. Él no era Wagner, ya no lo era, no existía ningún Wagner, todo había sido un engaño. ¡Ahora Wagner podía morir! Él, Klein, viviría.

El agua le inundó la boca y bebió. De todas partes, a través de todos sus sentidos entraba agua, todo se diluía. Fue aspirado, succionado. Junto a él, apiñadas a él, tan apretadas como las gotas de agua, flotaban otras personas, flotaba Teresina, flotaba el viejo cantante, flotaba su antigua mujer, su padre, su madre y su hermana, y muchos miles de personas, y también cuadros y casas, la Venus de Tiziano y la catedral de Estrasburgo, todo flotaba, compacto, en un monstruoso torrente, impelido por la necesidad, cada vez más veloz, enfurecido. Y al encuentro de este gigantesco, monstruoso y enfurecido torrente de figuras venía otro torrente monstruoso, enfurecido, un torrente de rostros, piernas, vientres, animales, flores, pensamientos, asesinatos, suicidios, libros escritos, lágrimas lloradas, espeso, lleno, ojos de niño y rizos negros y cabezas de pescado, una mujer con un largo cuchillo en el ensangrentado vientre, un joven que se le parecía, con la cara llena de santa pasión: ¡Era él, a los veinte años, aquel desaparecido Klein de entonces! ¡Qué bien! ¡Ahora comprendía que no había tiempo! Lo único que existía entre la vejez y la juventud, entre Babilonia y Berlín,

entre el bien y el mal, entre el dar y el tomar, lo único que llenaba el mundo de diferencias, de valoraciones, penas, conflictos, guerras, era el espíritu humano, el joven, impetuoso y cruel espíritu humano en la situación de la juventud embravecida, todavía lejos de la ciencia, lejos de Dios. Inventaba contrastes, inventaba nombres. Algunas cosas las calificaba de bonitas, otras de feas, unas buenas, otras malas. Un pedazo de vida se llamaba amor, otro crimen. Ese espíritu era así, joven, insensato, cómico. Uno de sus descubrimientos era el tiempo. ¡Refinado invento, un instrumento para atormentarse aún más el alma y para hacer el mundo variado y difícil! El hombre siempre estaba separado de todo lo que ansiaba por el tiempo, sólo por el tiempo, ¡ese descubrimiento infernal! Era uno de los apoyos, una de las muletas que debía abandonarse en primer lugar para ser libre.

La corriente de imágenes que Dios había absorbido y la otra que había expelido en dirección opuesta seguían fluyendo. Klein veía seres que resistían la corriente, que se rebelaban en medio de terribles espasmos, y se provocaban tormentos horrorosos: héroes, criminales, locos, pensadores, amantes, religiosos. Vio a otros como él, arrastrados rápida y fácilmente en la íntima voluptuosidad de la entrega, de la comprensión, dichosos como él. Con el canto de los bienaventurados y con el eterno grito de los infelices se edificaba, en el vértice de ambas corrientes cósmicas, una transparente esfera o cúpula de sonidos, una catedral de música en medio de la cual Dios estaba sentado; era una clara estrella, brillante, invisible por su luminosidad, una esencia de luz sumergida en la música del coro universal, en eterno oleaje.

Héroes y pensadores salían de la corriente cósmica, profetas, precursores.

—Mira, éste es Dios y su camino conduce a la paz —gritó uno, y muchos le siguieron.

Otro hizo saber que los caminos de Dios llevaban a la lucha y a la guerra. Se le llamó luz, se le llamó noche, padre, madre. Uno lo consideró como reposo, otro como movimiento, como fuego, como frío, como juez, como consolador, como creador, como destructor, como indulgente, como vengador. Dios mismo no se calificaba. Quería ser calificado, quería ser amado, quería ser alabado, maldecido, odiado, adorado. La música del coro universal era su templo y era su vida, pero no le importaba con qué nombre se le considerase, si se le quería o si se le odiaba, si en Él se buscaba reposo y sueño, o danza y frenesí. Todos podían buscar. Todos podían encontrar.

Klein percibió ahora su propia voz. Cantaba. Cantaba con voz nueva, potente, clara, sonora; cantaba fuerte y alto la alabanza de Dios, el elogio de Dios. En el vertiginoso flotar, entre millones de criaturas, cantaba él, un profeta y un precursor. Su canto resonaba potente, la bóveda de sonidos se elevaba. Dios, radiante, estaba sentado en su interior. La inmensa corriente le arrastró hacia

allí.

## El último verano de Klingsor

### NOTA PRELIMINAR

EL ÚLTIMO VERANO de su vida lo pasó el pintor Klingsor —contaba cuarenta y dos años de edad— en tierras meridionales, cerca de Pampambio, Careno y Laguno, lugar que le gustaba desde hacía tiempo y que había visitado con frecuencia. Allí surgieron sus últimos cuadros, aquellas paráfrasis Ubres de las formas del mundo de los fenómenos, aquellos raros, brillantes, pero tranquilos cuadros soñolientos con árboles encorvados y casas llenas de plantas, cuadros que los expertos prefieren a los de su época «clásica». Su paleta ya presentaba entonces pocos colores, muy brillantes: amarillo y rojo cadmio, verde veronés, esmeralda, cobalto, violeta-cobalto, bermellón francés y granza.

La noticia de la muerte de Klingsor sorprendió a sus amigos a finales de otoño. Algunas de sus cartas habían manifestado presentimientos o deseos de muerte. Por ello corrió el rumor de que se había suicidado. Rumor tan poco consistente como otras habladurías que circulaban y que resultan comprensibles tratándose de un nombre tan discutido. Se decía que Klingsor había enloquecido desde hacía meses. Un escritor poco perspicaz intentó explicar lo paradójico y extático de sus últimos cuadros por esta supuesta locura. Más fundamento que esta charlatanería tiene la leyenda, rica en anécdotas, sobre su inclinación a la bebida. Esta inclinación existía realmente aunque nadie la nombraba por su nombre, excepto el propio artista. En determinados momentos, y especialmente en los últimos meses de su vida, el beber con abundancia no sólo le proporcionaba alegría, sino que buscaba en la embriaguez consuelo a su dolor y a su tristeza, sentimientos que a menudo le resultaban insoportables. Li Tai Pe, autor de profundas canciones báquicas, era su poeta preferido; en sus borracheras muchas veces se llamaba a sí mismo Li Tai Pe y a uno de sus amigos le llamaba Thu Fu.

Sus obras sobreviven. En el pequeño círculo de sus íntimos perdura, sobre todo, la leyenda de su vida y de aquel último verano.

### KLINGSOR

Aquel verano se presentaba excitante y animado. Los calurosos días eran larguísimos y llameaban como banderas ardientes. A las cortas y bochornosas noches de luna seguían las cortas y bochornosas noches de lluvia; las resplandecientes semanas deliraban como sueños, rápidas y pobladas de

imágenes.

A medianoche, tras un paseo nocturno, Klingsor estaba en el estrecho balcón de piedra de su taller. Ante él se hundía profunda y vertiginosamente el viejo jardín, una aglomeración compacta de copas de árbol, palmeras, cedros, castaños, ciclamos, hayas, eucaliptos, llenos todos de enredaderas, lianas, glicinas. Sobre la negrura de los árboles brillaban pálidamente las grandes hojas metálicas de las magnolias de verano, gigantescas, blancas flores semiabiertas, grandes como la cabeza de un hombre, pálidas como la luna y el marfil, con un íntimo perfume de limón que ascendía de forma penetrante. De una imprecisa lejanía llegaba una lánguida música, tal vez una guitarra, tal vez un piano; no podía precisarse. De pronto en el patio gritó un pavo real, dos, tres veces; desgarró la noche boscosa con el sonido corto, desagradable y seco de su voz atormentada, como si el canto de todos los animales del mundo brotase de forma colosal y estridente de las profundidades. La luz de las estrellas se derramaba sobre el valle; en lo alto del bosque surgía una ermita abandonada, blanca, encantadora y antigua. Lago, montañas y cielo se fundían a lo lejos.

Klingsor estaba en mangas de camisa, con los desnudos brazos apoyados en la barandilla del balcón. Leía, malhumorado, con ardientes ojos, la escritura de las estrellas sobre el pálido cielo y la de las luces suaves sobre el negro e informe nubarrón de los árboles. El pavo real le hizo recordar. Sí, era otra vez de noche, tarde, y hubiera tenido que dormir a cualquier precio, a todo trance. Tal vez si realmente durmiera durante una serie de noches, seis u ocho horas a fondo, tal vez conseguiría rehacerse, los ojos volverían a ser dóciles y pacientes, el corazón se tranquilizaría y el sueño no dolería, Pero este verano se iba terminando, este ardiente e increíble sueño de verano. Con él se habían derramado miles de copas no bebidas, se habían roto miles de miradas de amor no realizado, se habían borrado miles de imágenes irre recuperables.

Colocó la frente y los doloridos ojos sobre el antepecho de hierro. Le refrescó por un momento. Dentro de un año, o tal vez antes, estos ojos estarían ciegos y el fuego de su corazón extinguido. Nadie podía resistir mucho tiempo vida tan ardiente, ni siquiera él, Klingsor, el de las diez vidas. Nadie podía consumir día y noche, durante mucho tiempo, toda su luz, todo su fuego; nadie podía arder perpetuamente, día y noche; cada día largas horas de trabajo apasionado, cada noche largas horas de pensamientos enfebrecidos, siempre en tensión, siempre creando, siempre con todos los sentidos y los nervios lúcidos y despiertos, como un castillo tras cuyas ventanas resonara sin ce-música y ardieran miles de cirios, día tras día, noche tras noche. Todo iba a terminar. Había gastado muchas energías, había quemado mucha luz, había consumido mucha vida.

De pronto se enderezó y se echó a reír. A menudo había sentido algo semejante, a menudo lo había pensado, lo había temido. En todas las épocas

buenas, fructíferas y creadoras de su vida, incluso en su juventud, había vivido así, había quemado la vela de su existencia por los dos extremos, con un sentimiento alegre unas veces, desconsolado otras, de rabioso derroche, de combustión, con un ansia desesperada de apurar totalmente la copa y con un profundo y disimulado miedo al fin. Con mucha frecuencia su vida había transcurrido así: vaciar la copa, arder en llamas. En ocasiones estos periodos habían terminado suavemente, como un profundo e inconsciente sueño invernal. En otras había sido terrible, desolación absurda, dolor infinito, médicos, triste renuncia, triunfo de la debilidad. Y la verdad era que cada vez el fin de una época fructífera resultaba peor, más triste, más destructor. Pero siempre había sobrevivido y, tras semanas o meses de tormento y aturdimiento, venía la resurrección, el nuevo ardor, la nueva erupción del fuego subterráneo, nuevas obras apasionadas, nueva embriaguez de vida. Ocurría así y se olvidaba y enterraba el miserable intervalo de tormento y negación. Así estaba bien. Pasaría, como había pasado tantas veces.

Con una sonrisa en los labios pensó en Gina a quien había visto por la tarde; sus pensamientos afectuosos habían jugado con ella durante todo el camino de regreso a casa. ¡Era tan hermosa y cálida en su inexperto y miedoso ardor! Juguetón y afectuoso se dijo a sí mismo, como si lo murmurase al oído de ella:

– ¡Gina! ¡Gina! ¡Cara Gina! ¡Carina Gina! ¡Bella Gina!

Entró en la habitación y encendió la luz. De un desordenado montón de libros cogió un volumen rojo de poesías; le gustaba un poema, un fragmento, que le parecía hermosísimo, afectuoso. Buscó hasta encontrarlo.

*¡No me abandones en la noche, en el dolor,  
Tú, mi preferida, tú mi cara de luna!  
¡Oh, tú, mi fuego, mi vela,  
Tú, mi sol y mi luz!*

Saboreó con delectación el oscuro vino de estas palabras. ¡Qué bonito, qué íntimo y delicioso!: «¡Oh, tú, mi fuego, mi vela!» Y «¡Tú, mi cara de luna!»

Sonriente anduvo de un lado a otro ante el balcón; recitó los versos, llamó a la lejana Gina: «¡Oh, tú, mi cara de luna!» La ternura oscureció su voz.

Abrió la carpeta que había llevado consigo durante toda aquella larga jornada de trabajo. Cogió el bloc de los bocetos, el pequeño, su predilecto, y buscó en las últimas hojas, las de ayer y hoy. Allí estaba la cima de la montaña con las profundas sombras de los peñascos. La había modelado como una caricatura, la montaña parecía gritar, aullar de dolor. Allí estaban el pequeño pozo de piedra, semicircular, en la pendiente del monte; el arco amurallado lleno de sombras negras; encima, un granado en flor, rojo como la sangre. Todo únicamente para que él lo leyera, escritura cifrada comprensible sólo para él,

apunte apresurado del momento, recuerdo arrancado a cada instante, en el que concordaban nueva y poderosamente la naturaleza y el corazón. Y ahora esbozos de colores, de mayor dimensión; blancas hojas con luminosos planos de pintura a la aguada: la villa roja en el bosquecillo, encendida como un rubí sobre terciopelo verde; el puente de hierro de Castiglia, rojo sobre montaña verde-azul y a su lado el muelle violeta, las calles rosadas. Luego la chimenea de la fábrica de ladrillos, rojos cohetes delante del verde —claro y frío— arbolado, un indicador de camino azul, un cielo violáceo con espesas nubes, como aplastadas. Esta hoja estaba bien, podía dejarse. La entrada al establo era una pena, el color castaño delante del cielo de acero estaba bien, hablaba, sonaba, pero sólo estaba terminado a medias. El sol se había reflejado en la hoja y le había producido un intenso dolor en los ojos. Después, durante mucho rato, se estuvo bañando el rostro en un arroyo. Pero el canela delante del azul metálico estaba allí, estaba bien, no estaba falseado o malogrado en el más mínimo tono, en la más pequeña vibración. Sin el *caput mortuum* no se hubiera conseguido. Aquí, en este terreno, radicaba el misterio. Las formas de la naturaleza, su situación en el espacio, su grosor y su delgadez podían dislocarse. Se podía renunciar a estos honrados instrumentos con que se imita a la naturaleza. También se podían falsear los colores, se podían intensificar, diluir, transformar de mil maneras distintas. Pero si se quería recomponer con colores un pedazo de naturaleza, sucedía que la pareja de colores complementarios se hallaba exactamente en idéntica relación y tensión que en la naturaleza. Uno estaba determinado, seguía siendo naturalista aunque cogiese el naranja en lugar del gris o el grana en lugar del negro.

Había malgastado otro día. El rendimiento había sido escaso: la hoja con la chimenea de la fábrica y el tono morado sobre la otra hoja y, quizás, el boceto con el pozo. Por la mañana, con el cielo encapotado, había ido a Carabbina. Allí estaba la galería con las lavanderas. Podía llover de nuevo. Se quedó en casa y empezó el cuadro del arroyo al óleo. ¡Y ahora a la cama! Ya había transcurrido otra hora.

En el dormitorio se quitó la camisa y se echó agua sobre los hombros; el líquido chasqueó al caer sobre el rojo suelo de piedra. Saltó a la cama y apagó la luz. Por la ventana veía el pálido Monte Salute. Miles de veces Klingsor había leído en sus formas desde la cama. Llegó de la profundidad del bosque un grito de lechuza; profundo y cavernoso como el sueño, como el olvido.

Cerró los ojos y pensó en Gina y en la galería con las lavanderas. ¡Dios del cielo, tantos miles de cosas esperaban, tantos miles de copas estaban llenas! ¡En el mundo no había nada que no se tuviera que pintar! ¿Por qué existía el tiempo? ¿Por qué siempre esa estúpida sucesión y ninguna simultaneidad efervescente, saciadora? ¿Por qué estaba ahora, de nuevo, solo en la cama, como un viudo, como un anciano? En toda la corta vida uno podía disfrutar, podía crear, pero

siempre cantaba una canción después de otra, nunca se oía toda la sinfonía, con todas sus cien voces e instrumentos al mismo tiempo.

Tiempo atrás, a los doce años, Klingsor había sido *el de las diez vidas*. En aquella época entre los muchachos había un juego de bandoleros. Cada uno de los bandoleros tenía diez vidas de las que perdía una cada vez que el perseguidor le tocaba o le alcanzaba con una flecha. Uno aún podía salvarse y escaparse con seis, con tres e incluso con una sola vida, pero con la décima estaba todo perdido. Él, Klingsor, sin embargo había puesto todo su orgullo en vivir con todas sus diez vidas y consideraba una deshonra escapar con nueve o con siete. Así había sido de niño, en aquel tiempo increíble en que nada en el mundo era imposible, en que nada en el mundo era difícil, en que todos querían a Klingsor, en que Klingsor mandaba a todos, en que todo pertenecía a Klingsor. Lo había seguido haciendo así y siempre había vivido con diez vidas. Y aunque nunca se podía lograr la saciedad, la plena sinfonía efervescente, su canción tampoco había sido a una sola voz, ni pobre, siempre había tenido un par de cuerdas más en su música que los demás, un par de hierros más en el fuego, un par de táleros más en la bolsa, un par de caballos más en el coche. ¡A Dios gracias!

¡Qué pleno y palpitante sonaba el oscuro silencio del jardín, igual que la respiración de una mujer dormida! ¡Cómo gritaba el pavo real! ¡Cómo ardía el fuego en el pecho! ¡Cómo latía el corazón, y gritaba y padecía y se regocijaba y sangraba! Realmente era un buen verano el de Castagnetta. Vivía feliz en sus viejas y nobles ruinas; feliz contemplaba desde lo alto las espaldas de oruga de los cien castañares. Era bonito bajar de este viejo y noble mundo de bosques y castillos y observar el alegre y multicolor juguete y pintarlo en toda su viveza: la fábrica, el ferrocarril, los tranvías azules, la columna de anuncios en el muelle, los orgullosos pavos reales, mujeres, curas, automóviles. ¡Qué bella, torturadora e incomprensible era aquella sensación en su pecho, aquel ansia, aquel anhelo trémulo por cada retazo de color de la vida, aquella dulce y salvaje obligación de mirar y de crear y, al mismo tiempo, oculta, semiescondida, la íntima sensación de lo infantil e inútil de sus acciones!

La corta noche de verano se derritió delirante, de la verde profundidad del valle ascendía el vapor, la savia hervía en centenares de miles de árboles, cientos de miles de sueños brotaban en el ligero dormir de Klingsor, su alma vagaba por la sala de los espejos de su vida, donde todas las imágenes se multiplicaban, cada vez con un nuevo aspecto y un nuevo significado, y cada vez contraían nuevas relaciones entre ellas como si en un cubilete se agitara continuamente un firmamento de estrellas.

Hubo una imagen entre las muchas que soñó que le encantó y conmovió: estaba en un bosque y en su regazo tenía a una mujer pelirroja, una morena se

apoyaba en su hombro, otra estaba de rodillas ante él, sostenía su mano y le besaba los dedos. Por doquier le rodeaban mujeres y muchachas, algunas niñas todavía, con largas y delgadas piernas, otras en plena floración, otras maduras con los rostros marcados por el saber y la fatiga. Todas le amaban y todas querían ser amadas por él. Entonces estalló la guerra y el fuego entre las mujeres, la pelirroja agarró con mano rápida el pelo de la morena y la tiró al suelo, pero ella misma también fue derribada; unas se lanzaban contra las otras, todas gritaban, se empujaban, mordían, se hacían daño y sufrían. Sonaban risas, gritos furiosos y aullidos de dolor se mezclaban y enlazaban, la sangre manaba por doquier, las uñas se clavaban sanguinariamente en la fina carne.

Con una sensación de dulce melancolía y congoja Klingsor se despertó unos minutos; sus ojos muy abiertos miraban fijamente el vano de la pared. Ante su mirada permanecían los rostros espasmódicos de las mujeres. A muchas de ellas las conocía y las llamaba por sus nombres: Nina, Hermine, Elisabeth, Gina, Edith, Berta. Y con la voz ronca de dormir decía:

—¡Niñas, terminad! ¡Vosotras me engaños, me engaños, no deberíais despedezaros entre vosotras, sino a mí, a mí!

## Louis

Louis el Cruel había caído del cielo, apareció inesperadamente. Era un viejo amigo de Klingsor, el viajero, el caprichoso, que vivía en el tren y su taller estaba en la mochila. Aquel día cayeron del cielo horas buenas, soplaron vientos propicios. Pintaron juntos en el monte de olivos y en Cartago.

—En realidad, ¿tiene algún valor toda esta pintura? —dijo Louis en el monte de olivos, tumbado sobre la hierba, desnudo y con la espalda roja del sol—. Uno sólo pinta *a faute de mieux*, querido. Si siempre tuvieras en tu regazo a la muchacha que te gusta y en el plato la sopa que deseas, no te atormentarías con bagatelas tan absurdas. La naturaleza tiene diez mil colores y nosotros nos hemos empeñado en reducir la escala a veinte. Eso es la pintura. Nadie está nunca contento y uno aún tiene que ayudar a que los críticos se alimenten. En cambio, una buena sopa marsellesa de pescado, caro mío, con un poco de vino templado de Borgoña, .después una escalopa milanesa y de postre peras y gorgonzola y un café turco, ¡eso son realidades, señor mío!, ¡eso son valores! ¡Qué mal se come aquí, en vuestra Palestina! Dios mío, quisiera estar en un cerezo y que las cerezas brotasen de mi boca y que justo encima mío, en la escalera, estuviera la morena ardiente que hemos encontrado esta mañana temprano. ¡Klingsor, deja de pintar! Te invito a una buena comida en Laguno, pronto va a ser hora de comer.

— ¿Vale la pena? — preguntó Klingsor parpadeando.

— La vale. Sólo que antes debo ir a toda prisa a la estación. Es que, lo confieso francamente, he teleografiado a una amiga diciéndole que estoy a punto de morir; es posible que esté aquí hacia las once.

Entre risas, Klingsor rompió el estudio que había empezado.

— Tienes razón, joven. ¡Vayamos a Laguno! Ponte la camisa, Luigi. Aquí las costumbres son muy ingenuas, pero por desgracia no puedes ir desnudo a la ciudad.

Fueron a la ciudad, entraron en la estación. Llegó una mujer bonita. Comieron bien en un restaurante y Klingsor, que en sus meses de vida campestre había olvidado todo esto, se quedó asombrado de que todavía existiesen tales cosas, queridas y agradables cosas: truchas, jamón asalmonado, espárragos, Chablis, Dole de Valais, Benedictino. Después de comer, los tres subieron en un funicular por la empinada ciudad; pasaron entre casas, por delante de ventanas y jardines colgantes; era muy bonito. No se apearon y volvieron a descender, y de nuevo arriba y abajo. El mundo era bello y extraordinario, multicolor, algo dudoso, algo inverosímil, pero sin embargo maravilloso. Klingsor estaba un poco tímido, aparentaba sangre fría, no quería enamorarse de la bella amiga de Luigi. Fueron de nuevo a un café, pasearon por un vacío parque meridional, se tumbaron junto al agua, a la sombra de enormes árboles. Vieron muchas cosas que deberían ser pintadas: casas rojas de piedras preciosas sobre un verde intenso, zumaques cubiertos de azul y ocre.

— Has pintado cosas agradables y divertidas, Luigi — dijo Klingsor —, y todas me gustan mucho: astas de bandera, payasos, circos; pero la que prefiero es una mancha en tu cuadro del carrusel nocturno. ¡Sabes, sobre la marea violeta y lejos de toda luz ondea muy arriba en la noche una pequeña bandera fresca, rosa claro, tan bonita, tan limpia, tan terriblemente sola! Es como un poema de Li Tai Pe o de Paul Verlaine. En esta pequeña y estúpida bandera rosa está todo el dolor y la resignación del mundo y también toda la risa que provoca el dolor y la resignación. Te agradezco mucho que hayas pintado esta banderita que justifica tu vida. — Ya sé que te gusta.

— A ti también te gusta. Mira, si no hubieras pintado cosas como ésta, todas las buenas comidas, vinos, mujeres y cafés no te servirían para nada, serías un pobre diablo. Pero así, eres un rico diablo y eres un tipo a quien uno aprecia. Ves, Luigi, yo a menudo pienso como tú: todo nuestro arte es una simple sustitución, una sustitución penosa y que uno paga diez veces demasiado cara, de una animalidad perdida, de un amor perdido. Pero, sin embargo, no es así. Es completamente distinto. Se sobrevalora lo físico si se considera lo espiritual como una mera sustitución de lo físico ausente. Lo físico no es ni pizca más valioso que el espíritu, como tampoco lo es al revés. Lo mismo da, todo es igual

de bueno. Es exactamente idéntico abrazar a una mujer o escribir un poema. Como lo importante es el amor, el ardor, la ternura, entonces da igual que seas monje en el Monte Athos o calavera en París.

Louis miró con ojos burlones.

— ¡Joven, no te quites ningún adorno!

Los dos, junto con la hermosa mujer, vagaron por la comarca. Ambos tenían una mirada aguda. Era su fuerza. En las pequeñas ciudades y aldeas de los alrededores vieron Roma, Japón, vieron los Mares del Sur pero volvieron a destruir sus ilusiones con dedos juguetones; su capricho encendía estrellas en el cielo y las volvía a apagar. Hacían que sus juegos de artificio atravesaran las exuberantes noches; el mundo era burbujas de jabón, era ópera, era alegre locura.

Louis, el pájaro, deambulaba sobre su bicicleta por las colinas, iba de un lado a otro, mientras Klingsor pintaba. Algunos días los sacrificaba Klingsor, luego se sentaba fuera, obstinado y trabajaba. Louis no quería trabajar. Súbitamente Louis se marchó con su amiga, y escribió una postal desde muy lejos. De pronto reapareció cuando Klingsor ya lo daba por perdido; se presentó a la puerta con el sombrero de paja y la camisa abierta, como si nunca se hubiera marchado. Y Klingsor volvió a beber la copa más dulce de su juventud: la bebida de la amistad. Tenía muchos amigos, muchos le querían, a muchos se había dado, a muchos había abierto su impulsivo corazón, pero sólo dos aún oyeron de sus labios, durante este verano, la vieja llamada del corazón: Louis el pintor y el poeta Hermann, llamado Thu Fu.

Louis pasaba muchos días en el campo, en su silla de pintor, a la sombra de los perales y de los ciruelos, pero no pintaba. Estaba sentado y pensaba; tenía un papel clavado en el caballete y escribía, escribía mucho, escribía muchas cartas. ¿Son felices las personas que escriben tantas cartas? Louis el despreocupado escribía intensamente, su mirada quedaba penosamente prendida del papel durante horas. Estaba ensimismado. Por eso le quería Klingsor.

Klingsor actuaba de otra manera. No podía callar. No podía ocultar su corazón. A sus amigos más íntimos les hablaba de las secretas penas de su alma, pocos las conocían. A veces tenía miedo, melancolía, a veces estaba preso en el pozo de las tinieblas, a veces descomunales sombras de su vida anterior caían sobre sus días y los ensombrecían. Entonces le gustaba ver la cara de Luigi. Entonces se le confiaba.

Pero Louis no veía con gusto estas debilidades. Le atormentaban, pedían compasión. Klingsor se acostumbró a mostrar su corazón al amigo y comprendió demasiado tarde que de esta manera le perdía.

Louis empezó a hablar otra vez de marcharse. Klingsor sabía que podría retenerle algunos días, tres, cinco, pero que un día, de pronto, le enseñaría la

maleta preparada y se marcharía para no volver en mucho tiempo. ¡Qué corta era la vida, qué irreparable era todo! A los pocos amigos que comprendían plenamente su arte y cuyo arte era próximo y parecido al suyo los había asustado y molestado, los había disgustado y enfriado con su tonta debilidad y comodidad; meramente por la necesidad pueril e indecorosa de no tener que esforzarse ante un amigo, de no conservar una actitud ante él. ¡Qué tonto y qué pueril había sido! Así se reprendía Klingsor, demasiado tarde.

Durante los últimos días, rondaron juntos por los dorados valles. Louis tenía muy buen humor, viajar era un placer vital para su corazón de pájaro. Klingsor participaba. De nuevo habían encontrado el viejo tono ligero, juguetón y burlón, que ya no abandonaron más. Una tarde se sentaron en el jardín de la taberna. Encargaron pescado frito, arroz con setas y echaron marrasquino sobre los melocotones.

—¿Adonde vas a ir mañana? —preguntó Klingsor.

—No lo sé.

—¿Irás a casa de aquella hermosa mujer?

—Sí. Quizá. ¿Quién puede saberlo? No preguntes tanto. Ahora, para terminar, vamos a beber un buen vino blanco. Yo voto por un Neuchâtel.

Bebieron. De improviso Louis gritó:

—Es magnífico partir, viejo lobo de mar. Muchas veces, cuando estoy sentado cerca de ti, como ahora, por ejemplo, de repente me vienen a la cabeza tonterías. Me imagino que aquí están sentados los dos pintores que tiene nuestra querida patria, y siento una horrible sensación en las rodillas, como si los dos fuésemos de bronce y tuviéramos que estar en un monumento cogidos de la mano, sabes, como Goethe y Schiller. Al fin y al cabo ellos no tienen ninguna culpa de tener que estar eternamente de pie y cogidos de la mano de bronce, y de que se nos hayan hecho poco a poco tan fastidiosos y odiosos. Quizá fueron tipos realmente sutiles y muchachos encantadores; hace tiempo leí una obra de Schiller, verdaderamente bonita. Y ahora se le ha convertido en esto, en un animal famoso y que ha de estar junto a su hermano siamés, una cabeza de yeso junto a la otra. Y uno ve que sus obras reunidas forman corro y son explicadas en las escuelas. Es espantoso. Imagínate dentro de cien años a un profesor predicando a los estudiantes de bachillerato: Klingsor, nacido en 1877, y su contemporáneo Louis, llamado el Glotón, renovaron la pintura, liberaron el color del naturalismo; en un examen más detallado esta pareja de artistas se divide en tres periodos claramente discernibles... Antes prefiero arrojarme bajo una locomotora, hoy mismo.

—Sería inteligente, los profesores irían a parar bajo el tren.

—No existen locomotoras tan grandes. Ya sabes lo mezquina que es nuestra técnica.

Las estrellas ya se habían levantado. De pronto Louis chocó su vaso con el de su amigo.

– Bien. Brindemos y bebamos. Luego me sentaré en mi bicicleta y *adieu*. ¡Sin largas despedidas! El tabernero ya está pagado. ¡A tu salud, Klingsor!

Brindaron, vaciaron los vasos, Louis se subió a la bicicleta, agitó el sombrero y se marchó. Noche, estrellas, Louis estaba en China. Louis era una leyenda.

Klingsor sonrió tristemente. ¡Cuánto quería a aquella ave de paso! Permaneció mucho rato sobre la grava del jardín de la taberna, mirando la calle vacía.

#### EL DÍA DE CARENNO

Juntamente con los amigos de Barengo y con Agosto y Ersilia, Klingsor emprendió una excursión a Carenno. Salieron por la mañana temprano, marcharon en medio de flores de intenso perfume y de temblorosas telarañas cubiertas aún de rocío que jalonaban el camino. Atravesaron el cálido y escarpado bosque hacia el valle de Pampambio, donde en las amarillas calles dormían deslumbradoras casas, aturdidas por el día canicular, inclinadas y medio en ruinas. En el seco riachuelo, blancos sauces colgaban con pesadas alas sobre los prados dorados. La caravana multicolor de amigos navegaba por los caminos rosáceos a través del vaporoso valle: los hombres de blanco y amarillo, en seda y lino, las mujeres de blanco y rosa; la maravillosa sombrilla verde veronés de Ersilia centelleaba como una alhaja en una sortija mágica.

El doctor se lamentó melancólicamente con voz bondadosa.

– Es una lástima, Klingsor, sus magníficas acuarelas se volverán blancas dentro de diez años. Estos colores que usted prefiere, no resisten.

Klingsor:

– Sí, y lo que es peor, sus hermosos cabellos castaños, doctor, dentro de diez años serán grises, y un poco más tarde nuestros lindos y alegres huesos yacerán en algún hoyo. Por desgracia, también sus hermosos y sanos huesos, Ersilia. Muchachos, no queramos comenzar a ser razonables en la vida tan tarde. Hermann, ¿cómo dice Li Tai Pe? Hermann, el poeta, se detuvo y recitó:

*La vida pasa como un relámpago,  
cuyo brillo apenas hay tiempo de ver  
Aunque la tierra y el cielo se paren,  
qué veloz vuela el tiempo sobre el rostro del hombre.  
¡Oh, tú, que estás ante una copa llena y no bebes!  
Dime, ¿a quién esperas todavía?*

—No —dijo Klingsor—, me refiero al otro verso, el de los cabellos que por la mañana aún eran negros. Al punto Hermann dijo el verso:

*Por la mañana aún relucían tus cabellos como negra seda,  
por la tarde la nieve ya se ha posado en ellos.  
¡Quien no quiera soportar su cuerpo vivo muriendo,  
que agite la copa y desafíe, como a un amigo, a la Luna!*

Klingsor rió fuerte, con voz algo ronca.

—¡Viva Li Tai Pe! Tenía idea, sabía todo. Nosotros también sabemos todo, él es nuestro viejo hermano inteligente. Le hubiera gustado este día embriagador, como el de hoy. Sería hermoso que en una tarde así muriese Li Tai Pe en una barca sobre un río tranquilo. Veréis como hoy todo será maravilloso.

—¿Qué clase de muerte tuvo Li Tai Pe sobre el río? —preguntó la pintora.

Pero Ersilia interrumpió con su hermosa voz profunda.

—¡No, basta! ¡A quien diga otra palabra sobre la muerte y sobre el morir, no le querré más! *Finisca adesso, brutto Klingsor!*

Klingsor se acercó a ella riendo.

—¡Cuánta razón tiene usted, *bambina*! Si digo otra palabra sobre morir, puede pegarme con la sombrilla en los dos ojos. ¡Pero, en serio, hoy es un día maravilloso, queridos amigos! Hoy canta un pájaro que es de leyenda; ya le oí por la mañana. Hoy sopla un viento mágico, el niño celestial despierta a las princesas durmientes y sacude el entendimiento de las cabezas. Hoy florece una flor legendaria y azul; sólo florece una vez en la vida y quien la cuida obtiene la gloria.

—¿Quiere decir algo con esto? —preguntó Ersilia al doctor. Klingsor la oyó.

—Quiero decir que este día no vuelve jamás y a quien no lo coma, lo beba, lo saboree, lo respire, no se le ofrecerá por segunda vez en toda la eternidad. Nunca brillará el sol como hoy; hoy hay una constelación en el cielo, una relación con Júpiter, conmigo, con Agosto y Ersilia y con todos nosotros que nunca jamás volverá en mil años. Por esto, porque lleva suerte, quisiera ir un rato a su izquierda y llevar su sombrilla de color esmeralda; bajo su luz mi cabeza parecerá un ópalo. Pero usted también debe contribuir y cantar una canción, una de las más bonitas que sepa.

Tomó del brazo a Ersilia, su rostro afilado se suavizó a la sombra verdeazulada de la sombrilla de la que estaba enamorado, le encantaban sus vivos y dulces colores.

Ersilia empezó a cantar:

*Il mio papa no vuole*

*Ch'io spos'un bersaglier.*

Se le unieron varias voces. Siguieron cantando hasta llegar a un bosque, hasta que la cuesta se hizo demasiado empinada; el camino iba por una especie de escalera escarpada, por entre helechos, hacia la gran montaña.

— ¡Qué maravillosamente lineal es esta canción! — alabó Klingsor —. El *papa* está contra los amantes, como sucede siempre. Ellos cogen un cuchillo bien afilado y matan al *papa*. Fuera con él. Lo hacen por la noche, no les ve más que la Luna que no les traiciona, y las estrellas que son mudas, y el buen Dios que ya les perdonará. ¡Qué bonito y sincero es esto! A un poeta actual se le apedrearía por una cosa así.

Trepaban por el angosto sendero del monte, a la sombra juguetona de los castaños. Cuando Klingsor alzó la vista, vio las delgadas pantorrillas de la pintora que brillaban rosadas a través de las medias transparentes. Miró hacia atrás y el turquesa de la sombrilla se arqueó sobre la negra cabeza de Ersilia. Iba vestida de seda violeta, la única figura oscura entre todas.

Junto a un caserío, azul y naranja, encontraron manzanas verdes caídas sobre la hierba, frescas y ácidas; las probaron. La pintora habló entusiasmada de una excursión que hizo por el Sena, en París, antes de la guerra. ¡Sí, París y el feliz pasado!

— No volverá nunca jamás.

— Ni debe volver — gritó el pintor violentamente y meneó furiosamente la recia cabeza de gavilán —. ¡Nada debe volver! ¿Para qué? ¡Qué clase de deseos infantiles son éstos! La guerra ha convertido todo lo anterior, incluso lo más estúpido, lo más superfluo, en un paraíso. Bien. Era hermoso París y Roma y Arles. ¿Pero es el hoy y el aquí menos hermoso? El paraíso no es París ni el tiempo de paz, el paraíso está aquí arriba, en la montaña; dentro de una hora estaremos en él y encontraremos al buen ladrón al que se dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.» Salieron de la sombra salpicada de luz que el bosque proyectaba sobre el sendero y pasaron a la ancha carretera que, cálida y luminosa, conducía a lo alto en grandes espirales. Klingsor, con los ojos protegidos por unas gafas verdeoscuroas, iba el último y a menudo se rezagaba para ver el movimiento de las figuras y sus constelaciones de colores. No había llevado nada para trabajar, adrede, ni el pequeño cuaderno de apuntes. Muchas veces permanecía quieto, emocionado por las imágenes. Su enjuta figura, blanca sobre la carretera rojiza, se destacaba solitaria al borde del bosquecillo de acacias. El verano caía ardiente sobre la montaña, la luz fluía perpendicular hacia abajo, los colores exhalaban cientos de vapores desde la profundidad. Sobre las montañas cercanas de tonos verdes y rojos con aldeas blancas, aparecían sendas azuladas. Más lejos otros caminos más luminosos y más azules y en último

término los picos cristalinos e irreales de las montañas nevadas. Por encima del bosque de acacias y castaños sobresalía libre y poderosa la cresta rocosa y la cumbre agreste del Salute, de tonos rojizos y violeta claro. Lo más bello de todo eran las personas; parecían flores bajo una luz tamizada de verde; la sombrilla esmeralda brillaba como un enorme escarabajo, debajo el negro cabello de Ersilia, luego la blanca y esbelta pintora de rostro sonrosado, y todos los demás. Klingsor les sorbía con ojos sedientos, pero sus pensamientos estaban junto a Gina. No la volvería a ver hasta dentro de una semana. Estaba sentada en un despacho de la ciudad y escribía a máquina. Sólo lograba verla raras veces y nunca sola. Él la amaba, precisamente a ella que no sabía nada de él, que no le conocía, que no le comprendía; para ella él sólo era una rara y exótica ave, un famoso pintor extranjero. Era extraño que su deseo estuviese pendiente precisamente de ella, que ninguna otra copa amorosa le saciase. No estaba acostumbrado a rondar mucho tiempo a una mujer. A Gina la rondaba para estar una hora a su lado, para sostener sus dedos delgados y pequeños, para meter su zapato debajo del de ella, para depositar un rápido beso en su nuca. Pensaba mucho en esto, ya que para él mismo era un curioso enigma. ¿Era el viraje? ¿La edad? ¿Era simplemente la mutación de los catorce a los veinte años?

Habían alcanzado la cresta del monte y al otro lado se ofrecía a la vista un nuevo mundo: elevado e irreal, el Monte Gennaro, formado por pirámides y conos agudos y puramente escarpados, detrás el sol oblicuo; y todas las mesetas, relucientes como el esmalte, flotando sobre sombras de un violeta profundo. Aquí y allí el aire vibrante y, perdido en el fondo infinito, el pequeño brazo de mar azul, tranquilo y fresco tras las verdes llamas del bosque.

Sobre la cresta montañosa una diminuta aldea: una propiedad señorial con una pequeña vivienda, cuatro o cinco casas más de piedra, pintadas de azul y rosa, una capilla, una fuente, cerezos. El grupo se detuvo al sol junto a la fuente, Klingsor siguió adelante, atravesó el arco de un portal y entró en un sombreado caserío; en la parte de arriba había tres casas azuladas, con pocas ventanas, en el centro hierba y guijarros, una cabra, ortigas. Una cría corrió al verle. Él la llamó y sacó chocolate del bolsillo. La niña se detuvo, lo cogió, lo acarició lo comió; era tímida y hermosa, una pequeña morena con ojos asombrosamente negros, con piernas delgadas, desnudas y brillantes.

— ¿Dónde vives? — le preguntó. Ella corrió hasta una puerta cercana que se abría en la hilera de casas. Una mujer surgió de un oscuro portal de piedra, como de una cueva prehistórica. Era su madre y también cogió chocolate. Un cuello moreno salía de un sucio vestido, un rostro ancho y firme, tostado por el sol, hermoso, boca gruesa, ojos grandes, de un encanto dulce y agreste; madre e hija evocaban clara y calladamente un lejano origen oriental. La saludó con gesto seductor, ella retrocedió sonriendo y colocó a la niña entre los dos. Él siguió

adelante, decidido a volver. Quería pintar a esa mujer, o ser su amante, aunque sólo fuera una hora. Lo era todo: madre, niño, amante, animal, *madonna*.

Lentamente regresó junto a sus amigos, con el corazón lleno de sueños. La finca principal parecía cerrada y vacía. En sus muros estaban incrustadas viejas y rugosas balas de cañón. Una graciosa escalera conducía a través de la maleza a un bosquecillo y a una colina. En lo alto había un monumento, un busto barroco y solitario, vestido de Wallenstein, con tirabuzones y perilla rizada. Una atmósfera fantasmal y fantástica se extendía por el monte, bajo la luz brillante del mediodía; algo extraordinario acechaba, el mundo estaba afinado en otro tono lejano. Klingsor bebió en la fuente, llegó volando una mariposa y sorbió en las gotas salpicadas sobre el borde de caliza.

Después de la cresta el sendero seguía adelante, bajo castaños, bajo nogales, soleado, sombreado. En un recodo, una ermita vieja y amarilla; en la hornacina, restos de viejas pinturas, una cabeza de santo angelical e infantil, un pedazo de vestidura roja y marrón, el resto estaba desmenuzado. A Klingsor le gustaban mucho las pinturas antiguas, cuando aparecían de improviso, le gustaban este tipo de frescos, le gustaba que esas hermosas obras volviesen al polvo y a la tierra.

Más árboles, vides, calles calurosas y cegadoras, otro recodo. Allí estaba su objetivo, repentino e inesperado: un pórtico oscuro, una iglesia alta y grande de piedra roja, un lugar lleno de sol, polvo y paz que clamaba alegre y confiadamente al cielo, césped ardiente que crujía bajo los pies, la luz del mediodía que rebotaba en las deslumbrantes paredes, una columna, una figura encima, invisible debido al torrente de sol, una balastrada de piedra alrededor de una ancha plaza sobre el azul infinito. Más allá la aldea, Careno, muy antigua, estrecha, tenebrosa, sarracena; sombrías cuevas de piedra bajo tejas marrones descoloridas, callejuelas agobiadoramente estrechas y oscuras y, de pronto, pequeñas plazuelas chillando al blanco sol; África y Nagasaki; encima el bosque, debajo el azul despeñadero, arriba nubes blancas, gruesas y satisfechas.

— ¡Es cómico! — dijo Klingsor — ¡El tiempo que se necesita para conocer un poco de mundo! Una vez, cuando fui a Asia, hace años, pasé de noche con el rápido a seis kilómetros de aquí, quizá diez, y no sabía nada. Entonces iba a Asia y en aquel momento necesitaba hacerlo. Pero todo lo que hallé allí, también lo encuentro hoy aquí: selva, calor, hermosas gentes, extrañas y tranquilas, sol, santuarios. ¡Se necesita tanto tiempo para aprender a visitar en un solo día tres continentes! Aquí están. ¡Bienvenida, India! ¡Bienvenida, África! ¡Japón!

Los amigos conocían a una joven que vivía allí arriba. Klingsor se alegró mucho de la visita a la desconocida. Él la llamaba reina de las montañas, título de una misteriosa narración oriental de un libro de su adolescencia.

Impaciente, la caravana atravesó la azul garganta sombreada de la calleja;

nadie, ningún ruido, ninguna gallina, ningún perro. Pero en la penumbra de una ventana Klingsor vio una silenciosa figura, una hermosa muchacha de ojos negros, con un pañuelo rojo en su pelo azabache. Su mirada, que acechaba calladamente a los extranjeros, se encontró con la suya, se miraron durante una larga respiración, hombre y muchacha, a los ojos, plena y gravemente, dos mundos extraños unidos por un instante. Entonces los dos se sonrieron rápida e íntimamente, el eterno saludo del sexo, la ansiosa, dulce y vieja enemistad. Con un simple paso hacia la esquina de la casa el extranjero se había esfumado, quedaba en el arcano de la muchacha, imagen junto a muchas imágenes, sueño junto a muchos sueños. El pequeño aguijón punzó el corazón nunca saturado de Klingsor, vaciló un instante y pensó en volver atrás; Agosto le llamaba, Ersilia empezaba a cantar. Un muro sombreado desaparecía a lo lejos, había una pequeña y clara plaza, silenciosa y deslumbrante bajo el mediodía encantado, con dos palacios amarillos, pequeños balcones de piedra, postigos cerrados, espléndido escenario para el primer acto de una ópera.

– Llegada a Damasco – dijo el doctor –. ¿Dónde vive Fátima, la perla de las mujeres?

La respuesta llegó de forma sorprendente del pequeño palacio. De la fresca penumbra que se percibía tras el balcón entreabierto, brotó un sonido extraño, otro y de nuevo diez veces, luego una octava más alta, otras diez veces; estaban afinando un piano, un piano que cantaba, lleno de sonido en medio de Damasco.

Ahí debía ser, ahí vivía ella. Pero la casa parecía no tener portal, sólo el muro amarillorrosáceo con dos balcones. Encima, en el revoque de la fachada, una vieja pintura: flores en azul y rojo y un papagayo. Aquí hubiera sido necesaria una puerta pintada. Cuando se golpease tres veces en ella y se pronunciase la palabra mágica de Salomón, se abriría el portalón pintado y un perfume de aceites persas recibiría al viajero; tras varios velos la reina de las montañas aparecería sentada en el alto trono. Sobre los peldaños las esclavas se inclinarían a sus pies, el papagayo pintado volaría al hombro de su dueño, chillando.

Encontraron una puerta diminuta en una callejuela adyacente; una potente campanilla, mecanismo diabólico, sonó con estridencia; una escalera abrupta, estrechísima, conducía arriba.

Era imposible imaginar cómo había llegado el piano a esta casa. ¿Por la ventana? ¿Por el tejado?

Un gran perro negro acudió precipitadamente, seguido por otro, como un pequeño león rubio. Mucho ruido. Los peldaños crujían. Al fondo el piano cantaba por undécima vez el mismo sonido. De una habitación pintada de color rosa brotaba una luz suave. Ruido de puertas. ¿Había un papagayo allí?

De pronto apareció la reina de las montañas, flor esbelta, enérgica y flexible, toda de rojo, llama ardiente, retrato de juventud. Ante los ojos de Klingsor se

disiparon cien imágenes queridas y surgió la nueva, radiante. En seguida supo que la pintaría, no al natural, sino el destello que había recibido de ella, la poesía, el acento áspero y amable: juventud, rojo, rubio, amazona. La miraría durante una hora, quizá más. La miraría andar, sentarse, reír, bailar, quizá la oiría cantar. El día era completo, había encontrado su sentido. Lo que pudiese aún ocurrir era regalo, abundancia. Siempre era así: la aventura nunca llega sola, la anuncia el vuelo de los pájaros, la preceden mensajeros, augures, la mirada oriental, animal, de la madre bajo aquella puerta, la bella morena de la aldea en la ventana y...

En un segundo sintió, palpitante: «¡Si fuera diez años más joven, diez cortos años, ella podría tenerme, agarrarme, meterme en el bolsillo! ¡No, eres demasiado joven, tú, pequeña reina roja, eres demasiado joven para el viejo hechicero Klingsor! Te admirará, te aprenderá de memoria, te pintará, dibujará para siempre la canción de tu juventud; pero no hará ninguna peregrinación a tu alrededor, no subirá ninguna escalera hacia ti, no cometerá ningún asesinato ni tocará ninguna serenata ante tu bonito balcón. No, desgraciadamente no hará nada de esto, el viejo pintor Klingsor, el viejo cordero. No te amará, no te mirará como mira a la oriental, a la morena de la ventana que, tal vez, no es más joven que tú. Para ella no es demasiado viejo; sólo para ti, reina de las montañas, roja flor de monte. Para tí, clavel de piedra, es demasiado viejo. A ti no te basta el amor que Klingsor pueda ofrecerte, entre un día de trabajo y una tarde llena de vino rojo. Cuando haga tiempo que te hayas desvanecido, mis ojos te captarán mejor, esbelto mimbre. Te conocerán mejor.»

A través de habitaciones embaldosadas y de arcos abiertos se llegaba a una sala en la que figuras de estuco, barrocas y salvajes, se retorcían sobre altas puertas y alrededor de delfines pintados en un oscuro friso; caballos blancos, amorcillos rosas nadaban en un mar de leyenda densamente poblado. Un par de sillas y en el suelo las piezas del desmontado piano. No había mucho más en la gran habitación. Dos seductoras puertas conducían a los pequeños balcones, sobre el radiante escenario de ópera; en frente, se ufanaban los balcones del palacio vecino, con figuras pintadas. Un grueso cardenal rojo flotaba como una carpa dorada al sol.

No se marcharon. En la sala deshicieron las provisiones; cubrieron una mesa. Llegó el vino, extraño vino blanco del norte, ideal para evocar multitud de recuerdos. Habían ahuyentado al afinador de pianos. El descuartizado instrumento callaba. Klingsor, pensativo, miró las desnudas entrañas de cuerda; luego cerró la tapa suavemente. Le dolían los ojos, pero en su corazón cantaba el día de verano, cantaba la madre sarracena, cantaba azul y turgente el sueño de Carenno. Comía y brindaba con los demás, hablaba alegremente, pero, además, trabajaba: su mirada rodeaba el clavel de piedra, la flor de fuego, como el agua rodea al pez. Un cronista activo estaba en su cerebro y anotaba formas, ritmos,

movimientos, con exactitud matemática.

Charla, risas llenaron la sala vacía. Inteligente y benévolo reía el doctor, profunda y amablemente Ersilia, fuerte e infernal Agosto, ligera como un ave la pintora. El poeta hablaba con cordura, Klingsor, burlón, observaba. Un poco tímida, la princesa roja iba entre sus huéspedes, delfines y caballos. Estaba en todas partes, se detenía junto al piano, se acurrucaba sobre un almohadón, cortaba pan, ofrecía vino con mano inexperta, de muchacha. La alegría resonaba en la fría sala, los ojos brillaban negros y azules; ante los altos balcones luminosos estaba el mediodía deslumbrador.

El noble vino fluyó, claro, en los vasos. Era un adecuado contraste con la sencilla comida fría. La claridad del vestido de la reina fluyó brillante por la elevada sala. Claras y alertas, le seguían las miradas de todos los hombres. Desapareció. Volvió. Se había puesto una pañoleta verde. Desapareció y volvió. Se había puesto un pañuelo azul en la cabeza.

Después de comer, cansados y saciados, pero alegres, se marcharon al bosque. Se rumbaron en la hierba. Las sombrillas brillaban. Bajo los sombreros de paja ardían los rostros. El sol, resplandeciente, quemaba. La reina yacía roja sobre la hierba verde. Su fino cuello surgía de las llamas. Su alto zapato se ajustaba a su esbelto pie; Klingsor, a su lado, la estudiaba, la leía, se llenaba de ella, igual que, de muchacho, había leído la historia mágica de la reina de las montañas y se había llenado de ella. Descansaban, dormían, charlaban. Luchaban con las hormigas. Creían oír serpientes. Cáscaras de castaña se prendían en los cabellos de las mujeres. Se pensaba en los amigos ausentes que hubieran armonizado con estas horas. No eran muchos: Louis el Cruel, amigo de Klingsor, pintor de carruseles y circos; su espíritu fantástico flotaba sobre el grupo.

La tarde transcurrió como un año en el paraíso. A la despedida todos rieron mucho, Klingsor se llevó todo en su corazón: la reina, el bosque, el palacio y la sala de los delfines, los dos perros y el papagayo.

Al bajar de la montaña con los amigos, paulatinamente se sintió invadido por la alegría y el entusiasmo que sólo le asaltaba raras veces, cuando abandonaba voluntariamente el trabajo. Cogido de la mano de Ersilia, de Hermann, de la pintora, bajaba la soleada calle bailando, entonaba canciones, se divertía ingenuamente con chistes y juegos de palabras, reía completamente entregado. Se adelantó a los demás corriendo y se escondió en una emboscada para asustarles.

Por de prisa que fueran, el sol iba aún más de prisa y en Palazetto ya se sumergía tras la montaña. Abajo, en el valle, ya anochecía. Habían perdido el camino y habían subido demasiado, estaban hambrientos y cansados. Tenían que abandonar el plan que habían tramado: ir campo a través hasta Barengo,

comer pescado en la taberna de la aldea marinera.

—Queridos amigos —dijo Klingsor, que se había sentado sobre un muro junto al camino—, nuestros planes eran realmente muy bonitos y una buena cena en casa de pescadores o en el Monte d'Oro me dejaría ciertamente muy satisfecho. Pero no vamos a ir tan lejos, al menos yo. Estoy cansado y tengo hambre. De aquí no doy un paso que vaya más lejos del próximo Grotto, que evidentemente no está lejos. Allí hay vino y pan, con esto basta, ¿Quién viene conmigo?

Fueron todos. Encontraron el Grotto; en una pequeña *tenaza* en la montaña escarpada había bancos y mesas de piedra a la sombra de los árboles, el tabernero trajo vino fresco de la bodega cavada en la roca; había pan. Se sentaron sin hablar y comieron, contentos de descansar por fin. Tras los altos árboles el día se apagaba, la montaña azul se oscurecía, las calles rojas empalidecían, y se oía abajo, en las calles nocturnas, el motor de un coche y el ladrido de un perro, en el cielo comenzaban a surgir estrellas y en la tierra luces, difíciles de distinguir unas de otras.

Klingsor estaba sentado feliz, tranquilo, miraba la noche, se llenaba lentamente de pan negro, vaciaba en silencio la jarra azulada de vino. Una vez saciado, empezó de nuevo a charlar y a cantar, se mecía al ritmo de la canción, jugaba con las mujeres, olía el perfume de sus cabellos. El vino le pareció bueno. Viejo seductor, fácilmente proponía seguir adelante, bebía vino, lo ofrecía, brindaba de forma encantadora, pedía más vino. Sortilegios multicolores, símbolos de la vanidad, brotaban lentamente de las jarras azuladas de arcilla, recorrían el mundo, daban color a las estrellas y a la luz.

Estaban sentados en lo alto, en columpios suspendidos sobre el abismo del mundo y de la noche, como pájaros en jaulas de oro, sin patria, sin peso, frente a las estrellas. Ellos, los pájaros, cantaban canciones exóticas, dejaban correr la imaginación de sus ebrios corazones por la noche, por el cielo, por el bosque, por el incierto y encantado universo. Contestaron las estrellas y la luna, el árbol y la montaña, Goethe estaba allí sentado y Hafis; olía ardientemente a Egipto e íntimamente a Grecia, Mozart sonreía, Hugo Wolf tocaba el piano en la noche perdida.

Estalló un estrépito terrible, la luz relampagueó: debajo de ellos, en el corazón de la tierra, volaba un tren con cien ventanas de luz deslumbradora, atravesando la montaña y la noche; encima de ellos, en el cielo, resonaban las campanas de una iglesia invisible. La media luna subía acechante sobre la mesa, miraba su reflejo en el vino oscuro, arrancaba de las tinieblas la boca y los ojos de una mujer. Sonreía y seguía subiendo, cantaba a las estrellas. El espíritu de Louis el Cruel se acurrucaba sobre un banco, solitario, y escribía cartas.

Klingsor, rey de la noche, con alta corona en el pelo, respaldado en un

asiento de piedra, dirigía la danza del mundo, daba el compás, llamaba a la luna, dejaba que desapareciese el tren. Se había marchado como una constelación que cae en los confines del cielo. ¿Dónde estaba la reina de las montañas? ¿No sonaba un piano en el bosque, no gruñía a lo lejos el pequeño león desconfiado? ¿No había llevado ella un pañuelo azul en la cabeza? ¡Eh, viejo mundo, ten cuidado no te derrumbes! ¡Acá, bosque! ¡Hacia allí, montaña negra! ¡Mantened el compás! ¡Estrellas, sed azules y rojas como en la canción popular!; «¡Tus ojos rojos y tu boca azul!»

Era bonito pintar, pintar era un juego bonito y agradable para niños buenos. Era distinto, difícil y más pesado, dirigir las estrellas, el compás de la propia sangre, seguir los círculos de colores de la propia retina en el mundo, hacer que vibre la propia alma al viento de la noche. ¡Basta contigo, montaña negra! ¡Conviértete en nube, vuela a Persia, llueve en Uganda! ¡Ven, espíritu de Shakespeare, cántanos tu ebria canción burlesca de la lluvia que cae cada día!

Klingsor besó una pequeña mano de mujer, se recostó sobre un delicioso seno femenino que respiraba. Debajo de la mesa un pie jugaba con el suyo. No sabía ni qué mano, ni qué pie, sintió cariño a su alrededor, nuevamente sintió viejos encantos y lo agradeció, aún era joven, aún estaba lejos del final, de él aún emanaba resplandor y seducción, ellas aún le amaban, las buenas mujercitas tímidas aún contaban con él.

Él seguía floreciendo. Con voz baja, cantarina, empezó a contar una prodigiosa epopeya, la historia de un amor, o mejor dicho de un viaje a los Mares del Sur, donde en compañía de Gauguin y de Robinson había descubierto la isla del Papagayo y había fundado el estado libre de la isla afortunada. ¡Cómo habían brillado los mil papagayos a la luz de la tarde, cómo habían reflejado sus azules colas en la bahía verde! Sus gritos y el grito plurivocal del gran mono le saludaron como un trueno, a él, a Klingsor, cuando proclamó su estado libre. Le había encargado al blanco Kakadu la construcción de un baño, y con el gruñón cálao había bebido vino de palma en pesadas copas de coco. ¡Oh, luna de antaño, luna de las noches felices, luna sobre la cabaña de estacas en el cañaveral! Ella se llamaba Kül Kalüa, la tímida princesa morena, esbelta y de largas articulaciones; andaba por el bosque de bananeros, brillante como la miel, bajo el succulento techo de las hojas gigantes, con ojos de corza en el suave rostro, ardor de gata en la espalda fuerte y flexible, salto de gata en el tobillo elástico y en la pierna nervuda. Kül Kalüa, niña, pasión antigua e inocencia infantil del sagrado Sudeste, mil noches te tumbaste sobre el pecho de Klingsor, y cada una de ellas era nueva, era más íntima, más dulce que todas las anteriores. ¡Oh, fiesta del genio de la tierra, en la que bailaba ante *el* Dios la doncella de la isla del Papagayo!

Sobre la isla, sobre Robinson y Klingsor, sobre la historia y los oyentes se

abovedaba la blanca noche de estrellas, la montaña se hinchaba, como un vientre y un pecho que respiran suavemente, bajo los árboles, las casas y los pies de los hombres; la húmeda luna bailaba con delirios sobre el hemisferio del cielo secundada por las estrellas en la silenciosa danza salvaje. Hileras de estrellas estaban ensartadas, como resplandeciente cuerda del funicular hacia el paraíso. El bosque primitivo se oscurecía maternalmente, el fango del antiguo mundo respiraba decadencia y procreación, la serpiente y el cocodrilo se deslizaban, se desbordaba el torrente de creaciones.

—Volveré a pintar —dijo Klingsor— mañana mismo. Pero no estas casas, esta gente y estos árboles. Pintaré cocodrilos y estrellas de mar, dragones y culebras color púrpura, y todo en evolución, en transformación, ansioso de convertirse en persona, ansioso de ser estrella, lleno de nacimiento, lleno de descomposición, lleno de Dios y de muerte.

En medio de sus suaves palabras y a lo largo de las ebrias y revueltas horas sonaba la voz profunda y clara de Ersilia, cantaba tranquilamente para sí misma la canción del *bel mazzo di fiori*. De su canción emanaba paz. Klingsor la oía como si estuviera en una isla lejana, flotando en el mar, más allá del tiempo y de la soledad. Puso su jarra de vino vacía boca abajo, no volvió a llenarla. Escuchó. Un niño cantaba. Una madre cantaba. ¿Qué era uno, un tipo perdido y malvado, bañado en el fango del mundo, un vagabundo y carroña, o era un niño pequeño y tonto?

—Ersilia —dijo con respeto—, eres nuestra estrella.

Agarrándose a ramas y raíces, atravesaron cuesta arriba el escarpado bosque en tinieblas y reaparecieron más lejos buscando el camino de regreso. Habían llegado a la linde del bosque, habían entrado en el campo, el estrecho camino por el maizal olía a noche y a regreso, la mirada de la luna se reflejaba en la hoja de maíz, huyendo a través de hileras de vid. Ahora cantaba Klingsor, en voz baja, cálidamente, cantaba mucho, en alemán y en malayo, con y sin palabras. En su suave cantar derramaba abundancia acumulada, igual como una pared sombreada a la tarde esparce la luz que ha recogido durante el día.

Aquí se despidió uno de los amigos, y allí otro, desvaneciéndose por el pequeño sendero a la sombra de la vid. Cada uno iba por su lado, cada uno existía para sí mismo, cada uno buscaba el regreso, cada uno estaba solo bajo el cielo. Una mujer besó a Klingsor al darle las buenas noches, su boca aspiró ardientemente en la de él. Giraban, se fundían todos. Cuando Klingsor subió solo la escalera hacia su casa, aún seguía cantando. Cantaba y alababa a Dios y a sí mismo, ensalzaba a Li Tai Pe y ensalzaba el buen vino de Pampambio. Como un ídolo, descansó sobre las nubes de la afirmación.

—Por dentro —cantaba— soy como una bola de oro, como la cúpula de una catedral, en la que uno está de rodillas, reza. Dios irradia desde la pared, en otra

imagen sangra el Salvador, sangra el corazón de María. Nosotros también sangramos, nosotros los demás, nosotros los extraviados, nosotros estrellas y cometas, siete y catorce espadas atraviesan nuestro pecho feliz. Te quiero a ti, mujer rubia y morena, quiero a todos, incluso a los filisteos; sois pobres diablos como yo, sois pobres niños, semidioses impertinentes como el borracho Klingsor. ¡Salve, querida vida! ¡Salve, querida muerte!

#### KLINGSOR A EDITH

Querida estrella del cielo de verano:

¡Qué bien me has escrito y con cuánta razón! Tu amor me llama con dolor, como una eterna pena, como un eterno reproche. Pero vas por buen camino sí me confiesas a mí y a ti misma cada sensación de tu corazón. ¡No califiques ningún sentimiento de pequeño, de indigno! Todos son buenos, muy buenos, incluso la envidia, incluso los celos, incluso la crueldad. Nosotros sólo vivimos de nuestros pobres, bellos y magníficos sentimientos, Y cada vez que somos injustos con algo, apagamos una estrella.

No sé si amo a Gina. Lo dudo. No haría ningún sacrificio por ella. Después de todo no sé si puedo amar. Puedo desear y puedo buscarme en las demás personas, sondear en busca de eco, ansiar un espejo, puedo buscar placer, y todo ello puede parecer amor.

Nosotros dos, tú y yo, vamos por el mismo laberinto, por el jardín de nuestros sentimientos, que, en este desagradable mundo, se han quedado insatisfechos. Y cada uno a su manera nos vengamos de ello en el horrible mundo. Pero queremos realizar alguno de los sueños, porque sabemos cuán rojo y dulce sabe el vino del sueño.

Sólo ven claramente sus sentimientos y la «trascendencia» y consecuencia de su actuación las personas buenas, seguras, que creen en la vida y que no dan ningún paso que no puedan seguir aprobando mañana y pasado mañana. Yo no tengo la suerte de contarme entre ellas. Siento y actúo como alguien que no cree en el mañana y que considera cada día como el último.

Querida y esbelta mujer, intento sin fortuna expresar mis pensamientos. ¡Son siempre tan muertos los pensamientos que se expresan! ¡Dejémosles vivir! Noto profundamente, y te lo agradezco, que me comprendes, que algo en ti me es afín. No sé cómo se puede anotar esto en el libro de la vida, no sé si nuestros sentimientos: amor, voluptuosidad, gratitud, compasión, son maternos o infantiles. A veces considero a las mujeres como viejas libertinas expertas, y otras veces como muchachuelas. A veces me seduce con más fuerza la mujer más inocente, otras veces la más lasciva. Todo lo que debo amar es bello, es sagrado,

es infinitamente bueno. No se puede medir el porqué, cuánto tiempo, ni en qué medida.

No te quiero sólo a ti, tú lo sabes, ni tampoco quiero sólo a Gina; mañana y pasado mañana querré otras imágenes, pintaré otras imágenes. Pero no me arrepentiré de ningún amor que haya sentido, ni de ninguna sabiduría o tontería que haya cometido por su causa. A ti te quiero quizá porque te pareces a mí. A otras las quiero porque son tan distintas de mí.

Es tarde, la luna está sobre el Salute. ¡Cómo ríe la vida, cómo ríe la muerte! Arroja esta tonta carta al fuego y arroja al fuego

a tu *Klingsor*.

#### LA MÚSICA DEL OCASO

Había llegado el último día de julio; el mes favorito de Klingsor. La gran época festiva de Li Tai Pe se había gastado, no volvería jamás; los girasoles chillaban en el jardín, dorados en el azul. Junto con el fiel Thu Fu, este día Klingsor peregrinó por un rincón que le gustaba, arrabales abrasados, calles polvorientas bajo altas arboledas, chozas pintadas de rojo y naranja en la orilla arenosa, camiones y cargadores de barcos, largos muros violeta, gente pobre y multicolor. Aquella tarde se sentó en el polvo en las afueras de un arrabal y pintó los toldos de colores y los carros de un tiovivo; estuvo sentado en cuclillas, en el bordillo de la acera, ante un campo tostado, sin árboles, y se sintió arrastrado por los fuertes colores de los toldos. Se agarró firmemente al lila desteñido de la franja de un toldo, al verde y rojo de los pesados carros vivienda, a los almacenes pintados en blanco y azul. Hurgó furiosamente en el cadmio, salvajemente en el fresco y suave cobalto; trazó las rayas de color granza sobre el cielo amarillo y verde. Otra hora más, o quizá menos, y se terminaría, llegaría la noche. Y mañana ya empezaba agosto, el mes ardiente y febril que mezcla en su copa tanto temor a la muerte y tanta angustia. La guadaña estaba afilada, los días declinaban, la muerte reía escondida en el oscuro follaje. ¡Cadmio, suena y resuena fuerte! ¡Vanagloriate en voz alta, exuberante granza! ¡Ríe con fuerza, amarillo limón! ¡Vamos, montaña azul oscuro de la lejanía! ¡Junto a mi corazón vosotros, extenuados árboles gris-verde! ¡Qué cansados estáis, cómo dejáis caer vuestras ramas rendidas y dóciles! ¡Y yo os bebo, fantasmas propicios, finjo ante vosotros duración e inmortalidad, yo, el más precedero, el más incrédulo, el más triste, que teme más que todos vosotros a la muerte! Julio se ha consumido, pronto se consumirá agosto; de repente en una mañana llena de rocío el gran espectro nos hará temblar al salir del amarillo follaje. De repente noviembre barrerá el bosque. De pronto el gran espectro reirá, de pronto se nos helará el

corazón, de pronto se nos caerá de los huesos la querida carne rosada, el chacal aullará en el desierto, el ronco alimoche cantará su maléfica canción. Una maldita hoja de la gran ciudad traerá mi fotografía y debajo estará escrito: «Excelente pintor, expresionista, gran colorista, murió el día dieciséis de este mes.»

Lleno de odio, trazó un surco de azul de París entre los verdes carros de los gitanos. Lleno de rencor trazó un borde amarillo cromo sobre el recantón. Lleno de profunda desesperación puso bermellón en un punto vacío, exterminó el blanco retador, luchó por la continuación hasta sangrar; con verde claro y amarillo de Nápoles clamó al Dios inexorable. Gimiendo, arrojó más azul en el insípido verde polvo; suplicante, encendió luces interiores en el cielo vespertino. La pequeña paleta llena de colores limpios, sin mezcla, extraordinariamente luminosos, era su consuelo, su torre, su arsenal, su breviario, su cañón que dispararía después de su mala muerte. El púrpura era la negación de la muerte, el bermellón era la mofa de la putrefacción. Su arsenal era bueno, su pequeña y valiente tropa estaba reluciente, los rápidos disparos de sus cañones resonaban brillantemente. No había remedio, todo disparo era en vano, pero, sin embargo, disparar era bueno, era dicha y consuelo, era vida aún, era aún triunfo.

Thu Fu había ido a visitar a un amigo que vivía allí, entre la fábrica y el embarcadero, en su castillo encantado. Vino y trajo consigo al astrólogo armenio.

Klingsor, con el cuadro terminado, respiró profundamente cuando vio a su lado los dos rostros, el buen pelo rubio de Thu Fu, la barba negra y la boca sonriente con dientes blancos del mago. Con ellos vino también la sombra, larga y oscura, con los ojos muy retraídos en las profundas cavidades. ¡Bien venido seas tú también, sombra querida!

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Klingsor a su amigo.

—El último día de julio, ya lo sé.

—Hoy he hecho un horóscopo —dijo el armenio— y he visto que esta tarde me traerá alguna cosa. Saturno está inquietante, Marte neutral, Júpiter domina. Li Tai Pe, ¿no nació usted en julio?

—Nací el dos de julio.

—Lo pensaba. Sus estrellas están confusas, amigo mío, sólo usted mismo puede aclararlas. Le rodea la fertilidad como una nube que está a punto de reventar. Extrañas están sus estrellas, Klingsor, usted debe notarlo.

Li recogió sus utensilios. El mundo que había pintado estaba apagado, apagado el cielo amarillo y verde, ahogada la bandera azul claro, asesinado y marchito el hermoso amarillo. Estaba hambriento y sediento, tenía la garganta llena de polvo.

—Amigos —dijo afectuosamente—, pasemos juntos esta tarde. Ya no volveremos a estar reunidos los cuatro; no lo leo en las estrellas, está escrito en

mi corazón. Mi luna de julio ha pasado, sus últimas horas arden oscuras, en la profundidad llama la gran madre. Nunca el mundo fue tan bello, nunca uno de mis cuadros fue tan hermoso; relampaguea, suena la música del ocaso. Queremos cantar a coro la dulce música angustiosa, vamos a estar aquí reunidos, beber vino y comer pan.

Junto al tiovivo, cuyo toldo había sido retirado y el artilugio preparado para la noche, había una pequeña taberna a la sombra: unas mesas bajo los árboles y una criada coja que servía. Se quedaron aquí. Se sentaron en una mesa de madera, se trajo pan y se escanció vino en las tazas de arcilla. Bajo los árboles ardían luces, más allá empezó a sonar el organillo del tiovivo, con violencia lanzaba su estridente música en medio de la noche.

—Hoy quisiera vaciar trescientas copas —gritó Li Tai Pe y brindó con la sombra—. ¡Salve, sombra, constante soldado de plomo! ¡Salve, amigos! ¡Salve, luces eléctricas, focos y resplandecientes lentejuelas del tiovivo! ¡Ojalá estuviera aquí Louis, el pájaro fugaz! Quizá ya está en el cielo volando hacia nosotros. Quizá vuelva mañana, el viejo chacal, y ya no nos encuentre y ría y plante luces y astas de bandera sobre nuestra tumba.

Callado, el mago fue y trajo más vino; sus dientes blancos sonreían alegremente en su boca roja.

—La melancolía —dijo lanzando una mirada a Klingsor— es una cosa que uno no debería llevar consigo. Es tan fácil, es cuestión de una hora, una hora escasa, pero intensiva, con los dientes apretados, luego uno ha terminado con la melancolía para siempre.

Klingsor miraba atentamente su boca, sus dientes claros y brillantes que en una hora ardiente habían ahogado y mordido la melancolía. ¿También él podía hacer lo que había podido hacer el astrólogo? ¡Oh, dulce y corta mirada a jardines lejanos: vida sin miedo, vida sin melancolía! Sabía que estos jardines le eran inaccesibles. Sabía que le estaba determinada otra cosa, que Saturno le miraba de otra manera, que Dios quería cantar otras canciones en sus cuerdas.

—Cada uno tiene sus estrellas —dijo Klingsor lentamente—, cada uno tiene su creencia. Yo sólo creo en una cosa: en el ocaso. Vamos en coche sobre el precipicio y los caballos se han asustado. Estamos en el ocaso, todos nosotros, debemos morir, debemos volver a nacer, para nosotros ha llegado el gran viraje. Por doquier es igual; la gran guerra, la gran transformación en el arte, la gran derrota de los estados del oeste. En nuestra vieja Europa ha muerto todo lo que era bueno para nosotros y nos pertenecía; nuestro buen juicio se ha convertido en equivocación, nuestro dinero es papel, nuestras máquinas ya sólo pueden disparar y explotar, nuestro arte es suicidio. Vamos hacia abajo, amigos, así está determinado, el tono de Tsing Tse es bueno.

El armenio sirvió vino.

— Como usted quiera — dijo —. Uno puede decir que sí y puede decir que no, es un simple juego de niños. La caída es algo que no existe. Para que hubiera caída y subida tendría que haber abajo y arriba. Pero abajo y arriba no existen, sólo están en el cerebro del hombre, en el país de las ilusiones. Todos los antagonismos son ilusiones: blanco y negro es una ilusión, muerte y vida es una ilusión, bueno y malo es una ilusión. Es cuestión de una hora, una hora ardiente con los dientes apretados y uno ha vencido al reino de las ilusiones.

Klingsor escuchó su buena voz.

— Yo hablo de nosotros — contestó —, hablo de Europa, de nuestra vieja Europa que durante dos mil años creyó ser el cerebro del mundo. Esto se hunde. ¿Crees que no te conozco, mago? Eres un enviado de Oriente, un enviado a mí también, quizás un espía, quizás un general disfrazado. Estás aquí porque aquí empieza el fin, porque presientes aquí la caída. Pero nosotros nos hundimos con gusto, sabes, nos morimos con gusto, no oponemos resistencia.

— También puedes decir: con gusto volveremos a nacer — rió el asiático —. A ti te parece ocaso, a mí quizá me parece nacimiento. Ambas cosas son ilusión. El hombre que cree en la tierra como en el disco fijo bajo el cielo, ve y cree ascensión y caída. ¡Y casi todos los hombres creen en el disco fijo! Las mismas estrellas no conocen encima ni debajo.

— ¿No han caído estrellas? — exclamó Thu Fu.

— Para nosotros, para nuestros ojos.

Llenó las tazas, siempre escanciaba él, era servicial y además sonreía. Se fue con la jarra vacía a buscar más vino. La música del tiovivo sonaba estridente.

— Vayamos al otro lado, es tan bonito — pidió Thu Fu, y allí fueron, estuvieron junto a las pintadas barreras, en el

brillo punzante de lentejuelas y de espejos vieron girar con brío el tiovivo, vieron a cien niños con los ojos ávidos de brillo. Por un momento Klingsor sintió profunda y alegremente lo primitivo de esta máquina que gira, de esta música mecánica, de estas imágenes y colores llamativos y salvajes; espejos y columnas de adorno, todo tenía los rasgos de curandero y chamán, de magia y antiquísima ratonera, y en el fondo todo el brillo brutal y salvaje no era más que el brillo brusco de la cuchara de hojalata, que el lucio toma por un pececillo, que le atrae y engaña.

Todos los niños tenían que ir en el tiovivo. Thu Fhu dio dinero a todos los niños, la sombra invitó a todos los niños. Les rodearon en grupos, se colgaron de ellos, les suplicaron, les agradecieron. Una muchacha rubia y bonita, de doce años, a la que le daban todo, dirigía cada vuelta. Al resplandor de las luces su corta falda ondeaba graciosamente alrededor de sus bellas piernas de adolescente. Un chico lloraba. Unos muchachos se peleaban. Los platillos chocaban junto al órgano, echaban fuego al compás, opio al vino. Los cuatro

permanecieron largo rato en el tumulto.

Luego volvieron a sentarse bajo el árbol, el armenio sirvió vino en las tazas, alimentaba el ocaso, sonreía vivamente.

—Hoy vamos a vaciar trescientas copas —cantaba Klingsor; su cráneo quemado brillaba moreno, sus carcajadas resonaban fuertes. La melancolía postró un gigante sobre su estremecido corazón. Brindó, ensalzó el ocaso, el querer morir, el tono de Tsing Tse. La música del tiovivo resonaba con estrépito. Pero dentro de su corazón yacía el miedo, el corazón no quería morir, el corazón odiaba la muerte.

De pronto sonó una segunda música furiosa en la noche, estridente, impetuosa, que procedía de la casa. En la planta baja, junto a la chimenea, cuya cornisa estaba llena de botellas de vino bien colocadas, restallaba un piano mecánico, una ametralladora, brutal, precipitada, infernal. Desde tonos desafinados gritaba la pena; el ritmo agobiaba con la pesada apisonadora de sus disonancias gimientes. El pueblo estaba allí, luz, ruido, los mozos y las muchachas bailaban, también la criada coja, también Thu Fu. Bailaba con la muchachita rubia, Klingsor miraba como su corto vestido de verano ondeaba ligera y graciosamente alrededor de sus delgadas y bonitas piernas, el rostro de Thu Fu sonreía amablemente lleno de amor. En el rincón de la chimenea estaban sentados los otros, que habían regresado del jardín, cerca de la música, en medio del alboroto. Klingsor veía sonidos, oía colores. El mago cogió botellas de la chimenea, las abría, las ofrecía. Su sonrisa avivaba su moreno rostro inteligente. La música retumbaba terriblemente en la sala baja. El armenio fue abriendo lentamente una brecha en la hilera de botellas viejas que había sobre la chimenea, como un ladrón de templos quita los utensilios del altar cáliz tras cáliz.

—Eres un gran artista —susurró el astrólogo a Klingsor, mientras llenaba su taza—. Eres uno de los mayores artistas de esta época. Tienes razón de llamarte Li Tai Pe. Pero tú, Li Tai, eres una persona acosada y pobre, atormentada y angustiada. Has entonado la música del ocaso, estás sentado cantando en tu casa en llamas, que tú mismo has incendiado, y no te sientes bien así, Li Tai Pe, aunque vacíes cada día trescientas copas y brindes con la luna. No te sientes bien así, te duele mucho, cantor del ocaso. ¿No quieres detenerte? ¿No quieres vivir? ¿No quieres subsistir?

Klingsor bebió y le respondió susurrando con su voz algo ronca.

—¿Puede torcerse el destino? ¿Existe la libertad de la voluntad? ¿Puedes tú, astrólogo, cambiar la dirección de mis estrellas?

—Yo no puedo guiarlas, sólo interpretarlas. Sólo tú puedes guiarte a ti mismo. Existe la libertad de la voluntad. Se llama magia.

—¿Por qué debo cultivar la magia, si puedo cultivar el arte? ¿No es bueno el arte?

– Todo es bueno. Nada es bueno. La magia suprime las ilusiones. La magia suprime aquella pésima ilusión que nosotros llamamos «tiempo».

– ¿No lo hace también el arte?

– Lo intenta. ¿Te basta tu julio pintado, que tienes en la carpeta? ¿Has suprimido el tiempo? ¿No temes el otoño, el invierno?

Klingsor suspiró y calló, bebió en silencio, en silencio el mago llenó su taza. El desenfrenado piano mecánico bramaba locamente, entre los bailarines flotaba el rostro angelical de Thu Fu. Julio se terminaba.

Klingsor jugaba con las botellas vacías sobre la mesa, las colocaba en círculo.

– Éstos son nuestros cañones – exclamó –, con estos cañones destrozamos el tiempo, destrozamos la muerte, destrozamos la miseria. Yo he disparado contra la muerte también con colores, con el verde ardiente, con el bermellón llamativo, con el dulce grana. Muchas veces la he alcanzado en el cráneo, la he cazado en los ojos, blanco y azul. A menudo la *he* ahuyentado. La volveré a encontrar, la venceré, la engañaré. Mira al armenio, vuelve a abrir otra botella y nos dispara el sol apresado el verano pasado en la sangre. El armenio también nos ayuda a matar a la muerte, el armenio tampoco conoce otra arma contra la muerte.

El mago trajo pan y comió.

– Contra la muerte no necesito ninguna arma, porque la muerte no existe. Pero existe una cosa: miedo a la muerte. Uno puede curarlo, contra él existe un arma. Es cosa de una hora dominar el miedo. Pero Li Tai Pe no quiere. Li ama la muerte, ama su miedo a la muerte, su melancolía, su miseria, sólo el miedo le ha enseñado todo lo que puede y todo lo que nos hace quererle.

Brindó con ironía, sus dientes relucían, su rostro estaba cada vez más alegre, parecía desconocer la pena. Nadie respondió. Klingsor disparó con el cañón de vino contra la muerte. Ante las puertas abiertas de la sala estaba la muerte, enorme, que hinchaban las personas, el vino y la música de baile. Enorme era la muerte delante de las puertas, se agitaba ligeramente junto a la acacia, acechaba en el jardín sombrío. Fuera todo estaba lleno de muerte, lleno de muerte, sólo aquí, en la estrecha y resonante sala, aún se luchaba, se luchaba magnífica y audazmente contra el negro asediador que lloriqueaba cerca de la ventana.

El mago miró irónicamente por encima de la mesa, irónicamente llenó las tazas. Klingsor ya había roto muchas tazas, pero él le daba cada vez otra nueva. El armenio también había bebido mucho, pero se mantenía erguido igual que Klingsor.

– ¡Déjanos beber, Li! – se rió en voz baja –. Tú amas la muerte, te gusta caer, te gusta morir. ¿No lo dijiste así o estoy equivocado, o a mí y a ti mismo nos has engañado? ¡Déjanos beber, Li, déjanos caer!

La cólera invadió a Klingsor. Se levantó, estaba erguido, derecho, el viejo

gavilán de cabeza afilada, escupió en el vino, arrojó al suelo su taza llena. El vino rojo salpicó la sala, los amigos palidieron, los extraños reían.

Callado y sonriente, el mago trajo una nueva taza, la llenó, sonriente, la ofreció a Li Tai. Li sonreía y él también. En su rostro desfigurado se deslizó la sonrisa como un rayo de luna.

— ¡Muchachos — gritó —, dejad hablar a este forastero! Sabe muchas cosas, el viejo zorro, viene de un escondido y profundo vientre. Sabe mucho, pero no nos entiende. Es demasiado viejo para comprender a los niños. Es demasiado sabio para comprender a los locos. Nosotros, los mortales sabemos más de la muerte que él. Nosotros somos personas, no estrellas. ¡Mirad mi mano que sostiene una pequeña taza azul llena de vino! Puede mucho, esta mano, esta mano morena. Ha pintado con muchos pinceles, ha arrancado de las tinieblas nuevos pedazos de mundo, y los ha presentado a los hombres. Esta mano morena ha acariciado la barbilla de muchas mujeres, ha seducido a muchas muchachas; la han besado; sobre ella han caído lágrimas, Thu Fu le ha dedicado un poema. Esta querida mano, amigos, pronto estará llena de tierra y de gusanos, ninguno de vosotros la volverá a tocar. Bien, precisamente por esto la quiero. Quiero mi mano, quiero mis ojos, quiero mi blanco y tierno vientre, los quiero con pesar y con mofa y con gran ternura, porque todos ellos deben secarse y pudrirse tan pronto. ¡Sombra, oh tú, oscuro amigo, viejo soldado de plomo sobre la tumba de Andersen, también sucederá lo mismo contigo! ¡Brinda conmigo, nuestros queridos miembros y entrañas deben vivir!

Brindaron, la sombra sonrió tenebrosamente desde sus profundos ojos hundidos. Y súbitamente algo recorrió la sala, como un viento, como un espíritu. De improviso la música se había callado, de golpe, como si se hubiera extinguido; los bailarines se habían esparcido, tragados por la noche, y la mitad de las luces se habían apagado. Klingsor miró hacia las negras puertas. Fuera estaba la muerte. Él la veía. La olía. Como las gotas de lluvia en el follaje de la carretera, así olía la muerte.

Li apartó de su lado la taza, retiró la silla y salió lentamente de la sala, al oscuro jardín y más allá, en las tinieblas, bajo los relámpagos, solo. El corazón le pesaba en el pecho, como la losa sobre una tumba.

#### ANOCHECER DE AGOSTO

Al atardecer llegó Klingsor muy cansado — había pintado toda la tarde al sol y al viento en Manuzzo y Veglia — al bosque sobre Veglia, a un pequeño y dormido Canvetto. Logró llamar a una anciana tabernera que le trajo una taza de arcilla llena de vino; se sentó sobre una cepa de nogal ante la puerta y deshizo la

mochila, dentro encontró aún un pedazo de queso y algunas ciruelas, y tomó su cena. La anciana se sentó a su lado, blanca, encorvada y desdentada; arrugado cuello y ojos tranquilos. Contó la vida de su pueblo y de su familia, la guerra y la carestía y el estado de los campos, el vino y la leche y lo que cuestan; habló de los nietos muertos y de los hijos emigrados. Todas las épocas y constelaciones de esta pequeña vida campesina quedaban desplegadas clara y amablemente, ásperas en su pobre belleza, llenas de alegría y de preocupaciones, llenas de miedo y de vida. Klingsor comió, bebió, descansó, escuchó, preguntó por los niños y por los animales, por el cura y por el obispo, alabó con amabilidad el miserable vino, ofreció la última ciruela, dio la mano, deseó buenas noches y, apoyado en el bastón y cargado con la bolsa, siguió cuesta arriba, despacio, hacia el bosque, en busca de albergue.

Eran las doradas horas tardías, por doquier aún ardía la luz del día, la luna ya brillaba y los primeros murciélagos flotaban en el aire trémulo. La linde del bosque estaba iluminada por la última luz. Apacible. Claros troncos de castaños ante negras sombras. Una cabaña amarilla reflejaba suavemente la luz absorbida durante el día, ardía dulcemente como un topacio amarillo; los pequeños caminos, rosa y violeta, llevaban por campos, viñas y bosques, de vez en cuando alguna rama amarilla de acacia, el cielo occidental, dorado y verde, sobre los azules montes aterciopelados.

¡Oh, poder trabajar aún ahora, en el último cuarto de hora encantado del maduro día de verano que nunca volverá! ¡Qué indescriptible era todo, qué tranquilo, bueno y pródigo, qué lleno de Dios!

Klingsor se sentó en la fresca hierba, extendió mecánicamente la mano para coger el lápiz y dejó caerla sonriendo. Estaba muerto de cansancio. Sus dedos palpaban la hierba seca, la blanda tierra seca. ¡Cuánto faltaba aún para que se terminase este querido y excitante juego! ¡Cuánto tiempo aún para tener la mano y la boca y los ojos llenos de tierra! Aquel día Thu Fu le había enviado un poema que recordaba y lo dijo lentamente para sí:

*Del árbol de la vida  
caen las hojas.  
Una tras otra.  
¡Oh, mundo multicolor y vacilante!  
¡Cómo sacias y fatigas,  
cómo embriagas!  
Perderé pronto aquello que hoy aún brilla.  
El viento silbará sobre mi oscura tumba.  
La madre se inclina sobre el niño.  
Quiero ver sus ojos de nuevo,  
su mirada es mi estrella.*

*Todo lo demás puede irse,  
desvanecerse.  
Todo muere,  
y muere de buen grado.  
Queda, sólo, la eterna madre,  
nuestro origen.  
Sus dedos juguetones escriben,  
en el aire,  
nuestro nombre. Fugaz.*

Así estaba bien. ¿Cuántas vidas, de las diez que poseía, le quedaban? ¿Tres? ¿Dos? En cualquier caso le quedaba más de una, más de una honrada y vulgar vida cosmopolita y burguesa. Había hecho mucho, había visto mucho, había pintado mucho papel y mucha tela, había despertado amor y odio en muchos corazones, había sido escándalo en el arte y en la vida; había sido un viento fresco en el mundo. Había amado a muchas mujeres, había destruido muchas tradiciones y cosas sagradas; había osado lo nuevo. Había vaciado muchas copas, aspirado un sinfín de días y noches estrelladas, había ardido bajo muchos soles, había nadado en muchas aguas. Y ahora estaba sentado aquí, en Italia, India o China. El caprichoso viento de estío movía la copa de los castaños. El mundo era bueno y perfecto. Ya no importaba si conseguiría pintar cien cuadros o diez; si viviría diez veranos o uno solo. Se había cansado. Cansado. Todo muere, todo muere de buen grado. ¡Querido Thu Fu!

Era hora de regresar a casa. Vacilaría en la habitación, recibiría el viento a través del balcón. Encendería la luz y desharía sus bocetos. El interior del bosque con mucho amarillo cromo y azul de China era, quizá, bueno. Alguna vez daría un cuadro. Ya era hora, pues, de levantarse.

Sin embargo, permaneció sentado, con el viento en el pelo, en la sucia y agitada chaqueta, con sonrisa y dolor en el corazón de la tarde. El viento soplaba suave y débil, suave y silenciosamente se tambaleaban los murciélagos en el pálido cielo. Todo muere, todo muere de buen grado. Sólo queda la eterna madre.

También podía dormir aquí, al menos una hora. Hacía calor. Puso la *cabeza* sobre la mochila y miró el cielo. ¡Qué bello es el mundo, cómo sacia y cansa!

Unos pasos resonaron en la montaña, fuertes. Suelas ligeras de madera. Entre helechos y retamas apareció una figura, una mujer. Los colores de su vestido no podían distinguirse. Se acercaba con paso rápido y regular. Klingsor se levantó de un salto y gritó buenas noches. Ella se asustó un poco y se detuvo. Él la vio de frente. La conocía, aunque no sabía de dónde. Era bonita y morena, sus firmes y bellos dientes brillaban con claridad.

— ¡Caramba! — exclamó y le dio la mano. Sintió que algo le unía a esta mujer,

algún pequeño recuerdo. — ¿Nos conocemos?

— *Madonna!* ¡Usted es el pintor de Castagnetta! ¿Me ha reconocido?

Sí, ahora sabía. Era una campesina de Taverne. Una vez, junto a su casa, en el ya sombrío y confuso pasado de este verano, había pintado durante algunas horas, había sacado agua de su pozo, había dormido una hora a la sombra de la higuera y, finalmente, había obtenido de ella un vaso de vino y un beso.

— No ha vuelto más — se quejó ella —. Y me lo había prometido. — En su voz profunda sonaban la travesura y la provocación. Klingsor respondió vivaz:

— ¡*Ecco*, tanto mejor que hayas venido a mí! ¡Qué suerte tengo, precisamente ahora que estaba tan solo y triste!

— ¿Triste? No diga mentiras, señor, usted bromea. No se le puede creer ni una palabra. Bien, debo seguir adelante.

— ¡Oh! Entonces te acompaño.

— No es su camino ni es necesario. ¿Qué puede pasarme?

— A ti nada. A mí. Puede llegar alguien que te guste. Iría contigo y besaría tu querida boca, tu cuello y tu hermoso pecho, en lugar de hacerlo yo. No puede ser.

Había puesto la mano alrededor de su nuca y ya no la soltó.

— ¡Estrella, mi pequeña! ¡Tesoro! ¡Mi pequeña y dulce ciruela! Muérdeme o te como yo.

Besó a la mujer en la boca fuerte y abierta. Se inclinaba hacia atrás. Forcejeaba, pero cedió. Rió, intentó liberarse. Sacudió la cabeza. La mantenía junto a él, su boca sobre la de ella, su mano en su pecho. Su pelo olía, como el verano, a heno, a retama, a helecho, a zarzamora. Un momento, al tomar aliento a fondo, levantó la cabeza y vio que en el cielo brillaba la primera estrella, pequeña y blanca. La mujer calló, su rostro estaba serio, suspiró, puso su mano sobre la de él y la apretó fuertemente contra su pecho. Él se inclinó suavemente y apretó el brazo en las corvas, que ya no continuaron resistiendo. La acostó en la hierba.

— ¿Me has amado? — preguntó ella, como una muchachita —. *Povera me!*

Bebieron la copa, el viento pasaba sobre su cabello y se llevaba su aliento.

Antes de despedirse buscó en la mochila, en los bolsillos de su chaqueta, algo que regalarle. Encontró una pequeña tabaquera de plata, aún medio llena de tabaco. La vació y se la dio.

— ¡No se trata de ningún regalo, evidentemente! — aseguró él —. Sólo un recuerdo para que no me olvides.

— Yo no te olvido — dijo ella —. ¿Volverás?

Se entristeció. La besó en los dos ojos, con lentitud.

— Volveré — dijo.

Durante un rato oyó, inmóvil, resonar sus pasos sobre suelas de madera,

monte abajo, sobre la pradera, a través del bosque, sobre la tierra, la roca, el follaje, las raíces. Se había marchado. El bosque, en la noche, era negro. El viento soplaba tibio sobre la tierra apagada. Alguna cosa, tal vez un hongo, tal vez un helecho mustio, olía fuerte y amargamente a otoño.

Klingsor no podía decidirse a regresar. ¿Para qué subir la montaña, para qué ir a su habitación con todos los cuadros? Se estiró en la hierba y miró las estrellas y, finalmente, se durmió. Avanzada la noche, el grito de un animal o un golpe de viento o el frío rocío le despertó. Subió a Castagnetta, encontró su casa, su puerta, su habitación. Había cartas y flores. Habían venido amigos de visita.

Estaba muy cansado; a pesar de ello, según la vieja y tenaz costumbre, deshizo sus cosas, miró sus bocetos a la luz de la lámpara. El interior del bosque era hermoso, la hierba y la roca resplandecían frescas y deliciosas como una cámara del tesoro, oscura pero atravesada por un rayo de luz. Había sido una buena idea trabajar sólo con el amarillo cromo, el naranja y el azul y dejar el verde cinabrio. Miró la hoja durante mucho rato.

Pero ¿para qué? ¿Para qué todas las hojas llenas de color? ¿Para qué todo el esfuerzo, todo el sudor, todo el corto y ebrio afán de crear? ¿Había salvación? ¿Había tranquilidad? ¿Había paz?

Extenuado, casi desnudo, se hundió en la cama, apagó la luz, intentó dormir y susurró para sí los versos de Thu Fu:

*El viento silbará sobre mi oscura tumba.*

#### KLINGSOR ESCRIBE A LOUIS EL CRUEL

*Caro Luigi!* Hace mucho tiempo que ya no se oye tu voz. ¿Vives aún a la luz? ¿Roe el buitre tu osamenta?

¿Has hurgado alguna vez con una aguja de hacer media en un reloj de pared parado? Yo lo hice una vez y he comprobado que de repente la maquinaria estuvo poseída por el demonio. El tiempo rechinó, las manecillas hacían carreras alrededor de la esfera, con un ruido lúgubre giraban locamente, *prestissimo*, hasta que todo se interrumpió bruscamente y el reloj entregó el alma. Exactamente igual nos sucede aquí: el sol y la luna corren acosados como corredores de Amor; los días se suceden rápidamente, el tiempo se escapa como por un agujero. Afortunadamente el final también será repentino y este mundo ebrio se extinguirá en lugar de caer en un compás burgués.

Estos últimos días he estado demasiado ocupado para que pudiera pensar algo (¡qué cómico suena, sin embargo, cuando uno dice una frase como ésta: «para que pudiera pensar algo»!). Pero por la tarde te encuentro a faltar.

Entonces suelo sentarme en cualquier parte del bosque, en una de las muchas bodegas, y bebo el querido vino tinto que, en realidad, la mayoría de las veces no es bueno, pero que, sin embargo, ayuda a soportar la vida y estimula el sueño. Algunas veces me he dormido incluso en la mesa, en el Grotto, en medio de las risas de la gente del país. He comprobado que no siempre se está tan mal con mi neurastenia. A veces hay amigos y muchachas y empleo mis dedos en plastificar miembros femeninos. Se habla de sombreros y de tacones. Y de arte. A veces se logra alcanzar una buena temperatura, entonces gritamos y reímos toda la noche y la gente se alegra de que Klingsor sea tan calavera. Hay aquí una mujer muy guapa. Cada vez que la veo me pregunta por ti.

El arte que ambos cultivamos depende, como diría un profesor, cada vez más estrechamente del objeto (estaría bien hacer jeroglíficos). Nosotros seguimos pintando, aunque con escritura un tanto libre, bastante excitante para el burgués, las cosas de la «realidad»: personas, árboles, ferias, trenes, paisajes. Con ello nos sujetamos aún a los convencionalismos. «Reales» llama el burgués a las cosas que todos o unos pocos perciben y describen. Tengo la intención, tan pronto como haya pasado este verano, de pintar durante cierto tiempo sólo fantasías, sobre todo sueños. Con ello sucederá, en parte, algo que te es grato; será locamente divertido y maravilloso, como en la historia de Collofino, el cazador de liebres de la catedral de Colonia. Si notara también que el suelo pierde consistencia bajo mis pies y que ya no ansío los años y las acciones futuras, quisiera todavía asir, para siempre, algunos cohetes de este mundo. Un comprador de cuadros me escribió hace poco que veía con admiración cómo en mis últimos trabajos yo experimentaba una segunda juventud. Algo de esto es cierto. Me parece que en realidad sólo este año he empezado a pintar. Pero lo que experimento, más que una primavera es una explosión. Es asombroso ver cuánta dinamita hay todavía en mí. La dinamita no se ha hecho para arder en una cocina.

Querido Louis, muchas veces me he alegrado, en secreto, de que seamos dos viejos libertinos tan conmovedoramente pudorosos y que nos guste tirarnos mutuamente los platos a la cabeza cuando alguno deja traslucir sus sentimientos. ¡Que siga así, viejo erizo!

Estos días hemos celebrado en aquel Grotto, junto a Barengo, una fiesta con pan y vino. Nuestro canto sonó espléndido en el alto bosque, a medianoche. Las antiguas canciones romanas. Se necesita tan poco para ser feliz cuando uno se hace viejo y empieza a sentir frío en los pies: de ocho a diez horas de trabajo al día, un litro de Piamontés, media libra de pan, un Virginia, un par de amigas y, por supuesto, calor y buen tiempo. Nosotros lo tenemos, el sol funciona excelentemente, mi cráneo está tostado como el de una momia.

Muchos días tengo la sensación de que mi vida y mi trabajo acaban de

empezar, pero otras veces tengo la sensación de que he trabajado duramente ochenta años y que tengo derecho al descanso, a la fiesta. Todos llegamos un día al fin, Louis, también yo, también tú. Sabe Dios lo que te estoy escribiendo. Se me nota algo indispuerto. Son hipocondrías, tengo mucho dolor en los ojos. A veces me persigue el recuerdo de un trabajo que leí hace años sobre desprendimiento de retina.

Si miro hacia abajo desde mi balcón, que tú conoces, entonces me resulta evidente que aún debemos seguir activos durante un buen tiempo. El mundo es indeciblemente bonito y diverso desde este alto balcón verde. Resuena noche y día, me grita y me llama, y siempre salgo corriendo y le arrebato un pedazo, un pedazo diminuto. El verde paisaje de aquí, con el seco verano, se ha hecho extraordinariamente luminoso y rojizo; nunca hubiera pensado que volvería a utilizar el rojo inglés y el siena. Se aproxima el otoño, rastrojeras, vendimia, cosecha del maíz, bosques rojos. De nuevo voy a participar en todo esto, día a día, y a pintar un centenar de estudios. Pero luego, siento que haré camino hacia dentro y de nuevo, como hice cuando era joven, pintaré exclusivamente del recuerdo y de la fantasía, haré historias y tramaré sueños. Debo hacerlo.

Un gran pintor parisiense a quien un joven artista le pedía consejo, le dijo: «Joven, si quiere ser un pintor no olvide que ante todo debe comer bien. En segundo lugar es importante la digestión. ¡Procure tener una evacuación regular! Y en tercer lugar: ¡tenga siempre una bonita amiga!» Sí, debería suponerse que yo he aprendido estos principios del arte y que, aquí, apenas pueden faltarme. Pero este año, ¡caramba!, ni estas simples cosas me van bien. Como poco y mal, muchas veces sólo pan en todo el día, a veces estoy preocupado con mi estómago (te lo digo a ti, ¡la cosa más inútil que puede preocuparle a uno!) y tampoco tengo una verdadera amiga, sino que me dedico a cuatro o cinco mujeres. Estoy por igual agotado y hambriento. Le falta algo al reloj y desde que hurgué con la aguja vuelve a correr realmente, pero rápido como el demonio, y rechina de modo extraño! ¡Qué fácil es la vida cuando se está sano! Nunca has recibido una carta larga de mí, excepto quizás en la época en que discutíamos sobre las paletas. Quiero terminar, son cerca de las cinco, empieza la luz bella. Te saluda tu

*Klingsor.*

Posdata:

Me acuerdo de que te gustaría tener un pequeño cuadro mío, el más chino, el que hice con la choza, el camino rojo, los árboles dentados de color verde veronés y con la lejana ciudad de juguete al fondo. Ahora no puedo enviártelo, ni sé tan sólo dónde estás. Pero te pertenece. En todo caso quería decírtelo.

**KLINGSOR ENVÍA UN POEMA A SU AMIGO THU FU  
(De los días en que pintaba su autorretrato)**

*Estoy sentado, de noche, en el bosquecillo.  
Al viento.  
El otoño corroe la rama que canta.  
El tabernero, gruñendo, corre a la bodega  
a llenar mi botella vacía.*

*Mañana, mañana me despellejará la pálida muerte.  
Su guadaña chirriante en mi roja carne.  
Sé desde hace tiempo que está al acecho,  
feroz enemigo.  
Canto durante la noche, para burlarme de ella.  
Balbuzco mi ebria canción en el bosque cansado.  
Para reírme de su amenaza  
canto y bebo.*

*Mucho hice y sufrí, viajero de largo camino.  
Al anochecer me siento, bebo y espero inquieto  
a que la reluciente hoz  
separe la cabeza del corazón palpitante.*

**EL AUTORRETRATO**

Los primeros días de setiembre, después de muchas semanas de un sol inusualmente ardiente y seco, llovió. Klingsor pintó en la sala de altas ventanas de su *palazzo* en Castagnetta su autorretrato, que hoy está expuesto en Frankfurt.

Este bello cuadro, terrible y, a la vez, encantador, su última obra realizada totalmente, se sitúa al final de su creación de aquel verano, al final de una época de trabajo enormemente ardiente, delirante, como su punto culminante, su coronación. A muchos les ha extrañado que todos los conocidos de Klingsor le reconocieran en seguida y sin ninguna duda, a pesar de que jamás un retrato ha estado tan alejado de todo parecido naturalista.

Como todas las obras tardías de Klingsor, este autorretrato podía mirarse desde distintos puntos de vista. Para algunos, especialmente para los que no conocían al pintor, el cuadro es ante todo un concierto de colores, un maravilloso

tapiz, equilibrado, tranquilo y noble a pesar del colorido. Otros ven en él el último intento, audaz y desesperado, de liberarse de lo concreto: un rostro pintado como un paisaje, los cabellos recuerdan follaje e hileras de árboles, las cuencas de los ojos grietas en las rocas. Dicen que el cuadro recuerda la naturaleza, como algunas lomas recuerdan la cara de un hombre, como algunos troncos de árbol recuerdan manos y brazos humanos, de lejos, como una alegoría. Muchos, sin embargo, por el contrario, sólo ven en esta obra el objeto, el rostro de Klingsor, descompuesto e interpretado por él mismo con inexorable psicología; una gigantesca confesión, una confesión sin miramientos, a gritos, que conmociona, sacude. Otros, entre los que se encuentran algunos de sus más acerbos críticos, ven en este cuadro precisamente un producto, un indicio de la presunta locura de Klingsor. Comparan la cabeza del cuadro con el original, en fotografía, y encuentran en la deformación y exageración de las formas elementos negroides, degenerados, atávicos, bestiales. Muchos de estos críticos destacan lo fantástico, fetichista de este cuadro, ven en él una forma de autoadmiración maniaca, una blasfemia y autoadoración, una forma de megalomanía religiosa. Todos estos puntos de vista y otros muchos son válidos.

Durante el tiempo que trabajó en este cuadro, Klingsor no salió, excepto de noche, para beber; comía sólo pan y fruta que le llevaba la patrona. No se afeitaba y tenía un aspecto terrible con sus hundidos ojos bajo la quemada frente. Pintaba sentado y de memoria; sólo de vez en cuando iba al espejo, grande, pasado de moda, colgado en la pared norte, con zarcillos de rosa pintados en ella. Sacudía la cabeza, abría los ojos, hacía una mueca.

Muchos, muchísimos rostros veía tras el rostro de Klingsor en el gran espejo entre los estúpidos zarcillos de rosas, muchos rostros pintaba en su cuadro: rostros de niño, dulces y asombrados, sueños de joven, llenos de ensueño y de ardor, burlones ojos de alcohólico, labios de sediento, de perseguido, de hombre que sufre, de buscador, de libertino, de *enfant perdu*. Construyó la cabeza de forma majestuosa y brutal, un ídolo de la selva virgen, un Jehová celoso, enamorado de él mismo, un espantajo, ante el cual se sacrificaba a hijos primogénitos y a mujeres jóvenes. Éstos eran algunos de sus rostros. También eran rostros del que cae, del que se hunde, del que acepta su declive: crecía musgo sobre su cráneo. Los viejos dientes estaban torcidos, la piel apergaminada y en las arrugas había costra y moho. Y esto precisamente es lo que algunos amigos prefieren del cuadro. Dicen: es el Hombre, *ecce homo*, cansado, ansioso, salvaje, infantil, hombre refinado de nuestra época tardía, el hombre europeo moribundo, que quiere morir; refinado por cada anhelo, enfermo por cada vicio, entusiasmado por la conciencia de su decadencia, preparado para todo progreso, maduro para cualquier retroceso, todo ardor y también toda fatiga, el destino y el dolor producen, como la morfina, veneno; aislado, socavado, vetusto, Fausto y

Karamazov al mismo tiempo, animal y sabio, completamente desnudo, sin ambición, despojado, lleno de miedo infantil ante la muerte y lleno de cansada disposición para morir.

Y más allá, más al fondo, detrás de todos estos rostros dormían rostros más viejos, más profundos, más lejanos, prehumanos, animales, vegetales, pétreos, tal como el último hombre de la tierra recuerda, en el instante antes de la muerte, como en un sueño, todas las realizaciones de su tiempo pasado y de su juventud.

Klingsor vivía aquellos atormentados días como en trance. Por la noche se llenaba de vino y luego permanecía, con la vela en la mano, ante el espejo, observaba el rostro, el irónico y triste rostro del borracho. Una de aquellas tardes tenía en su casa una amante, sobre el diván del estudio. Mientras la abrazaba, desnuda, volvió su mirada al espejo. Vio junto al pelo de ella su desfigurado rostro, lleno de lujuria, de asco ante la lujuria, con ojos enrojecidos. Le dijo que volviera al día siguiente. Pero había captado la aversión y no volvió.

Por la noche dormía poco. Se despertaba a menudo, angustiado por alguna pesadilla, la cara sudorosa, salvaje y harto de vivir, saltaba de la cama al poco rato, se miraba de hito en hito en el espejo del armario, leía el desierto paisaje de estas destrozadas formas, sediento, lleno de odio, o sonriente, malicioso. Tuvo un sueño en el que se veía torturado, le clavaban agujas en los ojos, le arrancaban la nariz con ganchos; dibujó la torturada cara, con las agujas en los ojos, a carbón, en la cubierta de un libro; después de su muerte encontramos este extraño trabajo. Atacado por una repentina neuralgia se dirigió encorvado a un silla, rió y gritó de dolor y puso su deformada cara ante el espejo, observó las contracciones, se mofó de las lágrimas.

Pintó en este cuadro no sólo su rostro, o sus mil rostros, sus ojos y labios, el corte crispado de su boca, las grietas de su frente, las expresivas manos, los dedos convulsos, el sarcasmo de la razón, la muerte en los ojos. Pintó, además, su vida, con esa escritura voluntariosa, llena, concisa y palpitante; pintó su amor, su fe, su duda. Pintó también grupos de mujeres desnudas, arrastradas por el viento como pájaros, víctimas propiciatorias del ídolo Klingsor, y un adolescente con rostro de suicida, lejanos templos y bosques, un viejo Dios barbudo, poderoso y necio, un pecho de mujer atravesado por un puñal, mariposas con rostros en las alas, y al final del cuadro, cerca del caos y de la muerte, un fantasma gris que clava un dardo pequeño como una aguja en el cerebro del propio Klingsor.

Después de haber pintado durante horas, la inquietud le dominaba, se movía sin tregua y trémulo por la habitación, las puertas se cerraban tras él, tiraba las botellas del armario, los libros de las estanterías, los manteles de las mesas, se tumbaba en el suelo, se asomaba a la ventana y aspiraba profundamente, buscaba otros dibujos y fotografías y llenaba el suelo, las mesas,

la cama y las sillas de la habitación con papeles, cuadros, libros, cartas. Todo volaba caótico y triste cuando el viento y la lluvia entraban por la ventana. Encontró, en medio de tantas cosas, fotografías de su niñez, una fotografía de cuando tenía cuatro años, vestido con un claro traje de verano, con rubios cabellos y un dulce rostro. Encontró imágenes de sus padres, fotografías de sus novias de antaño. Todo le interesaba, le excitaba, le atormentaba, todo le arrastraba de un lado a otro, se apoderaba de todo para arrojarlo después, hasta que se estremecía de nuevo. Lo colgaba de su tabla de madera y seguía pintando. Abría profundos surcos en el terreno escabroso de su retrato, edificaba el amplio templo de su vida para expresar con fuerza la eternidad de su existencia, con sollozos su fragilidad, con afecto su cómica alegoría, con ironía su condena a la descomposición.

Se levantó otra vez de un salto, ciervo acosado, y corrió, con trote de cautivo, por su habitación. Le dominó la alegría y un profundo arrebató de creación como una húmeda y regocijadora tormenta, hasta que el dolor volvió a arrojarle al suelo y le tiró a la cara pedazos de su vida y de su arte. Rezó ante su cuadro y le escupió. Estaba loco como está loco todo creador. Pero en la locura de su creación hizo todo lo que su obra exigía, con una infalible lucidez, como un noctámbulo. Sintió, crédulo, que en esta cruel lucha por su retrato no sólo realizaba el rostro y el balance de un individuo, sino de lo humano, general y necesario. Sentía que estaba de nuevo ante un deber, ante el destino, y que todo el miedo, la huida, las náuseas y el vértigo que había sentido antes, eran sólo miedo y huida ante ese deber. No tuvo más miedo, no hubo huida ya, ahora sólo quedaba el marchar hacia delante, sólo impulso y acicate, victoria y muerte. Venció y se hundió, sufrió y rió, se abrió paso a mordiscos, mató y murió, dio a luz y nació.

Un pintor francés quiso visitarle, la patrona le condujo al vestíbulo, el desorden y la suciedad imperaban por doquier. Llegó Klingsor, colores en las mangas, colores en la cara, gris, sin afeitar. Cruzó la habitación con largos pasos. El forastero le transmitió saludos de París y Ginebra, le expresó su admiración. Klingsor giraba por la habitación, no parecía oír. El forastero, perplejo, calló y empezó a marcharse, pero entonces Klingsor se le acercó, le

puso su mano llena de pintura en el hombro, le miró a los ojos.

—Gracias —dijo lentamente, con dificultad—, gracias, querido amigo. Trabajo, no puedo hablar. Se habla demasiado, siempre. No se enfade usted conmigo, salude a mis amigos, dígales que les quiero.

Y desapareció de nuevo.

El cuadro lo colocó, al final de estos días atormentados, en la vacía cocina, que cerró. No lo enseñó nunca. Después se tomó unas pastillas de veronal y durmió un día y una noche sin parar. Después se lavó, se afeitó, se puso ropa

Limpia, fue a la ciudad y compró fruta y cigarrillos para regalárselos a Gina.

INDICE

ALMA DE NIÑO .....  
3

KLEIN Y WAGNER .....  
18

EL ÚLTIMO VERANO DE KLINGSOR.....  
55